



FRED BAXTER

ESPIAS EN LA NOCHE





CAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.ª ed.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
(2.ª edición.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar
Benet. (2.ª edición.)
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G.
Murphy. (2.ª edición.)
» 16.—TANGER, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny.
(2.ª edición.)
» 19.—ALTA TRACION, por Fred Baxter. (2.ª ed.)
» 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO.
por Alf Manz. (2.ª edición.)

- Núm. 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
» 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
» 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
» 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
» 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
» 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
» 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
» 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
» 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
» 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
» 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
» 32.—NUEVA YORK - SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
» 33.—
» 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
» 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
» 36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
» 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
» 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
» 39.—
» 40.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
» 41.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
» 42.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
» 43.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.

En preparación:

FIDELIDAD.
SIN CUARTEL.

I

ABEJAS Y ZÁNGANOS



A calle Cuarenta y Tres, convertida en humano hormiguero, vibraba estremecida entre los discordantes aullidos de las bocinas, las estridentes campanadas de los ómnibus, el silbato de los policías de tráfico y el ensordecedor rugido de las muchedumbres, que como fieras sueltas se empujaban, corrían, vociferaban como energúmenos, y a veces brotaba el insulto o La frase despectiva, originando la intervención de los espontáneos que nunca faltan, hasta que los grupos se disgregaban para formarse de nuevo más nutridos y más espesos.

La arteria de la gran urbe neoyorquina era como un arroyo desbordado fuera de cauce y que busca salida para sus aguas

arrolladoras.

Frente al número 968 se detuvo un «taxi», que llevaba en la portezuela el nombre de Simpson Company, y de él descendieron tres hombres, todos jóvenes y elegantemente vestidos.

Era un día gris, un día sin sol, y la niebla cubría los rascacielos. Predominaban las gabardinas, pero los tres pasajeros del coche iban a cuerpo. Uno de ellos alargó un billete al chofer con ademán displicente, y éste llevóse la mano a la gorra, acompañando el saludo con una ladina sonrisa y una leve reverencia. Aún no habían penetrado los tres hombres en el suntuoso edificio, cuando ya el coche se perdía raudo entre el tráfico confuso de la gran avenida.

El «hall» del palacete estaba animado por damas y caballeros que iban y venían. Botones uniformados atendían a las preguntas de unos y otros; chicas de blancos delantales ofrecían bombones y caramelos. A la derecha, un surtido y elegante «buffet» estaba concurridísimo y por la ancha escalera alfombrada descendían algunas parejas.

Los tres desconocidos se dirigieron a uno de los ascensores — eran cuatro los que funcionaban en aquella Babel— y se colocaron a un lado hasta que la moderna caja de Pandora estuvo repleta; cerróse la puerta y el estuche iluminado por luces de colores empezó a subir; aquel cajón forrado de terciopelo verde parecía una casa de muñecas. Nadie hablaba nada mientras los pisos iban desfilando en aquella colmena moderna, en donde también había abejas y zánganos...

Se detuvo el ascensor en el piso 23, y los tres jóvenes salieron al pasillo, que recorrieron deteniéndose ante una puerta, en cuyos cristales esmerilad odia leerse:

INVESTIGACIONES QUÍMICAS. INFORMACIÓN

Empujaron la puerta y fueron recibidos por un ordenanza, que después de preguntarles el objeto de su visita, recibió la más grande sorpresa de su vida. La culata de un revólver cayó sobre su cabeza y el hombre derrumbóse sin sentido en brazos del agresor; fue tarea breve amarrarle con los cordones de las cortinas y ponerle una mordaza. Los tres hombres penetraron en el despacho. Detrás de una mesa, el ingeniero jefe de la oficina estaba tomando notas. Otro

empleado tecleaba en una máquina de escribir, y al fondo del aposento, un joven subido en una escalera se entretenía en archivar voluminosos legajos en los estantes numerados.

El jefe, un hombre de mediana edad, provisto de lentes, alzó la vista preguntando:

—¿Qué desean ustedes?

—Solamente unos informes, señor Stewerd —había visto el nombre en la puerta—. Deseamos informarnos de cierto producto derivado del cobre. Venimos en nombre de la Silver West Company, de Ohio.

—Si no me dan más datos, temo que no pueda complacerles.

—Es una fórmula secreta, señalada con el nombre de «Átomo Z.», si mal no recuerdo.

—Lo lamento, pero ésa fórmula pertenece a la Oficina de Investigaciones Científicas y nos está prohibido hablar de ella. Es posible que en el despacho de la Agencia Internacional, piso veinticinco, les indiquen dónde pueden obtener lo que desean.

El que estaba subido en la escalera descendió de ella y se dirigía hacia la puerta cuando se vio encañonado por una pistola; al mismo tiempo, el que escribía a máquina, vióse también amenazado.

—¿Qué significa esto? —preguntó Stewerd.

—Ponga las manos encima de la mesa y deje ese timbre quieto. Le doy un minuto para que me entregue la fórmula, y le advierto que tiraremos a matar si no obedecen. ¡Oh! No se preocupe. Nuestras pistolas están provistas de silenciadores y hacen menos ruido que un fósforo al encenderse.

Durante unos segundos todo quedó en silencio y se hubiera oído el volar de un insecto. El de la máquina, con las manos en alto, dejó que lo amarraran, y al otro empleado le sucedió lo mismo. Les obligaron a tenderse en el suelo, y después fueron amordazados.

Por los ventanales se veían los rascacielos cercanos envueltos en la niebla. Un avión surcó el espacio. Parecía un enorme pajarraco ceniciento que, agotados sus esfuerzos, fuera a posarse sobre las cúpulas que, cual dedos inmensos, señalaban hacia el infinito.

El ruido de la calle llegaba hasta arriba apagado, confuso, incompleto, como ronquido de motores, o murmullo de arroyuelos, como el zumbir de abejorros siniestros. Todas las notas de la gran ciudad se fundían en una gigantesca onomatopeya carente de ritmo

y de compás, pero repleta de arpegios.

Stewerd, con las manos sobre el cristal de la mesa, permaneció indeciso, viendo el cañón de la pistola apuntando a su pecho. Muy pálido, conservaba la calma, pero comprendió que no había remedio. Era la hora mala, el instante en que todos los empleados abandonaban las oficinas. Los cuatro ascensores subían vacíos y bajaban llenos.

—Ha pasado el minuto —dijo el pistolero—. Salve su vida y entrégume esa fórmula. No adelantará nada con negarse, porque, de todas formas, la encontraremos.

Stewerd, durante aquel minuto de tregua, estuvo estudiando la manera de burlar a su agresor. Recordó que en uno de los cajones tenía una copia de la fórmula «Átomo Z» con algunas alteraciones. Había sido corregida después, y era muy probable que resultara indescifrable a causa de los signos tachados. Por otra parte, aquella copia correspondía al modelo primero, y desde entonces se introdujeron dos variantes, cuyo secreto era sólo conocido del Comité de Investigaciones Científicas.

Stewerd movió la cabeza, fingiendo un gran disgusto, y abrió uno de los cajones. La pistola se acercó más a su pecho. Sin hacer caso de la amenaza, extrajo una carpeta atada con una cinta y la dejó sobre la mesa. Los tres «gangsters» no perdían uno solo de sus movimientos. Con dedos temblorosos, el ingeniero desató la carpeta, y después de revisar su contenido, dijo, señalando una hoja:

—Ésta es la fórmula que ustedes buscan.

—¡Démela!

El papel le fue arrebatado de la mano y tres pares de ojos se clavaron en aquellos signos incomprensibles. Uno de los «gangsters» se apoderó de una lupa de gran aumento y examinó la fórmula, diciendo:

—¡Ésta es! No cabe duda. Conozco el significado de estos garabatos.

Se la guardó en la cartera, al tiempo que hacía una señal a sus compañeros. Stewerd no tuvo tiempo de decir nada. Sintió un golpe tremendo, quiso apoyarse en la mesa y cayó de rodillas sobre la alfombra. Antes de perder el sentido sintió cómo ligaban sus manos a la espalda y le vendaban la boca con un pañuelo. Después fue

dejado detrás de la mesa.

Los tres «gangsters» abandonaron el despacho, mirando antes si andaba alguien por el pasillo. Cerrada la puerta, se dirigieron a uno de los ascensores, en donde había una señora aguardando, acompañada de un niño.

Mientras tanto, Stewerd se fue arrastrando, pues había recobrado el sentido, hasta donde estaba uno de sus empleados. Vuelto de espaldas, consiguió quitarle la mordaza con las puntas de los dedos. No podía hablar, pero se hizo entender mostrando sus manos atadas. Fue una tarea penosa, pero los dientes del joven le libraron de las ligaduras. Corrió a la puerta, tropezando con el cuerpo el ordenanza, y al comprobar que la puerta estaba cerrada y se habían llevado la llave, volvió al despacho y, rompiendo el precinto de la vitrina, hizo sonar la campana de alarma.

El ascensor llegaba al piso cuarto cuando los «gangsters» escucharon aquel sonido, y se miraron. Sus manos acariciaron en los bolsillos las culatas de las pistolas, porque sabían lo que les aguardaba allá abajo. Encañonaron al ascensorista y a las muchachas.

—Paro en el primer piso —ordenó uno de aquellos hombres.

Abandonaron el ascensor y, asomados a la escalera, vieron cómo numerosos policías uniformados ocupaban el «*hall*», prohibiendo salir a nadie. La campana de alarma había cesado de sonar, pero una luz roja iluminaba el número 23. Tres policías ocuparon el ascensor después de escuchar las explicaciones de las muchachas, mientras otros cuatro subían por la escalera. Todas las salidas estaban ocupadas por la Policía.

Los tres «gangsters» habían, penetrado en una oficina del primer piso, dominando a un empleado que estaba sentado leyendo el periódico. El pobre hombre no tuvo tiempo de hacer preguntas, y cayó como herido por el rayo. Uno de los malhechores se puso su gorra y salió al pasillo; al ver a tres policías que pasaban, los llamó, diciendo:

—Vengan, hagan el favor; en esta oficina hay un hombre escondido.

Los policías acudieron, empuñando las pistolas.

—Pasen ustedes primero; yo, la verdad, no soy muy valiente...

Los tres policías, apenas habían penetrado en la oficina, se

vieron agredidos por los «gangsters», recibiendo sendos culatazos en la cabeza. Desarmados, bien pronto los convirtieron en seres inofensivos. Con una rapidez digna de mejor causa los desnudaron, vistiendo sus uniformes, y allí quedaron los confiados representantes de la Ley, mientras los «gangsters» bajaban las escaleras a toda prisa.

Al llegar a la puerta de la calle, dijo uno de ellos, ante la mirada curiosa del sargento:

—Somos del otro distrito y estábamos de vigilancia en el laboratorio. Vamos a vigilar la casa de al lado, pues, según parece, tiene comunicación con ésta por el sótano.

—Suerte, muchachos.

—Gracias, sargento.

Subieron a un ómnibus que pasaba, se apearon en la esquina, tomaron un «taxi» y desaparecieron en la gran ciudad sin dejar huellas de su paso.

Al día siguiente, los periódicos hablaron de aquel golpe de audacia, aunque ocultando el móvil que lo impulsara. Todos coincidían en la conclusión de que se trataba de una banda internacional, dedicada al robo, y que la Policía seguía su pista. La noticia de que los tres malhechores lograran fugarse vestidos de policías provocó enérgica reacción en las altas esferas y se tomaron medidas encaminadas a dar con el paradero de los delincuentes.

En una Embajada extranjera recibieron la fórmula secreta, por la que pagaron una fuerte suma, y el hecho pronto fue olvidado; pero algunos días después se tuvieron noticias de que, lejos de allí, habían sido robados unos planos muy importantes de ciertas minas de uranio.

Reunido el Consejo Supremo de Investigaciones Científicas, discutió largamente el asunto, acordando solicitar la inmediata Intervención del

F. B. I.,

único organismo capaz de poner en claro el enigma.

—No cabe duda —decía míster Traymer, eminente químico— que alguna potencia extranjera trata de apoderarse de nuestros secretos atómicos.

—Afortunadamente —repuso míster Maxwell, famoso geólogo—, la fórmula robada carece de importancia, toda vez que ha sido

alterado el compuesto X4, que, como ustedes saben, se desechó por inservible.

—Sin embargo —replicó míster Donalson, muy conocido por sus conocimientos en materia de explosivos—, esa fórmula revela particularidades que debieran ser ignoradas por nuestros enemigos, toda vez que en ella se cita el combinado W3, gran auxiliar en la fuerza atómica.

—No creo, caballeros —dijo Francis Stuart, uno de los más expertos en mecánica—, que puedan apoderarse de nuestros descubrimientos. Todas las fórmulas existentes son incompletas; la misma «Átomo Z» es, simplemente, una renovación de «Átomo X».

—Lo sabemos, Francis —arguyó Teodoro Duncan, presidente del Consejo Supremo de Investigaciones Científicas—; pero tenemos que evitar la alarma que esto produce en el Círculo de Control. Ello nos perjudica. Ya sé que nada podrán resolver sin nuestra intervención, toda vez que nosotros poseemos el secreto base y sin él todas las fórmulas son inútiles; sin embargo, hemos de poner freno a estos atentados, que nos desacreditan. Más bien creo que existe una potencia extranjera dedicada a entorpecer nuestra labor, y si es así, hay que evitarlo. El robo de los planos de la mina de uranio carece de importancia, porque jamás podrán encontrar esa mina, que está bien guardada; no obstante, hay algo que me desconcierta. ¿Cómo han logrado averiguar el paradero de la fórmula «Átomo Z» y el de los planos? Tiene que haber un traidor en nuestras organizaciones. Están vigiladas todas las fábricas, se controla la labor de los empleados, se analizan los productos minuciosamente. Pero existen ciertos detalles que no acaban de agradarme; me refiero al personal de los experimentos. Al reclutarlo, sólo se ha tenido en cuenta su capacidad creadora, sin ahondar demasiado en sus antecedentes. ¿Qué dice a esto el amigo Dowland?

Ernesto Dowland era un inspector del F. B. I., que asistía a muchas reuniones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Se trataba de un hombre inteligente, que poseía vastos conocimientos.

Aún estaba reciente el contrabando de opio descubierto por él en un viaje a California, y un mes des; les la trata de blancas y la

falsificación de billetes de Banco en Carolina del Norte.

Dowland era modesto y siempre hablaba el último, pero sus opiniones pesaban mucho en el ánimo de todos.

Al oír la pregunta del presidente, sacóse la pipa de la boca, y acariciándose el bigote canoso, contestó:

—Tenemos pocos datos aún para tomar ninguna determinación. De todas formas, considero muy acertado lo expuesto por míster Duncan. Una red de agentes audaces e inteligentes puede hacer mucha labor, y buena. El

F. B. I.,

cuenta con hombres capaces de realizar milagros, porque todos poseen ese espíritu de sacrificio que se necesita para jugarse la vida en el cumplimiento del deber. Nuestros agentes son fieles, bravos y dignos; en ellos no cabe la traición. Claro está, que nadie puede realizar imposibles, pero ellos lo intentan, aunque no lo consigan. Después de escuchar a ustedes, voy a exponer sin rodeos mi modesta opinión. Existe en el país una vasta conjura, que nació al finalizar la guerra. Se trata de hombres que nos odian porque saben que somos capaces de vencerlos. No solamente en Nueva York se encuentran estos traidores, que conspiran contra la nación que les cobija y les concede todos los derechos ciudadanos, sino que andan por ahí disfrazados de honrados trabajadores y de inofensivos burgueses. Pueden encontrarse en Nueva Orleáns, en Oregón y en Alaska, en todas partes; pero hay que dar con ellos. Bajo una falsa bandera se mueven y combaten.

En aquel momento interrumpió la reunión la llegada de Emil Rusell, secretario general de Orden Público. Puesto al corriente de los hechos, dijo a Dowland:

—Puede usted movilizar sus fuerzas y atacar a fondo. Hablaré con el señor ministro, que está muy interesado en que tales hechos no se repitan, y se darán las órdenes oportunas para que sus agentes encuentren el apoyo necesario por dondequiera que vayan. Sus jefes, amigo Dowland, ya se encuentran informados. Busque usted a un hombre capaz de todo y dele amplias atribuciones. En fin, usted mejor que nadie sabe cómo se hacen estas cosas. Según los últimos informes, en uno de los barcos de Vancouver apareció muerto un marinero que custodiaba la bodega. Varios fardos conteniendo un cargamento especial han desaparecido; es probable que los

arrojaran al agua.

Dowland levantóse, diciendo:

—Caballeros, desde mañana tomará cartas en el asunto el

F. B. I.

¡GEOGRAFIA!

¡EMOCION!

¡AMENIDAD!

Síntesis de nuestra colección

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

II

INTERVIENE EL F. B. I.



despacho del
F. B. I.,

ocupado en estudiar una clave que acababan de traerle destinada a comunicarse entre si todos los miembros de la organización, cuando penetró su ayudante, que acudía a la llamada de su jefe.

—Escuche, Rogers —le dijo—: necesito media docena de agentes que hayan servido en la Marina para destinarlos a un servicio

OWLAND estaba en su

especial muy importante. Ya tenemos preparados los contratos de embarque para unos barcos de cabotaje.

Dos horas después estaban en la oficina media docena de hombres dispuestos a cumplir las órdenes del

F. B. I.

(Federal Bureau of Investigation). Entre ellos se hallaba Barry Bruce, héroe de Guadalcanal, condecorado con la cruz de guerra y uno de los agentes más activos de la poderosa entidad. Barry tenía treinta años, era de regular estatura, fuerte de espaldas y ancho de hombros. Un verdadero atleta en toda la acepción de la palabra. De cabellera castaña y ojos azules, poseía ese don particular de simpatía personal que tanto agrada a las mujeres. Su sonrisa optimista era uno de sus mejores adornos. Acababa de llegar Boston, en donde había llevado a cabo una misión peligrosa de la que había salido triunfante. Y una vez más, el

F. B. I.,

le necesitaba.

—Muchachos —habló el inspector jefe—: esta vez se espera de vosotros algo muy importante. Existe una organización secreta que trata de entorpecer la buena marcha de nuestro progreso, realizando actos de sabotaje y apoderándose de nuestros secretos. Es necesario localizar a esos individuos y para ello cuento con vosotros. Según los informes de la Prefectura Marítima de Baltimore, se sospecha que algunos barcos de la costa se dedican al transporte de mercaderías prohibidas por nuestras aduanas y entre ellas figura el uranio. Es necesario apoderarse de alguno de esos tipos para hacerle hablar. Vosotros solicitaréis plaza en cualquiera de los barcos que navegan de Boston hasta el Golfo de Méjico; en ningún caso, oídllo bien, denunciaréis vuestra condición de agentes del

F. B. I.

En vez de la placa de reglamento llevaréis la insignia marcada en el brazo izquierdo, y para ello ya tengo preparado al artista que ha de efectuar la obra; es también de los nuestros y no hay peligro que os delate.

Hizo entrar a un individuo bajito, vestido con un guardapolvo gris, el cual saludó a todos con una inclinación de cabeza y acto seguido procedió a macar las tres letras dentro de un círculo doble

en cuyo borde se veían las estrellas de todos los estados.

Mientras tanto, Barry Bruce recibía especiales instrucciones y una copia de la clave secreta para comunicar por radio con el F. B. I.,
o con cualquiera de sus compañeros.

Dowland le mostró una pequeña fotografía, diciendo:

—Ha sido sacada por Steward, el jefe de Investigaciones Químicas de la calle Cuarenta y Tres. Es un buen trabajo y está hecho con esas pequeñas maquinitas que caben en un puño. La hemos ampliado y aquí aparece uno de los hombres que se llevaron la copia de la fórmula «Átomo Z»; aun cuando los últimos experimentos aconsejan emplear el hidrógeno en la bomba atómica, no conviene que nuestros enemigos posean los planos de ningún invento; por lo tanto, su principal misión consistirá en localizar a este individuo; le entrego una copia de su fotografía.

Todos se retiraron después de recibir las últimas instrucciones. Sólo quedó con el inspector jefe Barry Bruce.

—Bueno, Barry, en usted confío. La misión es mucho más delicada de lo que parece y encierra muchos riesgos. Los espías están muy bien organizados y no será fácil identificarlos, pero lo conseguiremos. Ya sabe que lo que no logra el F. B. I.

no lo realiza nadie. Siempre que transmita un mensaje por radio recuerde de empezar con ésta palabra: «Patria», y la firma su número de orden; usted es el diecinueve, según creo.

—Sí, señor.

—Bien; aquí tiene una orden contra el Banco Nacional; registrarán una cuenta corriente a su nombre, y ahora, amigo mío, buena suerte. Lo primero que tiene que hacer es ir a Baltimore. Allí encontrará tarea, pero ande con cuidado porque los enemigos que trabajan en la sombra no reparan en una vida más o menos. Procure embarcar como marinero para trasladarse a Baltimore.

Todos los agentes habían recibido instrucciones por separado.

El

F. B. I.,

no perdió tiempo y procedió con rapidez. En el muelle número seis estaba anclado el buque «Vulcam», con matrícula de Sebastopol. Hacía casi un año que efectuaba viajes semanales entre Boston y

Charleston, haciendo escala en Baltimore.

El buque zarparía a medianoche; era, por lo tanto, necesario no descuidarse. Había que dejar sitio al agente secreto, y para ello detuvieron a dos marineros en una de las tabernas del puerto, los cuales fueron conducidos al despacho del inspector Dowland, el cual les dijo que sólo se trataba de simples sospechas y, en caso de no haber pruebas, serían puestos en libertad al día siguiente. De nada valieron las protestas de los dos marineros, que alegaron que su barco salía aquella noche, pues se les contestó que serían indemnizados y se les buscaría otro buque.

Barry Bruce, con el saco de lona al hombro, penetró en la agencia de embarques solicitando plaza. Exhibió su libreta, sellada por el Departamento de Marina y, después de abonar un dólar, sentóse aguardando noticias. Sabía que no tardarían en llegar.

Al oscurecer, en el «Vulcam» realizaron maniobras para trasladar el buque al muelle cinco, y notaron la falta de los dos marineros; como no podían seguir esperando, pidieron a la agencia él envió inmediato de dos hombres.

Barry Bruce poco después subía a bordo y se presentaba al contramaestre. Llevaba todo en orden y su presencia no inspiró desconfianza alguna.

Navegaba el «Vulcam» arrimado a la costa envuelto en la espesa cortina de niebla.

Por la escotilla de proa salió un marinero que vestía un jersey gris bastante descolorido y envolvía su cuello en una bufanda. Cubría su cabeza un gorro de algodón y calzaba zapatones con suela de goma. Deslizóse con suavidad felina hasta alcanzar la caseta en donde estaba instalado el aparato de radio. Aquello le dio mucho que pensar. Un vapor de carga que acababa de salir de puerto tenía al radiotelegrafista operando. Sintió el «clíck-click» del aparato y se agazapó debajo de la escalera que conducía al puente. Había allí un enorme rollo de cuerdas y se introdujo entre ellas. Con un papel y un lápiz en la mano anotó lo que estaban transmitiendo. Los puntos y rayas fueron escritos en aquella oscuridad, cubierto por la capa de niebla.

De pronto oyó el zumbido de un motor, miró hacia arriba y vio la borrosa silueta de un avión que pareció disminuir la velocidad que llevaba. En aquel momento el radiotelegrafista salió de su

cabina y se puso a observar al aparato. Una luz potente rasgó la niebla y paseó su abanico sobre cubierta. Después, aquella luz empezó a parpadear: se encendía y se apagaba; por medio del telégrafo «Morse» estaba comunicando con el heliógrafo.

El marinero anotó cuidadosamente el mensaje. Fue bastante breve. Sólo decía: «No parar en Baltimore». Por lo visto recibían contraorden. El avión desapareció rápidamente, perdiéndose en la niebla.

El radiotelegrafista cerró la cabina y penetró en el camarote del capitán. Nuestro hombre no perdió tiempo. Salió de entre las cuerdas y se introdujo en la caseta.

Marcó la señal de llamada y, valiéndose de la clave, se puso a transmitir. Tenía que terminar pronto porque si volvía el empleado y era sorprendido no habría salvación posible, pero era menester correr el riesgo. Con la pistola al alcance de la mano estuvo comunicando el mensaje cifrado. Nadie que no poseyera la clave podría comprenderlo.

Barry Bruce, pues era él, terminó a tiempo. Cuando se ocultaba de nuevo en el escondrijo, él radiotelegrafista salía del camarote del capitán.

Necesitaba descifrar los fragmentos oídos que copiara en papel y decidió ir a donde hubiera luz para leerlos; tal vez fuesen interesantes.

Después de pasados en limpio, leyó lo siguiente:

«... frente a Dover, esperamos lancha... mercadería a bordo, peligro...; dos hombres tripulación faltan...

F. B. I.,

avisado... Baltimore reunión general. Se anunciará fecha...».

Barry comprendió que no había tiempo que perder. A bordo llevaban algo que representaba un peligro para ellos. Acaso fuese la fórmula robada o quizá algo más importante todavía.

Casi toda la marinería del buque, incluyendo oficialidad y maquinistas, pertenecían a una raza que no era la suya. Habían venido de muy lejos a conspirar en la sombra y era necesario desenmascararlos. La embajada de su país varias veces había protestado de las persecuciones de que eran objeto aquellos

hombres.

No le hicieron mucho caso. Disculpas corteses, frases protocolarias, pero la rigurosa vigilancia continuaba cada vez más implacable.

Detrás de todo aquello debía haber un personaje misterioso rodeado de sombras y que luchaba con mano de hierro contra las instituciones y contra el orden, pero allí estaba el

F. B. I.,

dispuesto a frustrar sus atentados.

Barry estaba al acecho, y ya más tranquilo después de haber enviado el mensaje.

A bordo encontró caras hoscas y ojos desconfiados. Hasta el hombre que embarcara con él, un muchacho de los arrabales de Nueva York, pareció mirarle con poca simpatía.

Dos hombres pasaron por su lado hablando en una extraña jerigonza que no llegó a entender. Conocía varios idiomas y, sin embargo, no comprendió una sola palabra.

¡Eran las dos!

Bajaron a la sala de máquinas los relevos y subieron los que habían terminado su tarea. También el timonel fue relevado. Apagóse la luz en el camarote del capitán y el hombre que estuviera en popa también se había ido a dormir.

La campana del puente sonó por dos veces. El reloj de a bordo iba atrasado cinco minutos. La niebla seguía envolviendo al buque, pero ya no era tan espesa. El silencio se adueñó del buque. Sólo se escuchaba el ruido producido por la hélice.

El «Vulcam» seguía navegando con lentitud muy cerca de la costa. Barry sonrió. Extraños acontecimientos se acercaban y era muy probable que no llegaran a realizarse. Su intuición le decía que a bordo de aquel buque iba la clave del enigma.

Había sido admitido entre la tripulación, pero no ignoraba que en llegando al punto de destino sería despedido con cualquier pretexto y hasta era posible que le pagaran el viaje de regreso sin darle muchas explicaciones... Estaba tranquilo porque no pensaba llegar a Charleston, pues sus planes habían de ser desarrollados mucho antes.

Un hombre cruzó la cubierta de popa a proa. Iba armado. Se detuvo junto a la escalerilla y, después de encender la pipa, volvió a

efectuar el mismo recorrido, pero a la inversa. Las luces de situación apenas eran visibles por la niebla. Aquel hombre iba de babor a estribor, penetró en el pañol, volvió a salir, apoyóse un rato en la borda y después, echando una ojeada al encerado de la escotilla, hundióse en los camarotes de proa.

Barry salió de su escondite. Eran las dos y media, la mejor hora para proceder como había pensado. Miró a lo alto. No se veían ni las nubes. Todo era una extraña visión opaca, borrosa, manchada, sucia, como si espesas cortinas de humo enturbiasen el espacio. Sonó la sirena. Su sonido chillón vibró por tres veces; después el silencio pareció adueñarse de la cubierta.

Hasta la escalerilla del puente le separaban unos quince metros y tardó en recorrerlos más de cinco minutos.

De buena gana hubiera revisado la carga de la bodega, pero no era cosa fácil. La escotilla estaba cerrada con cuñas de hierro y los cuarteles prensados contra la lona embreada; cualquier ruido llevaría la alarma y todo se echaría a rodar.

—No cometas imprudencias, muchacho —se dijo, deteniéndose junto a uno de los ventiladores que en la noche parecían enormes interrogantes con su cabeza de martillo.

Muchas veces había luchado contra «gangsters» endemoniados que disparaban a matar, pero esto era diferente. Se había metido en la misma boca del lobo y sólo con astucia podría salir bien librado.

Examinó la pistola. Estaba cargada y funcionaba muy bien. Era una «Browning» reformada con doble cargador. Un recuerdo de la guerra. La prefería a todas las demás. Con ella se libró de la muerte en Guadalcanal, rodeado por cuatro japoneses. Cuando contó el caso ninguno lo quiso creer y, sin embargo, era cierto. Los hombres como Barry no gustan de alardear de hechos que no han realizado.

El timonel canturreaba en voz baja, observando la estrella de los vientos. La aguja del marcador señalaba SE.

De pronto interrumpió su canto. Algo se apoyaba en su espalda, y una voz de timbres metálicos llena de amenaza acababa de murmurar a su oído:

—No te muevas ni hables o te mato.

Los hombres más acostumbrados al peligro son los que se vuelven más prudentes en casos de apuro. Sus manos crispadas sobre la rueda siguieron fijas, pero se podía notar un leve temblor

en ellas.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—No hagas preguntas. Soy la Muerte, si no me obedeces. Escucha: vas a cambiar de dirección ahora mismo. Lo harás procurando que el viraje no resulte brusco y, por lo tanto, quiero ver esa aguja marear el Este y después el Norte. Entiendo de náutica y no podrás engañarme. Vamos a regresar a Nueva York.

—¡Imposible! Se dará cuenta el capitán y...

—Procura evitarlo; sí nos sorprenden, tú serás el primero en caer.

El timonel hizo girar la rueda y el «Vulcam» fue virando en redondo con la docilidad de un caballo manso. Aquella pistola seguía apoyada en su espalda. Máximo Sokolosky sabía muy bien que su vida corría un gravísimo peligro.

Barry tenía los ojos clavados en la Rosa de los Vientos y le parecía una ruleta con sus 32 rumbos marcados.

Se le cansaba el brazo y cambió la pistola de mano.

—Más al Oeste —murmuró al oído del timonel—; procura no apartarte de la costa.

En aquel momento se sintieron pasos en cubierta y los ojos del timonel brillaron encendidos por una luz de esperanza...

—Deriva a la izquierda —ordenó Barry—, más al Oeste, procurando acercarte a la costa; ¡obedece!

Los pasos se iban acercando. La luz de tope apenas iluminaba la cubierta y entre las sombras inciertas de aquella noche negra, la silueta borrosa y desdibujada del marinero apenas era visible. El hombre se detuvo cerca de la escalerilla, preguntando:

—¿Todo bien, Máximo?

—Contesta —apremió Barry, haciendo presión con su pistola—; dile que no hay novedad...

El timonel tardó en responder, como si con ello se propusiera despertar las sospechas del hombre de ronda, y debió conseguirlo, porque la pregunta siguiente lo demostraba:

—¿Quién está contigo, Máximo?

—Nadie —respondió la voz vacilante de éste—; todo va bien.

—Es extraño —dijo la voz— juraría que navegamos hacia el Norte, porque la cruz del Sur va quedando a popa y la costa se ve a babor. ¿Qué demonios pasa aquí que no lo entiendo? ¿Es que te has

vuelto loco, Sokolosky?

Al decir esto comenzó a subir las escalerillas. Barry comprendió que había llegado el momento peligroso y no perdió tiempo en inútiles vacilaciones. La culata de su pistola cayó con fuerza sobre la cabeza del timonel, al cual se le aflojaron las piernas y se derrumbó en brazos de su agresor. Éste lo dejó sobre el puente y volvióse a tiempo de ver aparecer al hombre de retén que se detuvo en el último escalón asombrado como si no pudiera dar crédito a lo que veían sus ojos.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó.

—No tenía sueño y subí a charlar un rato con Máximo.

El timonel estaba tendido a todo lo largo y la rueda del timón giraba caprichosamente. El buque iba a la deriva. Los dos hombres descubrieron mutuamente las intenciones que les animaban. Barry tenía la pistola en la mano y no vacilaría en disparar; el otro también estaba armado, pero probablemente no tendría tiempo de utilizar su arma; así debió comprenderlo porque hizo ademán de descender.

—¡No te muevas! —ordenóle Barry.

Y entonces sucedió lo inesperado. El tripulante dio un paso, dejóse caer al suelo, agarróse a las piernas de Barry y de un fuerte impulso lo hizo caer de espaldas; con un prodigioso salto, estuvo encima y sus dedos buscaron la garganta del enemigo, pero no era fácil vencer a Barry en una lucha cuerpo a cuerpo por muchas ventajas que se tuvieran. Los dos hombres se trenzaron, tratando de eliminarse. La pistola había saltado a varios pasos.

Durante los momentos, el marinero pareció dominar a su adversario, toda vez que lo tenía debajo; pero, de pronto, las cosas cambiaron. Barry consiguió apartar un poco el corpachón de aquel coloso y, encogiendo su pierna derecha, le encajó un fuerte rodillazo en el vientre; se aflojaron las manos que atenazaban su garganta y, al sentir aquel respiro, estiró la pierna y el hombre fue proyectado por encima de la barandilla; dio una voltereta en el aire, cayó de pie sobre la borda y, aunque trató de guardar el equilibrio, tambaleóse y terminó por caer de cabeza al mar.

El «Vulcam» resultaba un bulto negro en medio de aquel mar plácido, que también era una mancha oscura salpicada por las lucecitas de los peces-linternas.

El timonel iba recobrando el conocimiento. Al abrir los ojos, vio a Barry de espaldas contemplando las aguas. Muy cerca estaba la pistola. Estiró el brazo y ya iba a apoderarse de ella, cuando el zapato de Barry le pisó los dedos. Ahogó un grito de dolor y sintióse levantado en vilo por la mano poderosa de Barry, que le dijo:

—Atiende ese timón; creo que hemos derivado...

Eran las cuatro de la mañana y la brisa acentuaba su frescor. En la proa aparecieron dos hombres. El brillo de sus cigarros parecía un vuelo de luciérnagas. La costa estaba cada vez más cerca. Barry calculó que habrían recorrido unas veinte millas desde que cambiaron de rumbo; por tanto, debían estar aproximándose a Long Island.

En aquel momento surgió la alarma a bordo. El contramaestre acababa de observar el falso rumbo de la nave. La cubierta se llenó de hombres. La costa estaba a media milla. Ya se veían las luces mortecinas de los faroles del muelle. De pronto, Barry volvióse alarmado. Por la escalerilla subían varios hombres. Disparó su pistola, haciéndoles retroceder.

Algo ocurrió entonces que convirtió la alarma en miedo y éste en desconcierto.

Una lancha cañonera avanzaba a toda máquina en dirección al barco, cortando el agua con su afilada proa. Un cañonazo de aviso retumbó de pronto. Desde proa se oyeron voces de mando. Una ametralladora fue colocada apresuradamente apuntando al puente.

El capitán dio una orden y se abrió la escotilla, los marineros sacaron unos fardos, que fueron arrojados al agua. Después, la ametralladora abrió fuego contra el puente. Había que eliminar aquel testigo peligroso.

La cañonera se había detenido a corta distancia por la parte de estribor. Un nuevo cañonazo se dejó oír; esta vez la bala dio en la misma línea de flotación y el buque empezó a tragar agua.

Barry había abandonado el puente. El timonel, alcanzado por los proyectiles de la ametralladora, estaba doblado sobre la rueda del timón con los brazos colgando y la mirada turbia, perdida en un horizonte sin fronteras.

Los tripulantes botaron las lanchas salvavidas y poco después se alejaban a golpe de remos en una dirección incierta, aprovechando la oscuridad de aquella noche negra, como sus conciencias.

De pronto, una llamarada brotó de la escotilla y se propagó rápidamente hasta la cabina de radio. El «Vulcam» se inclinaba peligrosamente a estribor y no tardaría en hundirse.

De la cañonera vino una voz:

—¡Rendirse!

Ya era tarde. El barco estaba perdido y la tripulación culpable huía sin rumbo a golpe de remo, tratando de desembarcar en cualquier punto de la costa.

En cubierta apareció el muchacho que embarcara con Barry. Éste le llamó:

—Poco ha durado nuestra navegación —le dijo—; ahora, si quieres salvar tu vida, sígueme.

Y al decir esto se lanzó al agua.

Los dos hombres nadaron hacia la cañonera.

Las llamas iban lamiendo el puente de mando del «Vulcam». Vióse el cuerpo del timonel convertido en una antorcha. De pronto el buque se abrió en dos pedazos. Una terrible explosión lo partió como si fuera una cáscara de coco. Sobre las revueltas aguas flotaban restos de aquella nave que cruzó todos los mares para venir a hundirse en lejanas latitudes...

Barry y su acompañante fueron recogidos por los marineros de la cañonera y llevados a presencia del capitán, el cual ya debía tener instrucciones concretas, porque saludó a Barry con exquisita cortesía, preguntándole quién era su compañero.

—Es el hombre que embarcó conmigo en el dique cinco.

Las luces del amanecer iban aterciopelando el agua. El reflector de la cañonera sembró sus rayos en dirección al lugar del naufragio, en donde flotaban restos de maderamen.

—No busquen náufragos —dijo Barry— porque todos han huido en dos lanchas provistas de todo lo necesario para llegar lejos. Son embarcaciones modernas con depósito de aire comprimido, insumergibles.

—Debemos perseguirlos —repuso el capitán—; tales son las órdenes de la Prefectura Marítima.

—No es fácil dar con ellos, toda vea que se ignora el rumbo que llevan.

—Los muy canallas han prendido fuego al barco antes de abandonarlo.

—Se equivoca, capitán —contestó el acompañante de Barry—; el incendio fue un accidente. Sacaron de la bodega unos paquetes que arrojaron al agua y en ese momento uno de los faroles cayó sobre unas balas de algodón, que empegaron a quemarse porque se derramó el petróleo sobre ellas. Muy cerca había una barrica de alquitrán y las llamas se propagaron rápidamente.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Dan Ferris, señor.

Dan y Barry fueron atendidos convenientemente, dándoles ropas secas, y poco después la cañonera zarpaba a toda máquina rumbo al Sur, en busca de los fugitivos...

III

GOLPE EN FALSO



AS dos lanchas se alejaron a fuerza de remos. Iban provistas de motores supletorios silenciosos, que fueron puestos en marcha. Las pequeñas embarcaciones desarrollaban una velocidad fantástica y bien pronto se perdieron de vista.

Por medio de un aparato registrador de sonidos controlaron un poco más tarde la persecución de que eran objeto. La cañonera iba en pos de ellos y si los descubría no les quedaba más remedio que entregarse o ser hundidos a cañonazos.

El contraмаestre hizo funcionar un pequeño aparato puesto en combinación con él motor de la lancha y se encendieron dos luces.

Estuvo tecleando durante un rato en aquel artefacto, que no era mayor que una máquina de escribir, y de pronto sonó un timbre.

—Ya contestan —dijo, colocándose un casco con auriculares— y empezó a comunicar.

Se trataba de una radio que sólo funcionaba con la ayuda de una dínamo. Las dos lanchas se fueron alejando de la costa. Sabían que la cañonera terminaría por encontrarlos, cada vez que debía poseer el registrador de sonidos, y por eso trataban de ponerse fuera de ruta, esperanzados en recibir pronta ayuda.

Aquellos hombres habían cambiado de ropas y se hallaban dispuestos a la lucha. Todos iban muy bien armados y cada embarcación llevaba una ametralladora «Wickers», pero no podrían resistir los cañonazos del guardacostas.

Había sido una gran pérdida el hundimiento del «Vulcam» y todos lo lamentaban porque reunía comodidades y además conservaba para ellos ciertos recuerdos imborrables de los que no se olvidan. Junto con el buque desaparecieron enormes reservas de municiones y víveres. Además, se vieron obligados a desprenderse de algo que tenía mucho valor y que arrojaron al agua, temerosos de ser capturados, porque la posesión de aquello significaba la muerte...

Ya era de día y estaban lejos de la costa. Una serpentina de humo les llenó de alarma. La cañonera iba a darles caza. Aún estaba distante, pero no tardaría en alcanzarle.

Se había levantado un fuerte viento y el oleaje sacudía las lanchas amenazando hundirlas. Debido a ello, la marcha era más lenta. Mientras tanto, la cañonera continuaba ganando ventaja y acortando la distancia.

Los fugitivos empuñaron las armas dispuestos a vender caras sus vidas, y fue el capitán quien les explicó que tenían lo que hacer.

—Si nos alcanzan, simularemos rendirnos enarbolando bandera blanca y al subir a bordo atacaremos, descargando nuestras armas sobre los tripulantes de la cañonera, y si logramos apoderarnos de ella, entonces iremos a tierra y en un lugar de la costa deshabitado haremos embarrancar al barco, abandonándolo después. Todo antes que caer en sus manos, porque nos harían hablar y alguno descubriría nuestros secretos.

Puestos de acuerdo, siguieron navegando por aquel mar

alborotado que de pronto mostraba su hostilidad como si quisiera devorarlos.

De pronto, el contraмаestre dio un grito de alegría y, extendiendo el brazo, exclamó:

—¡Mirad, ya está ahí!

Todos miraron. El periscopio de un submarino acababa de surgir a pocas yardas. Poco a poco la negra silueta fue apareciendo sobre las olas hasta mostrar el casco superior del sumergible. Abrióse la compuerta y asomó la cabeza de un hombre barbudo que les habló en un extraño idioma.

—Todos a bordo, pronto; no hay tiempo que perder. Os sigue una cañonera.

—Ya lo sabemos —respondió el contraмаestre—, pero podéis libramos de ella enviándola un torpedo.

—No, eso sería la guerra y nuestro Gobierno aún no está preparado...

Todos los hombres penetraron en el submarino, llevando consigo cuánto traían. Las dos lanchas fueron amarradas a un costado del sumergible y éste no tardó en desaparecer debajo de las aguas.

—¡Por todos los diablos! —decía el capitán de la cañonera algunos minutos más tarde—, esas embarcaciones han desaparecido sin dejar rastro. No me lo explico; si parece cosa de brujería. No pueden haber escapado. Mi cañonera desarrolla mayor velocidad que cualquier motora y hemos venido forzando las máquinas. ¿Cómo puede ser esto?

Estaba en el puente mirando en todas direcciones con los prismáticos sin ver la más leve señal de las lanchas. Barry acercóse a él, diciéndole:

—Capitán Duggan: usted que es hombre de mar, ¿no piensa en lo que pudo suceder?

—Por pensar no queda, pero no acierto a comprenderlo.

—Sólo cabe una suposición. Descartado el naufragio de las lanchas, toda vez que por ser insumergibles hubieran quedado flotando en una posición o en otra, sólo cabe pensar que exista un submarino.

—¿Está usted loco? ¡En nuestra marina no hay traidores!

—Nadie ha dicho que los hubiera. Actualmente, todos los países tienen submarinos y recientemente se han construido en cierto sitio

de Europa algunos destinados a fines científicos y comerciales. Estamos luchando, capitán, con una poderosa organización al servicio de un gobierno que no nos quiere y que desearía nuestra derrota; ahora bien: hay que pensar en que esa gente dispone de todos los medios para el logro de sus fines. Usted debe regresar a puerto, dando cuenta de que el barco se ha incendiado y que ignora el fin de la tripulación. Conviene que así sea. A mí me desembarca en Dover, que ya me arreglaré yo para pasar a Baltimore.

La cañonera puso rumbo a la costa. Barry aguardó a que se secaran sus ropas y, mientras tanto, se dispuso a enviar un radiograma a Dowland informándole de lo que pensaba hacer. Consultó la clave y envió el siguiente mensaje:

«M + R C? + B + LTRIV?RX XN D?NDX XSPXRS? ¿BX
TX-NXR?
C = P. —B8N.—19».

Dan Ferris vino a su encuentro al salir de la cabina.

—Me agradecería ir con usted —le dijo—, no quisiera volver a Nueva York.

—Lo siento, muchacho —respondióle Barry—; pero tengo ciertos proyectos y me servirías de estorbo.

—Tengo una tía en Dover y es probable que quisiera ayudarnos. Además, conozco muchos sitios de diversiones en donde podremos pasar muy buenos ratos.

—Imposible, Dan; pienso trabajar y me faltará tiempo para todo, hasta para divertirme.

—Más lo siento yo; me hubiera gustado ir con usted. He sabido lo que hizo a bordo y es algo maravilloso.

—Será mejor que lo olvides.

—Sí, señor, descuide.

Barry, una vez en Dover, dirigióse a una casa de compra y venta, atendida por un hebreo, y pidió que le vendiera unas ropas adecuadas porque las que llevaba ya habían cumplido su cometido.

El judío preguntóle con esa cortesía exagerada y servil tan propia en los de su raza:

—¿Qué necesita el caballero?

Y frotándose las manos mientras en su rostro ladino se dibujaba una sonrisa, agregó:

—Tengo todo lo que usted precise en géneros de la mejor clase y a precios que no admiten competencia. Nadie como Samuel Bercovich para tratar a sus distinguidos clientes. Por unos dólares saldrá usted de mi casa hecho un príncipe. ¿Cuánto pretende gastar el señor?

—Lo menos posible; no soy ningún millonario disfrazado, puede creermelo.

—Ya me lo figuro. Vea usted este traje. Es del mejor casimir de Liverpool y de una confección esmerada. Aún conserva la etiqueta, mírela: Lowell y Compañía.

—No me sirve. Quiero una cosa más sencilla. Chaqueta de cuero, pantalones de paño azul o negro, chaleco con dos filas de botones y un sombrero canadiense. Zapatos no preciso, pueden servirme los que llevo.

Barry salió transformado. Parecía otro. Le había dejado al judío las ropas que llevaba al entrar en su casa y con aquel atuendo pensaba penetrar en Baltimore, diciendo que venía de Pensilvania. La cuestión era despistar. No ignoraba lo peligroso de su misión y tenía que precaverse. Después de lo visto y oído comprendía las dificultades con que iba a tropezarse.

Comió en un fonducho de mala muerte y dirigióse estación del ferrocarril. Aún faltaba una hora para la salida del tren y para matar el tiempo compró un ejemplar del «New York Daily News».

Cansado de dar vueltas, colocóse a la cola de los que iban a sacar billetes. Delante de él vio a una hermosa señorita vestida elegantemente con un traje de chaqueta y boina. Llevaba un bolsillo en bandolera y un maletín en la mano. Era una mujer joven, de finos rasgos y arrogante silueta, de cabellos dorados y ojos negros.

Barry sintió que pedía un «primera» para Baltimore y vio cómo pagaba con un billete de mil dólares. Él pensaba ir en segunda, pero sintió el deseo de ser compañero de viaje de la hermosa pasajera y, sin poder explicarse la razón que lo impulsaba, pidió también billete de primera.

Poco después llegaba el tren. Una avalancha de pasajeros descendía de los coches, llenando la estación con sus gritos, mientras los que esperaban se empujaban, tratando de subir los primeros para ocupar los mejores asientos al lado de las ventanillas y poder disfrutar en la contemplación del magnífico paisaje.

Barry subió de los últimos, porque no le gustaban las apreturas y como no llevaba equipaje podía moverse con entera libertad. Los coches de «segunda» iban todos atestados; pero, en cambio, en los de «primera» sobraban asientos. Después de recorrer el convoy de punta a punta, vio a la bella pasajera en un apartamento de cuatro asientos. Estaba sola, vuelta de espaldas, apoyada en la ventanilla.

—¿Está ocupado, señorita? —preguntó, aunque sabía que no lo estaba, pues no vio ningún equipaje en las redecillas.

Volvióse ella con la indiferencia marcada en su lindo rostro, pero ésta se transformó en sorpresa al contemplar el atuendo de aquel pasajero que desentonaba entre la elegancia de los demás. Hizo un ademán negativo con la cabeza y volvió a ocupar su primitiva posición.

Barry sentóse dejando el sombrero a un lado y deseoso de entablar a toda costa conversación con su compañera de viaje hizo otra pregunta:

—¿Le molesta el humo?

—A mí no me molesta, nada.

Dijo esto sin volverse, y Barry, comprendiendo que no tenía ganas de charla no quiso insistir. Silbó la locomotora y un penacho de humo subió hasta el techo encristalado de la monumental estación. El jefe apareció a la puerta de su despacho, hizo una señal y un empleado tocó la campana. El convoy empezó a alejarse con su «chuf-chuf»

y bien pronto corría a cien por hora.

Barry cerró los ojos, estiró las piernas y, lanzando un bostezo, sintióse invadido por una somnolencia extraña; le pareció que flotaba en el aire y que la cabeza pesaba mucho menos que los pies; éstos, como si fueran de plomo, tiraban de él con fuerza. No había dormido nada en toda la noche y tenía sueño. El traqueteo del tren ayudó bastante a su modorra. Cuando despertó, la dama había desaparecido. Levantóse de un brinco y salió al pasillo donde un empleado negro pasaba anunciando la hora de la comida.

—¿Ha visto a la señorita que estaba aquí? —preguntóle.

—Sí, señor; está en el coche restaurante.

—¿Qué hora es? Se me ha parado el reloj.

—Ahora mismito han dado las doce y media.

—Gracias —dijo arrojándole medio dólar que el negro recogió

en el aire.

—Gracias a usted, caballero —quedóse contemplando la moneda, después la mordió, como si quisiera comprobar si era buena y al ver que era de plata, agregó—: Cómo engaña la gente: los ricos no dan nada y los pobres son ricos dando. ¡Ay Sempronio, que no sabes lo que dices!

Barry, al entrar en el coche-comedor, comprobó que también los camareros eran negros y llevaban unas levitas absurdas, con muchos galones y unos bordados imposibles. Todas las mesas estaban ocupadas. Acercóse a uno de aquellos negros y, depositando un dólar en su mano, le dijo:

—Me gustaría comer en la mesa de aquella señorita de la boina.

El negro miró la moneda, después a Barry y, por último, su mirada fue hasta la bella pasajera.

—Venga usted —contestó—, veremos lo que puedo hacer; esa señorita dijo que quería comer sola, pero no habiendo mesa libre...

Barry observó al pasar que en una de las mesas estaban tres caballeros; uno de ellos le pareció cara conocida. El tren acababa de salir de Smyrna y corría por la llanura devorando millas.

—Señorita —dijo el negro—, este caballero desea tener el honor de hacerla compañía, si no le molesta; no encontré mesa para él y dice que tiene mucho apetito; ¿le permite que se siente aquí?

—¡Haga lo que quiera!

—Muchas gracias, señorita; —y colocando la lista delante de Barry preguntó:

—¿Qué le sirvo?

—Empiece por el principio. Ya le avisaré cuando tenga bastante.

—Hagamos un cambio: yo le dejo el «Chicago Tribune» y usted me presta el «New York Daily News».

—Encantado, señorita; así pasaremos un rato ocultando nuestros pensamientos.

—Yo no pensaba en nada en este instante.

—Siempre se piensa en algo, aunque no se quiera. ¡Qué felices seríamos los mortales si pudiéramos ponerle freno a nuestro pensamiento!

—¿También filósofo?

Dejó oír una risa cristalina y recostándose en el butacón abrió el periódico y se extasió en la lectura. Barry, no queriendo ser

indiscreto, se puso a repasar el «Chicago Tribune» y, de pronto, sus ojos se detuvieron en una foto a dos columnas coronada por el siguiente epígrafe:

«La reina de la canción». Debajo, el cronista había desbordado la miel del incienso en frases encomiásticas y peregrinas: «La bella Rebeca Castle ha sido contratada para el Cristal Palace, de Baltimore, en condiciones fabulosas. La espiritual artista cuyo arte incomparable nos ha deleitado tantas veces, debutará dentro de unos días y es seguro que su voz sublime cautivará a los habitantes de la ciudad del Patapsco. La prodigiosa creadora del “Perdón, múdame” y de “Esclavos de amor” nos ha dejado con la miel en los labios y acíbar en el corazón. Que vuelva pronto y que no olvide a los que deseamos volver a prodigarle nuestros aplausos».

Barry miró a su compañera de viaje, viendo en sus labios una sonrisa burlona. Había sido una forma original de pasarle su tarjeta de visita, porque la famosa artista del retrato era ella.

Al doblar el periódico vio otra foto que llamó su atención. Era la del caballero a quien creía recordar. Unas líneas aclaratorias se lo explicaron todo:

«Míster Elbert Maxwell, el eminente geólogo, realiza un viaje de estudios por Maryland. Tiene el propósito de detenerse en Baltimore para analizar unos yacimientos de óxido verde que están formados, según parece, con partículas de penta-cloruro de uranio.

»Las experiencias del sabio lo han llevado a profundizar detenidamente en el problema atómico que conmueve al mundo y es uno de los llamados a descorder el velo del gran secreto, porque aún no está dicha la última palabra. Según nuestros informes, y lamentamos no poder ser más explícitos, en este año se ha avanzado más que en todo lo que va de siglo y es probable que dentro de pocos días podamos revelar noticias sensacionales».

—Su periódico es muy interesante, señorita Rebeca —dijo Barry—, y no sabe cuánto me alegro de conocerla. Había oído su voz por la radio y confieso que es maravillosa. Cuente desde hoy con un admirador más.

Volvióse ella sonriendo, al tiempo que decía:

—En estas páginas na pude encontrar su nombre.

—No le extrañe. Yo no soy tan popular como usted y a Erich Alorky nadie lo conoce. Y ahora que ya estamos presentados, ¿sería mucho solicitar de usted un autógrafo?

—Lo siento, pero todas mis fotos van en el equipaje. Si me visita en el Cristal Palace, de Baltimore, se lo prometo.

En aquel momento Barry estuvo a punto de lanzar un grito de asombro. Por el centro del salón acababa de pasar Dan Farris, su compañero a bordo del «Vulcam». El muchacho llevóse un dedo a los labios y desapareció como una sombra.

Estaba el día de sorpresas y aún le aguardaban a Barry otras muchas. El tren iba entrando en la estación de Odessa a pocas millas del canal. Cuando el convoy se detuvo, bajó al andén con la intención de comprar algunas revistas y un paquete de cigarrillos. Apenas tardó cinco minutos y cuando volvió a subir al coche, Rebeca ya no estaba en él. Creyendo hubiera ido al departamento, dirigióse hacia él, pero tampoco estaba allí. Recorrió el tren de punta a punta sin encontrarla. Preguntó al negro de servicio sin que éste supiera darle razón alguna de su paradero. El convoy se puso en marcha. Barry intrigado por aquella desaparición incomprensible, sentóse en el salón restaurante y pidió una copa de «*whisky*» con soda. Los tres caballeros seguían en el mismo sitio y también el matrimonio con la niña zanquilarga.

Barry sabía enhebrar todas las posibilidades y razonar con toda la lógica habida y por haber, pero no podía encontrar un motivo que le explicara las causas de aquella desaparición. Sobre la mesa había quedado el «Chicago Tribune», mostrando el retrato de la gentil artista. Lo recortó con su cortaplumas guardándolo cuidadosamente entre sus papeles. Pidió otro «*whisky*». El camarero negro, voluntarioso y confidencial, se deshizo en explicaciones dando detalles que Barry no pensó en pedirle.

—Suceden cosas raras en este tren —dijo con voz opaca y brillándole mucho los ojos—, en el otro viaje mataron a un señor que llevaba un maletín rojo. Encontraron el cadáver en el canal que vamos a pasar en seguida. Ahora desaparece esa señorita y nadie ha visto nada. Fue cosa de momento, porque el tren sólo paró diez minutos. Yo estaba en la cocina aprovechando la parada para comer

un bocado. Hay muchos «gangsters» por aquí, señor y cualquier día nos dan un disgusto.

El tren cruzó el largo puente y aumentó la velocidad.

¡Otra vez la niebla!

Se filtraba por las ventanillas, oscureciendo con su negrura grisácea el ambiente y apagando el brillo de las aguas del canal, que allá abajo, se deslizaba manso como una serpiente de plata, La máquina lanzó un estridente silbido que parecía una nota de protesta.

Pasó el negro camarero mostrando sus dientes marfileños en una sonrisa franca y cordial y Barry le hizo un gesto cariñoso. Aquellos fieles servidores eran una garantía para los pasajeros. Sólo tenían un defecto: que no se podía contar con ellos en caso de peligro porque se escondían en el último rincón como ratas asustadas.

Barry, agente modelo del benemérito

F. B. I.,

miró por la ventanilla. Los campos ubérrimos mostraban la gama de sus primores y desfilaban ante él las pintadas casitas de tejado rojo y ventanas verdes.

El tren iba a cruzar muy pronto la frontera de Filadelfia para adentrarse en tierras de Pensilvania. Como una sucia humareda, la niebla iba cubriendo sembrados y hogares, bosques y lagunas. Las paralelas, del tren se curvaban a cada paso dibujando sus ondulaciones por aquel delicioso paisaje que sólo estaba necesitando una lluvia de sol.

El agente secreto, vestido como un peón rural cualquiera, fumaba en su pipa un poco desconcertado. Pronto llegarían a New Castle, por donde pasaba el tren procedente de Wilmington, la ciudad jardín, emporio de las orquídeas según la acertada frase de Lucius Scott, el poeta andrajoso de los suburbios de Boston.

Barry, cuyo pasaporte llevaba el nombre de Erich Alorky, súbdito dinamarqués, sintió que se le cerraban los ojos y pidió una taza de café y unas gotas de bromuro. En aquellos momentos no podía dormir. Sus ojos tenían que estar abiertos, sus manos prontas y su decisión a punto de estallar.

Después de ingerido el aromático «moka» se sintió más optimista y hasta le pareció que el mundo era un campo de deportes en el cual ningún jugador hacía trampas. «La vida era una gran cosa —

pensó—, y valía la pena seguir viviendo»; pero al mirar de nuevo hacia donde estaba el profesor Maxwell hizo un gesto de duda y cambió de opinión: el mundo era un estadio de polémicas en donde luchaban los ambiciosos utilizando toda clase de armas y recursos. Sí, eso era el mundo: un gran terreno dividido en parcelas y los que más tierras tenían, aún procuraban arrebatarse su pedazo a los pequeños. Claro está que de cuando en cuando surgía un defensor y se interponía arrastrando consigo a los belicistas y a los otros.

Y en aquella contienda se hundían muchas ilusiones, se desmenuzaban intereses, caían rotos los ídolos en pedazos y del lodazal de las pasiones se levantaban los que habían sabido defender su tradición, y es que ésta nanea muere cuando brota en los corazones.

Esto pensaba Barry cuando sucedió algo inesperado, algo que nadie podía suponer y que, sin embargo, ocurrió en aquella tarde de niebla, en pleno siglo XX y a bordo de uno de los ferrocarriles más rápidos del mundo.

Dos hombres cubiertos con antifaces y armados de pistolas ametralladoras aparecieron en una de las puertas, mientras al otro extremo surgían como demonios del Averno otros tres hombres, también enmascarados y con las mismas armas.

—¡Nadie se mueva! —dijo una voz con ligero acento extranjero.

La intimación no fue obedecida. Barry se había arrojado al suelo y su pistola envió un mensaje de muerte. Detonaron las ametralladoras y mister Maxwell y los hombres que le acompañaban se doblaron como taños segados por el huracán. Uno de los atacantes había caído, pero dos de los otros cruzaron el salón y al pasar se apoderaron de la cartera que vieron en el suelo. La niña zanquilarga y su madre estaban agazapadas, muertas de miedo. Por la puerta posterior aparecieron tres hombres disparando sus pistolas contra los agresores y uno de ellos era ¡Dan Farris!

Los demás pasajeros, aunque tarde, habían reaccionado, pero en el coche quedaban tres muertos y uno de ellos era *Mr.* Maxwell, que con su vida rindió tributo a la ciencia.

Los bandidos se arrojaron del tren en marcha; sólo uno de ellos quedó allí tendido en el suelo para no levantarse más.

Dan Farris le arrancó la máscara, Barry lo reconoció al momento. Era el hombre del retrato, uno de los que robaron la

copia de la fórmula «Átomo Z».

De pronto el padre de la niña exclamó desesperado:

—¡Me han robado mi cartera y en ella llevaba el muestrario de la casa que represento!

—No se apure —le contestó uno de los policías— no venían por ella —y mostrando la del sabio, agregó—: ¡Era por ésta!

Entonces explicó Farris:

—¡Yo las cambié al pasar, porque sospechaba lo que iba a suceder!

IV

EN EL «CRISTAL PALACE»



AS palabras de Farris sorprendieron a Barry y trató de hacer preguntas, pero los policías se apresuraron a expulsar del coche a todos los pasajeros, y Barry tuvo que salir, toda vez que no estaba dispuesto a darse a conocer. El cadáver del asaltante no pudo ser identificado, pues no llevaba ninguna documentación encima.

El tren continuó su marcha a través de las llanuras de Maryland, y al llegar a Elkton fueron desembarcados los cadáveres, y la cartera del sabio entregada al jefe de la Policía local.

Y aquella noche la «National Broadcasting Company» lanzó a los cuatro vientos emisiones extraordinarias relatando el trágico suceso.

Barry buscó en vano a Farris un poco más tarde.

¡Había desaparecido!

Aquel muchacho empezaba a preocuparle. ¿Quién era y de dónde había salido?

Por la última emisión de radio supo que en la cartera de Maxwell, el sabio llevaba una nueva fórmula referente al «Átomo Z» y entonces comprendió el motivo del asalto. Seguía siendo otro misterio la desaparición de la artista y se propuso a su llegada a Baltimore entrar en averiguaciones.

El

F. B. I.,

había sembrado de agentes todo el territorio comprendido entre Boston, Pensilvania, New York y Atlantic City, pasando por Baltimore. Toda aquella enorme extensión estaba vigilada, y poco a poco la red tendida iría aprisionando a los que conspiraban contra la seguridad del Estado.

En Havre de Grace, el tren estuvo detenido más de tres horas. Un desprendimiento de tierras había cubierto la vía a la salida de la estación y se dijo que el derrumbamiento fue provocado por manos criminales, aunque no se sintió explosión alguna.

Llegaron a Aberdeen a medianoche. Se observaban concentraciones de fuerzas. Subieron al tren varios policías, y Barry, el agente especial número 19 del

F. B. I.,

fue detenido. Llevado a las oficinas del departamento policial se encontró con un radiograma cifrado puesto a su nombre, y el oficial de servicio le dijo:

—Recibimos instrucciones de Jefatura con la orden de detenerlo para evitar, que se hiciera sospechoso, pues no se ignora que por todas partes circulan espías. Desde aquí puede ir en ómnibus a Baltimore sin necesidad de pasar por Towson. Quiero que sepa que la cartera de *Mr.* Maxwell ha sido robada...

—¿Cómo pudo, ser eso? —interrumpió Barry.

—Todo estaba preparado y los agentes se la dejaron quitar sin hacer resistencia, porque la fórmula «Átomo Z» fue reemplazada por otra. Necesitamos localizar al cuartel general de los saboteadores, que se supone se encuentra en Baltimore, aunque hay quien afirma se halla en Washington.

Se encontraban los dos hombres solos en una pequeña oficina. Era la una y media de la mañana y el tren ya había partido. Barry se extrañó que un simple oficial estuviese enterado de pormenores que él creía secretos y mostró su extrañeza.

—No le extrañe —explicó el oficial—; yo también pertenezco al F. B. I., con el número cincuenta y seis. En el seno de la misma policía puedo haber traidores y todas las precauciones son pocas.

Barry leyó el mensaje del inspector Dowland. Le felicitaba por su actuación a bordo del «Vulcam» y le aconsejaba presentarse en Baltimore modestamente, sin alardes y como aquel que va en busca de trabajo. No debía hacer ostentaciones ni confiar en nadie. Para comunicarse con él, debía buscar la «onda X5»...

El oficial proporcionó a Barry un catre para descansar un rato.

—A las seis sale el ómnibus —le dijo—, le llamaré a tiempo y le tendremos preparado un buen desayuno. Duerma tranquilo.

Poco después el oficial, con un ejemplar del «New York World Telegram», se disponía a matar aquellas horas descifrando un problema de palabras cruzadas.

El mundo no conoce la truculentas escenas que tuvieron lugar en las tenebrosidades de este misterio; dos fuertes potencias en pugna se disputaban el dominio del aire para poder, desde las alturas, dominar la tierra. Después de las terribles experiencias de Hiroshima y Nagasaki todos aspiraban a poder repetirlas en el futuro frente al posible enemigo.

Barry no se sentía excesivamente preocupado. Tenía treinta años, poseía vastos conocimientos de la vida y estaba preparado para todas las contingencias adversas; gozaba de excelente salud y de un físico bastante favorecido y no se sentía cohibido por ningún remordimiento moral. Dedicado su cuerpo y alma al servicio de su patria, puso en su empeño todos los entusiasmos de su fuerte voluntad. Su vida, llena de accidentes, alcanzó relieves dramáticos; pero supo superarse a sí mismo.

Se había sentado en el tercer asiento del ómnibus, en la parte izquierda, y el asiento a su lado estaba desocupado. Se felicitaba de hallarse tan cómodo cuando la silueta esbelta de una jovencita se perfiló a su lado. Llevaba consigo una pequeña maleta de piel negra

y miró a la redecilla en donde pensaba colocarla. Barry, siempre galante con las damas y mucho más si eran bonitas como ésta, brindóse a ayudarla, y ella le recompensó con una sonrisa. Después, sentóse a su lado y extrayendo una novela de su bolso, se puso a leer mientras el ómnibus rodaba en dirección a Bel Air.

Barry observó que se trataba de un libro de Irene Corbally Kulin titulado «The story of Chiang Kai-Shek».

El día era esplendoroso. Borraba la niebla, brotaba como un incendio escarlata el resplandor solar, parecía salir del Chesapeake Bay, cuyos tentáculos acuáticos, penetraban en la tierra, formando centenares de ramificaciones.

Barry no sabía cómo iniciar la conversación con aquella muchacha de mirada ingenua y sonrisa apacible. Era rubia, con el cabello frondoso y brillante, y sus ojos tenían el color de los lagos en calma. Posiblemente tal vez no habría cumplido los veinte años, pero había luces de experiencia en su mirada, como si la vida hubiese dejado a su paso múltiples enseñanzas.

Su belleza era serena, y se diferenciaba de la hermosura de Rebeca, que resultaba más provocativa.

—¿Va usted a Baltimore, señorita? —preguntó de pronto.

—Sí, señor.

—Cuánto me alegro de que seamos compañeros de viaje.

—¿Por qué?

—Por qué no sabría decirlo, hay cosas que no podemos explicarnos y ésta es una de ellas, pero desde que la vi sentí un enorme deseo de ser su amigo.

La muchacha cerró el libro y sin que la sonrisa se borrara de su rostro venusino, respondió:

—La amistad es fruta del tiempo y no se puede conceder al primero que llega, porque se corre el peligro de exponerse a un desengaño. De todas formas, yo le agradezco sus buenos deseos y no olvidaré sus amables palabras. Somos compañeros de viaje y apenas hace unos minutos que nos conocemos, ¿cree usted que es tiempo suficiente para confiar en nadie?

—Tal vez tenga razón. Espero poder hacer méritos para conquistar su amistad.

—¿Tanto le interesa?

—Mucho, y no me pregunte la causa, porque tampoco sabría explicarla. Nos encontraremos en Baltimore y es probable que para entonces usted ya confíe en mí y yo pueda explicarme mejor. No sé por qué me parece que hace tiempo que nos conocemos, aunque no nos hayamos visto nunca. Usted es de Nueva York, ¿verdad?

—En efecto.

Poco a poco la conversación fue cambiando de tema. Hablaron de cine, de libros y de guerra. Barry relató sus aventuras en Guadalcanal, y cuando se dieron cuenta habían llegado a Resistertow. Comieron un bocado en la hostería de la carretera y poco después continuaban el viaje. Ella dijo llamarse Lucy Bruning, y Barry dio el nombre de Erich Alorky.

La muchacha descendió en los arrabales de la ciudad y el ómnibus fue a detenerse cerca del puerto. Allí se apeó Barry, y como aquel que se encuentra pronto perdido y desorientado; caminó en busca de alojamiento.

Lo que menos podía esperar era encontrarse más tarde en una modesta casa de pensión de la calle Crossville. Dan Farris, vistiendo un flamante traje gris de impecable factura, llegó poco después.

—Pero ¿eres tú, muchacho? —preguntóle sin poder reprimir su asombro—. ¿Puedo saber quién diablos eres tú? Intervienes en el cambio de carteras, evitando que los asaltantes se lleven los papeles del infortunado Maxwell; apareces después acompañado de dos policías; ves que me llevan detenido y no dices nada, y ahora te encuentro vestido como un magnate.

—Te pedí que me trajeras contigo en Dover y no me hiciste caso, y si entonces no has querido confiar en mí, ¿cómo quieres que yo te cuente mis secretos? Fuimos compañeros en un barco durante breves horas, y ahora lo somos en una casa de pensión; está visto que no podemos separarnos; tal vez el Destino nos tenga reservado algo muy importante; hasta entonces esperemos...

El Cristal Palace estaba enclavado en una de las principales arterias de Baltimore. Era un soberbio edificio de diez pisos de moderna construcción. La planta baja, dedicada a teatro, se veía frecuentada por un público selecto y nutrido.

En el primer piso había un hotel de lujo y los restantes estaban destinados a oficinas.

Alejandro Stokem era el propietario de aquel edificio, y gozaba

de fama como hombre muy rico.

Aquella noche los letreros luminosos anunciaban el debut de Rebeca, la reina de la canción.

En una oficina del tercer piso se hallaban reunidos varios hombres; dos de ellos eran Mauricio Murch y Franz Harnnann, los mismos que ayudaron a llevarse la copia de la fórmula «Átomo Z». Los otros escuchaban las palabras del que parecía presidir la reunión. Era éste un hombre elegantemente vestido, cuyo rostro estaba cubierto por una tupida barba negra.

—Habéis fracasado una vez más —lea decía—, y yo no perdono los fracasos. Las fórmulas robadas sólo son copias sin valor alguno. Tú, capitán Solstay, has dejado perder el «Vulcam» y, lo que es peor, la carga que llevaba. Nos encontramos como al principio, sin haber adelantado nada. Según nuestros corresponsales de Boston, Nueva York y Atlantic City, los laboratorios secretos en donde se prepara el nuevo explosivo «Átomo Z»[1] se hallan en esta ciudad y hay que dar con ellos. Estudiado todos los compuestos y sus derivados; no aparece por ninguna parte el dichoso hidrógeno según el cual puede construirse una súper bomba atómica mil veces más destructora que todo las demás.

Los hombres le escuchaban en silencio, mientras tomaban apuntes.

De pronto sonó un timbre debajo de la mesa y una luz roja se encendió en el techo.

Murch dio un salto, desenfundó la pistola, y abriendo la puerta salió al pasillo. No vio a nadie y, sin embargo, el timbre de alarma había sonado. El jefe ordenó apagar todas las luces. Poco después, aquellos hombres, como sombras, se distribuían por todo el edificio, registrando hasta los últimos rincones.

Nada pudieron encontrar que resultara sospechoso y volvieron a reunirse en la habitación que ocupaban.

—Escuchadme —dijo el jefe—: vosotros tenéis la misión de descubrir la existencia de esos laboratorios para destruirlos. Es probable que alguno pierda la vida, porque el

F. B. I.,

ha metido las narices en el asunto; pero no debemos reparar en el peligro. Yo, desde este edificio, en donde estoy considerado como un ser inofensivo, os seguiré dando mis instrucciones. En este

mismo momento tal vez haya espías cerca de aquí. La señal luminosa de alarma puede ser obra de la casualidad y no hay motivos para tomarlo muy en serio. Cualquier contacto con los alambres produce el sonido y se enciende la luz roja. Como iba diciendo, no debéis descansar. Tenemos buenos colaboradores en todas partes y ellos nos ayudarán. Tan pronto hayáis averiguado algo, venid a comunicármelo. Esta oficina pertenece a la administración del hotel y en ella no entra nadie; por lo tanto, aquí estaremos seguros, y ahora marchaos; podéis asistir a la función en el piso bajo, y si veis algún tipo sospechoso, seguidlo. La casualidad también acostumbra proporcionar sorpresas. Tú, Ramsky, quédate. Los demás podéis iros.

Saludaron a su jefe y se retiraron.

Cuando quedaron solos dijo el jefe:

—Necesito que vigiles a la secretaria de mister Stokem. Acaba de regresar de Wilmington y la han visto hablando con un desconocido en el ómnibus. Ya sabes que Stokem no es de los nuestros. Hace tiempo renegó de su nacionalidad para hacerse súbdito americano. Nos mira con buenos ojos, pero eso no basta, y esa rubia tan encantadora siempre anda viajando. Se llama Lucy Bruning, por si lo has olvidado. ¿Necesitas dinero?

—Nunca está de más, jefe.

—Aquí tienes quinientos; si te hace falta más, pídelo, pero no te duermas en la confianza; recuerda que el

F. B. I.,

vela y hay que desconfiar de ellos; son demasiado astutos y, lo que es peor, exageradamente patriotas. No se venden.

—Sí, jefe.

Salió el llamado Ramsky cerrando la puerta tras de sí. Era un hombre de unos cuarenta años, de mirada torva y rostro de duros perfiles. A simple vista se veía que pertenecía a la raza eslava.

Sobre la puerta del camarín había una estrella de metal blanco de seis puntas. Alguien dio tres golpes y la voz de Rebeca autorizó la entrada con un breve «adelante». Abrióse la puerta y apareció Barry. La artista al verlo preguntó contrariada:

—¿Qué viene a buscar aquí?

Barry cerró la puerta, y avanzando respondió:

—Vengo en busca de un autógrafo que una dama me prometió en el tren.

—¡Ah! ¿Es usted? No le había conocido, pero ahora no puedo atenderle. Va a empezar mi número.

—Lo sé y aquí estoy para aplaudirla.

—Se lo agradezco. Nos veremos luego; salga, por favor.

Parecía como asustada. No era la misma que Barry conociera durante el viaje. Hasta su cortesía resultaba vulgar. Parecía tener mucha prisa.

—Quisiera saber —dijo Barry— por qué desapareció usted tan repentinamente sin decir nada. La busqué por todas partes.

—Salga, por favor.

Barry comprendió que un poderoso motivo la tenía nerviosa. No se dio cuenta que la puerta del camarín se abría muy despacio hasta que sintió la voz de un hombre que le hablaba:

—Le han dicho que salga.

Volvióse viendo a Ramsky con los brazos caídos al costado, y la mirada, su mirada dura y hostil, clavada en él. Se veía que era un hombre impulsivo y peligroso, hombre de acción, acostumbrado a imponer su voluntad.

—Ya me iba —repuso Barry sin moverse—. Pero ahora, antes de irme, necesito saber quién es usted y con qué derecho interviene. Hasta que lo sepa no pienso marcharme.

Rebeca ya estaba vestida para escena. Su doncella permanecía en un rincón peinando una peluca de grandes guedejas rubias.

—¿Va usted a salir o espera que lo eche? —preguntó Ramsky cerrando los puños.

—Aguardaré a que me eche.

—¡Basta, Ramsky! —dijo ella—. No quiero discusiones aquí. Salgan los dos; no me gusta que intervengas en mis asuntos. Soy yo lo bastante para resolverlos sin necesidad de nadie. Y usted, haga el favor de marcharse también. Tengo que salir a escena.

Ramsky señaló la puerta a Barry, pero éste le dijo:

—Usted primero.

Se encontraron en el pasillo. En los ojos del eslavo brillaba la cólera y parecía pronta a estallar. Barry lo miraba con cierta curiosidad, como se mira a un bicho raro. La orquesta inició el prelude.

—Nos volveremos a ver —dijo Ramsky—, y es probable que entonces tenga mejor ocasión para enseñarle urbanidad.

—Encantado, Ramsky. ¿No se llama así? Es curioso: si mal no recuerdo, ese nombre significa cordero. ¿Será posible que el lobo se haya disfrazado?...

Alejóse buscando la puerta falsa, y poco después penetraba en el patio de butacas. Ocupó una de las primeras filas. Como noche de debut, el salón estaba lleno. Se fijó en el pianista. Era un hombrecillo de melena blanca, muy delgado, vestido de levita. Al terminar el preludio volvióse para saludar y sus ojos se clavaron en Barry. Éste sintió una sacudida como si le hubiese mirado una serpiente. Alzóse el telón y apareció ella. Una tempestad de aplausos la saludó.

Ramsky pasó por el centro de la sala y fue a sentarse delante de Barry. En aquel momento, la reina de la canción empezaba su número. Fue el delirio. La letra no era ningún modelo de rima ni de buen gusto, pero la música retozona y pegadiza cautivó al auditorio, y la voz levantó murmullos de entusiasmo. Al final de cada cuplé, el público aplaudía frenético.

En uno de los palcos estaba Alejandro Stokem, el empresario, con los periodistas.

De pronto, Barry tuvo un pequeño sobresalto. En el paleo de enfrente, acababa de ver a Lucy, la bella rubia, y a su lado, a Dan Farris...

V

UN SECUESTRO FRUSTRADO



ERMINADA la función, Barry intentó ver a Rebeca, pero al llegar al pasillo que conducía a los camarines se encontró detenido por dos individuos, que le cerraron el paso pistola en mano, y antes de que pudiera reaccionar de la sorpresa recibida, cayó una lona sobre su cabeza, se sintió envuelto y empujado y no pudo defenderse.

Todo esto había sido tan rápido que nadie se dio cuenta del percance. Algo le golpeó fuertemente y Barry perdió la noción de las cosas, sumiéndose en la inconsciencia. Antes de desvanecerse le pareció sentir una voz cascada que daba órdenes de sacarlo de allí. Al recobrar el conocimiento le pareció que iba en un coche; seguía

envuelto en la lona y no podía moverse. Sentía el ruido del motor del «auto» que, al parecer, marchaba a bastante velocidad. En aquella situación pensaba en lo sucedido y no podía sacar nada en claro. Era probable que hubiese caído en poder de la banda de los «gangsters», cuyas ramificaciones se extendían a través de todo el país; también era posible que sólo se tratara de algún individuo celoso que quisiera apartarle de la reina de la canción.

Se asfixiaba dentro de aquel envoltorio maloliente. Le dolía la cabeza por efectos del golpe recibido y no encontraba modo de ponerse cómodo. Comprobó que conservaba la pistola; tal vez pudiera hacer uso de ella. Esta esperanza iba a desvanecerse rápidamente.

De pronto se detuvo el coche, abrióse la portezuela y sintió que lo transportaban como un fardo. Cuando lo dejaron en el suelo, pasó un momento antes que lo despojaran de la incómoda envoltura y durante ese breve espacio de tiempo, oyó cerrarse una puerta, y después, que uno de aquellos mercenarios preguntaba a otro:

—¿Estás seguro de que no nos ha seguido nadie?

La respuesta debió ser muda, porque no llegó a escucharla.

Por fin, le libraron de la lona que lo envolvía y se encontró en presencia de tres individuos, a los que no había visto nunca. Le costó trabajo ponerse en pie, y cuando lo hubo conseguido, uno de aquellos hombres se acercó a él con la intención de registrarle. Barry retrocedió un paso y le aplicó un soberbio directo a la mandíbula que le hizo caer de espaldas. Intentó echar mano a la pistola, pero los otros dos cayeron sobre él. La lucha fue breve. El terceto era seleccionado entre los fuertes. Barry sufrió porrazos de todas clases y, aunque consiguió devolver los golpes, tuvo que sucumbir ante el número. Tirado en el suelo, aún recibió varios puntapiés, y hubieran seguido golpeándole si uno de ellos no les ataja, diciendo:

—Ya está bien.

Barry se consideró perdido. Le habían despojado de la pistola y fue sometido a un minucioso registro. Los tres rufianes se encontraron un poco desconcertados al no hallar nada sospechoso. Aquel «carnet», con el nombre de Erich Alorky, les desorientaba.

Le hicieron levantar, obligándole a sentarse en un banco. El preso echó una mirada a su alrededor. Se encontraba en un local

abandonado. Colgaban las telarañas del techo y el suelo estaba cubierto de polvo. Parecía ser un antiguo depósito de los muelles. Hasta él llegó el silbar de una sirena. Uno de los hombres le preguntó:

—¿Qué buscas en Baltimore?

—Poco debe importarte —fue la respuesta—. Cada uno busca lo que le conviene.

—No te molestes, Ybranich; ya se encargará el jefe de interrogarle.

Los tres individuos se habían sentado sobre una plancha de madera de las que se usan para colocar debajo de los sacos de cereales, y se pusieron a jugar a las cartas. Un farol colgado de un gancho iluminaba la escena. Al lado de cada uno estaba la pistola; los ojos desconfiados de los mercenarios miraban a Barry con feroz complacencia.

Pasaron los minutos, lentos y monótonos. Afuera se escuchaba el ruido de un barco haciendo maniobras; el grito del contramaestre, el arrastrar de maromas, las voces de los marineros y, por fin, el ancla que cae arrastrando la cadena.

De pronto, otro individuo, tan mal encarado como los que allí estaban, apareció, diciendo:

—Traed al preso; el jefe quiere interrogarle.

Barry fue empujado y le obligaron a franquear una puertecita. Al pasar tuvo que inclinarse, y se halló en un local de reducidas dimensiones, alumbrado por luces de carburo. Creyó que estaba soñando. Alrededor de una mesa estaban seis hombres, sentados en unos taburetes. La mesa, cubierta por un hule negro. Sobre éste, un libro de notas, una estilográfica y un mapa.

El jefe de aquella extraña reunión era de corta estatura, el más pequeño de todos, y su túnica negra ostentaba en el pecho un dibujo dorado representando una antorcha rodeada de círculos rojos. Tenía puesto un antifaz.

—Queremos saber —dijo uno— quién eres, qué buscas aquí y a quién obedeces. Piensa bien, tus respuestas, porque de ellas depende tu vida. Te encuentras ante el tribunal de los defensores de la libertad.

—¿Y defendéis la libertad privándome a mí de ella?

—Limítate a responder y no hagas preguntas.

Barry sonrió. Aquella gente iba demasiado lejos. Por el acento del que había hablado comprendió que se trataba de un extranjero. Vio junto la puerta a los tres individuos empuñando sus pistolas. Acosado a preguntas, terminó por contestar:

—Ya conocéis mi nombre; no tengo oficio ni beneficio; soy libre como el aire y deseo seguir siéndolo. Si las fuerzas mercenarias del delito tratan de impedírmelo, no hallarán recompensa en su intento; no sé quiénes sois vosotros ni me importa saberlo. He venido en busca de trabajo y como me quedaban unos dólares quería divertirme; eso es todo.

—Poco a poco —dijo la voz cascada del jefe—. Tus mentiras no pueden convencernos. Sabemos mucho más de lo que tú crees. Desde que saliste de Dover te han seguido los pasos. En el tren, tú mataste a un hombre. Eres un espía y vas a morir por ello.

—¡Yo no soy espía de nadie!

—¿Qué hacías entonces a bordo del «Vulcam»?

—Debéis estar confundido —repuso Barry, con estudiada calma, comprendiendo que se hallaba en poder de los mercenarios al servicio de una gran potencia—. Yo nunca estuve en ningún barco y no tengo culpa si un parecido cualquiera os hace acusarme. Soy súbdito dinamarqués y nada me importan los problemas internos de este país ni tampoco los vuestros. Trabajo para el que me paga sin preocuparme de otras cuestiones.

—Ramsky te encontró en el camarín de Rebeca —dijo el jefe.

—Me gusta esa mujer; sus ojos negros son fascinadores.

Barry había tenido buen cuidado de dejar todos los objetos que podían comprometerle en la casa de pensión. En pocos instantes supo mucho más de lo que pudo averiguar en su largo viaje. Aquella red de mercenarios tenía establecido su cuartel general en Baltimore y constituían un grave peligro para la paz del mundo.

Buscaban los poderes atómicos, cuyos secretos se guardaban detrás de mil cerraduras, y el Servicio Secreto trataba por todos los medios de engañarles, brindándoles de cuando en cuando la golosina de una fórmula sin valor alguno, para poder atraerles a la trampa que les tenía preparada, pero aquella fuerza del mal estaba perfectamente organizada y disponía de todo el dinero necesario para sus tenebrosos fines.

El jefe sacó del pecho un papel y, mostrándoselo, preguntó:

—¿Conoces esto?

¡Era la fórmula «Átomo Z», robada del Departamento de Industrias Químicas!

Barry miró el papel y se encogió de hombros, respondiendo:

—Parece una receta.

—Eres astuto, pero de nada te vale. Sabemos que luchas contra nosotros, y hasta sospecho que puedas pertenecer al

F. B. I.

Te concedo veinticuatro horas de vida. Si mañana a esta misma hora no nos has dicho todo lo que sabes, morirás. Las aguas del puerto son muy profundas y nunca devuelven lo que devoran. Necesitamos saber en dónde están emplazados los laboratorios de las fuerzas atómicas. Si lo sabes y nos lo dices podemos hacerte rico. Eres joven y la vida debe ser para ti una bella tentación. Piensa bien lo que te conviene.

El jefe, seguido de los demás, salió por una puerta lateral, después de recomendar a los tres «gangsters» que vigilaran bien al prisionero.

Éstos, para mayor seguridad, cerraron las dos puertas, y dos de ellos se acostaron, mientras el tercero se ponía a ensayar solitarios con un naípe.

Barry, sentado en el suelo, recostóse contra una de las columnas, y poco a poco se fue quedando dormido. La quietud era absoluta en aquel apartado rincón de los muelles. Una de las luces apagóse de pronto, y el hombre que vigilaba la estuvo arreglando hasta verla lucir de nuevo. Contempló a Barry dormido, y sentándose, sacó la pipa, la cargó y se puso a fumar plácidamente.

Michel Arderius, que así se llamaba el «gángster» que estaba vigilando, se aburría soberanamente y de buena gana hubiera despertado a Barry para jugar con él a cualquier cosa, pero no se animó a ello. Durante un rato estuvo contemplando las espirales del humo de su pipa, hasta que terminó por sacar una novela y ponerse a leer.

Sobre de las puertas había un tragaluz redondo. A esa altura, los albañiles colocaron un andamio, para efectuar ciertas reformas, pero se paralizaron las obras, porque el edificio fue declarado en estado ruinoso por el ingeniero municipal y se pensaba derribarlo.

De pronto, por el tragaluz apareció la cabeza de un hombre y

sus ojos contemplaron la escena. Una sonrisa animó su rostro al ver el cuadro: tres dormidos y otro leyendo una novela. Con la suavidad de un felino pasó por el tragaluz y sus pies pisaron en el andamio. Un rollo de cuerdas que vio sobre las tablas le dio una idea. Descendería, tratando de sorprender a los «gangsters». La tentativa era arriesgada, pero podía tener éxito. El andamio llegaba, hasta el rincón, en donde la claridad era escasa, toda vez que las dos luces de carburo restaban iluminación a una parte del local debido a las pantallas de metal de que estaban provistas.

El nuevo personaje se apoderó del rollo de cuerdas y, caminando por el andamio, buscó las penumbras. Una vez allí ató la soga a uno de los esquineros de madera y empezó a descender por ella. Al llegar al suelo respiró satisfecho. La primera parte de su plan estaba lograda, pero faltaba lo más difícil. Todo hubiera salido bien, si Michel, en aquel instante, no hubiera levantado la cabeza al sentir un leve ruido. Al principio pensó que era alguna de las numerosas ratas que pablaban aquel antro, pero al hacer girar una de las luces alcanzó a ver una silueta un poco desdibujada, pero que antes no estaba allí.

Se quedó indeciso y vacilante, pensando por dónde podía haber penetrado aquel intruso, toda vez que las dos puertas estaban cerradas y él tenía las llaves. En tal situación, los pensamientos retrospectivos de nada valen, y comprendiéndolo así, desenfundó su pistola y extendió el brazo para disparar; oyóse una detonación y el mercenario desplomóse con una bala en el cráneo.

Sus dos compañeros, despertados de pronto, echaron mano a sus armas, y creyendo que era el preso quién había disparado, hicieron fuego contra él. Milagrosamente pudo librarse Barry de ser alcanzado, porque se apresuró a colocarse detrás de la columna.

El intruso se había echado al suelo y de su pistola salieron dos nuevos fogonazos. Otro de los «gangsters» cayó herido de muerte. Barry, al darse cuenta de lo que estaba sucediendo, cogió una tabla y la arrojó sobre una de las lámparas de carburo. Al caer, volcóse el agua del depósito y se apagó la luz, después de lanzar una llamarada azul. El tercer mercenario seguía haciendo fuego. Barry, arrastrándose, llegó donde estaba Michel, lo agarró por una pierna y lo llevó detrás de la columna. Una vez allí se apoderó de la pistola. ¡Era la suya, la que le habían quitado! Y empezó a disparar

con ella. La luz de carburo que quedaba apenas iluminaba un reducido espacio del local, dejando al resto en penumbras; el mercenario procuró sacar ventaja de ello y se atrincheró detrás de unos ladrillos, contestó a los disparos, sin gran eficacia. Barry, desafiando el peligro, salió de su escondite y avanzó decidido. Quería terminar cuanto antes. Aquel tiroteo podía ser escuchado por la Policía del puerto y no deseaba verse mezclado en un conflicto en el cual tendría que descubrir su verdadera personalidad, perdiendo así su condición de agente secreto, y echando a perder la misión que le habían confiado.

El mercenario, al verlo dirigirse a su encuentro, asomóse un poco, extendiendo el brazo armado, momento que aprovechó Barry para dirigirle una bala, que le llevó media oreja. Al sentirse herido perdió la serenidad necesaria y se incorporó, furioso. Demostrando poseer un valor temerario, avanzó al encuentro de Barry, lanzando denuestos. Un nuevo balazo le detuvo; herido en el pecho, trató de guardar el equilibrio, pero no pudo conseguirlo, y cayó de rodillas. En esa posición levantó el brazo, pero le faltaron las fuerzas y se inclinó de costado, quedando rígido.

Entonces se volvió Barry buscando a su salvador, y cuál no sería su sorpresa al reconocer a Dan Farris.

—Pero ¿eres tú, muchacho? —exclamó, asombrado.

—No perdamos tiempo y salgamos de aquí Podemos salir por donde yo vine: por esa claraboya.

—No es necesario; éste se guardó las llaves —dijo, señalando el cuerpo de Michel.

Lo registró, y apoderándose de las llaves, abrió la puerta. Se encontraron, después de recorrer un pasillo, en una especie de patio que no tenía salida, pero Barry vio una cisterna y, asomándose a ella, divisó unos hierros clavados en la pared interior de aquel cilindro, y sin pensarlo más, empezó a descender por ellos. Hallaron un túnel y, siguiéndolo, fueron a dar debajo de los muelles.

Subieron por una escalera, y poco después estaban en la dársena.

Era ya muy tarde cuando llegaron a la casa de pensión.

—Ahora me dirás —pidió Barry— cómo has podido llegar tan a tiempo.

—¿Por qué no lo dejamos para luego? Estoy muy cansado y ya

son las cuatro y media de la madrugada.

—Tendrás que explicarme muchas, cosas, muchacho. Que descanses, y gracias.

Era ya muy tarde cuando Barry se levantó y al preguntar por su amigo le dijeron que había salido. Comprendió que debía andar con pies de plomo; una vez identificado, la muerte le saldría a cada paso.

Después de comer fue al Banco, presentó la carta-orden y sacó unos cientos de dólares. Necesitaba cambiarse de ropa de pies a cabeza y efectuó bastantes compras. Una vez transformado se dirigió al Cristal Palace. Necesitaba hablar con Rebeca. Estaba parado en la calle Lincoln esperando «taxi», cuando vio venir un «Packard», de color plomo, que se detuvo en el mismo borde de la vereda donde él se hallaba. Asomó el hermoso rostro de Lucy, y Barry iba a demostrar su sorpresa con una exclamación de asombro, cuando ella le preguntó:

—¿No quiere subir? Puedo llevarle donde usted quiera.

Subió al coche Barry, sentándose al lado de ella. El «auto» partió como una exhalación.

—Le encuentro muy elegante —dijo Lucy—. Se conoce que marchan bien los negocios.

—No puedo quejarme.

—Es usted un hombre desconcertante. Cuando le encontré en el ómnibus pensé hallarme en presencia de un vaquero, pero su conversación me hizo comprender que estaba equivocada; ahora me lo tropiezo convertido en un «*dandy*», y mi curiosidad de mujer siente enormes deseos de confidencias. ¿Quién es usted?

—Nada más que Erich Alorky.

—Un nombre no dice nada.

—O lo dice todo.

—Veo que no he logrado inspirarle confianza. ¿Dónde quiere ir?

—Donde usted vaya.

—Yo voy a la oficina. No sé si le dije que soy la secretaria de mister Alejandro Stokem, propietario del edificio Cristal Palace. Vengo de llevarle a la estación. Ha ido a Ellicot City, pero vuelve esta noche. Ya ve cómo yo no tengo secretos para usted. Ya le vi en el debut de Rebeca. Gran artista, ¿verdad?, y muy hermosa. Ha

triunfado ruidosamente. ¿No ha leído la Prensa de esta mañana? ¿No? La ponen por las nubes.

Barry había escuchado con gran atención aquellos detalles, que le hacían pensar muchas cosas. Desde el primer momento, Rebeca fue para él la mujer misteriosa, y mucho más desde aquella fulminante desaparición del coche-comedor. Estaba pensando en aquel Kamsky, que parecía tener tanta confianza con ella, y se lo dijo a Lucy.

—Es su agente de propaganda, una especie de perro faldero, que no le pierde pisada.

El coche se detuvo frente a la puerta del Cristal Palace. Un «botones» abrió la portezuela gorra en mano.

El amplio «*hall*» estaba lleno de gente. Al fondo se hallaban los ascensores; a la derecha, el salón-teatro, y a la izquierda, el moderno restaurante. Era un edificio soberbio, que causaba admiración de los turistas. Lucy se despidió de Barry ya se separaban, cuando un nuevo personaje hizo su aparición.

—¡Hola, señorita Lucy! ¿Sabe si está el señor Stokem en su despacho?

—No, señor; ha ido a Ellicot City, pero regresará esta noche; permítame que le presente al señor Erich Alorky, un «sportman» muy popular en Nueva York; Erich: el señor comisario de Policía, Gustavo Plossant.

Los dos hombres se saludaron con una leve inclinación de cabeza, pronunciando breves frases de cortesía. Lucy despidióse alegando urgentes ocupaciones y dirigiéndose al ascensor, después de ordenar que encerrasen el coche.

El comisario Plossant era un hombre obeso de mediana edad, muy acicalado, que vestía con exagerada elegancia. Lucía gruesos anillos en los dedos y fumaba excelentes habanos. Era muy raro no tropezarle con uno en la boca.

—¿Me permite que le invite con un «combinado»?

Barry sintió la curiosidad de profundizar un poco en aquel hombre al que había oído nombrar mucho. Según sus referencias, el comisario Plossant poseía una excelente hoja de servicios, y cuando le propusieron el traslado a Nueva York lo rechazó. Aquello sorprendió a todos, porque aquel traslado significaba un ascenso y aumento de sueldo. El comisario alegó motivos de salud, aunque

era fuerte como un roble, y siguió en Baltimore.

—Se lo agradezco —respondió Barry—. Casualmente no sabía cómo matar estas horas.

Penetraron en el elegante
café-bar.

Fueron a sentarse cerca de una ventana. El camarero acercóse, preguntando:

—¿Lo de siempre, señor?

El comisario respondió:

—Sí, y a este caballero lo mismo.

El «combinado» era un compuesto de ginebra, jarabe de naranja, media copa de «*whisky*» y unas gotas de menta: Algunos le añadían soda, aunque el comisario lo prefería sin ella.

—¿Hace mucho que conoce a Lucy?

—La conocí durante mi último viaje. ¿Tiene carácter policial su pregunta?

—¡Oh, no, de ningún modo! Lucy es una señorita encantadora, de la que soy un gran admirador, pero dejemos eso. ¿Piensa permanecer mucho tiempo en Baltimore? ¿Podría saber cuáles son sus deportes favoritos? Perdona mi curiosidad pero yo soy un fanático por las carreras de caballos.

La respuesta de Barry fue desconcertante:

—Ignoro mis futuras decisiones, porque, si he de decir la verdad, estoy de incógnito y no quisiera que los periodistas empezaran a molestarme...

VI

EN EL BUFFET MILANO



AN Farris, apenas salió a la calle, dirigióse al Buffet Milano, en donde solían reunirse diariamente los marineros de los barcos mercantes. Era un local muy favorecido por la gente de mar y estaba situado en la calle Cumberland, a dos pasos de los muelles. Dan ocupó una mesa cerca de la puerta y pudo observar que en la inmediata, unos hombres, de rostros duros, parecían mirarle con cierta hostilidad. Allí nadie le conocía y le extrañaba que pudiera llamar la atención. Se hizo el disimulado, pero sin dejar de observar. Siguió bebiendo. Una de las camareras, al pasar por su lado, le dejó un ejemplar del «Herald

City», y se alejó sin pronunciar una palabra.

Dan no había pedido el periódico, pero tampoco le dio importancia al detalle y se puso a hojearle. De pronto observó unas palabras escritas con lápiz. Decían así:

«Cuidado. Le vigilan. Disimule. Enemigo al acecho.
No confíe en nadie. —Dieciocho».

Dan recortó el pedazo escrito y haciendo con él una pelota se lo guardó en el bolsillo.

Después de permanecer un buen rato observando, Dan se levantó, dirigiéndose a los lavabos, pero en vez de entrar en ellos, saltó por una ventana a un patio y, al ver una puerta entreabierta, se introdujo por ella.

A la luz de una linterna eléctrica pudo ver que se encontraba en una especie de vestíbulo y al final había una escalera; las paredes estaban sucias y húmedas, y el papel que las cubría colgaba en tiras.

—¡Anda, Myrko, búscale!

Eso dijo la voz de falsete, y el hombre, dócil como un perro, empezó a bajar las escaleras. Los escalones crujían bajo su peso. Dan retrocedió procurando ahogar el ruido de sus pisadas. Sentía frío en la espina dorsal, y a cada momento le parecía que iba a recibir un balazo. Aquel monstruoso individuo, al llegar al rellano, se detuvo y olfateó; sus brazos se alargaron como si registraran los rincones. Dan no tuvo tiempo de seguir mirando, porque la prudencia y el temor habían abierto brecha en su corazón. Al llegar al vestíbulo sintió dos interrupciones: un espantoso grito agudo y penetrante, que no volvió a repetirse, y, después, un tremendo portazo que hizo retumbar las escaleras.

Cuando se encontró nuevamente en el salón, creyó que acababa de salir del mismo infierno. No olvidaría jamás el rostro diabólico de aquel hombre ni el aspecto miserable y repulsivo del jorobado, como tampoco podría olvidar aquel grito que aún resonaba en sus oídos.

No le cabía duda que en el vecino edificio al cual lograra introducirse, saltando por aquella ventana, ocurría algo extraño, raro y anómalo en grado sumo, algo que era menester averiguar.

No vio por ninguna parte al número 18 ni a los hombres que se sentaban cerca de su mesa. Había mucha gente, y el piano estaba

callado. De pronto, la radio empezó a dar las últimas noticias. El locutor, después de un preámbulo propagandístico de una casa comercial, informó de un crimen cometido en uno de los depósitos de la dársena. Tres hombres aparecieron muertos y no pudieron ser identificados por carecer de documentación. Habían sido descubiertos por los albañiles que estaban procediendo al desmantelamiento del edificio. La Policía seguía una pista.

Después la radio comunicó otra importante noticia en Ellicot City había sido asaltado el Laboratorio Municipal, y los asaltantes se llevaron unas muestras de uranio. Dos empleados resultaron heridos. Uno de ellos pudo dar la filiación de los malhechores. Parecían ser marineros, a juzgar por sus ropas, y eran individuos jóvenes, de buena estatura. Se les vio partir en un automóvil con matrícula de Washington, pero más tarde se supo que la matrícula era falsa. Por no entorpecer la labor policial, no se daban más detalles.

Dan había encontrado algo en la escalera que al principio no le dio importancia, pero que ahora consideró que podía tenerla. Se trataba de un recibo de gasolina extendido el día anterior en Ellicot City precisamente.

Todo aquello resultaba altamente sospechoso. Al principio pensó dirigirse al Departamento de Policía, pero, pensándolo mejor, decidió informar antes a su amigo «Erich». Dirigióse la cabina telefónica y, después de cerrar la puerta, introdujo una moneda y pidió comunicación con el hospedaje. Le contestaron que «Erich» no estaba, pero que, al salir, había dicho que se dirigía al Cristal Palace.

Era en el preciso momento en que Barry se encontraba charlando con el comisario Plossant.

Dan consiguió comunicar con su amigo.

—Escucha, «muchacho»: me encuentro en el Buffet Milano, y he descubierto muchas cosas raras; será mejor que vengas por aquí. Es en la calle Cumberland, ya lo sabes, cabecera de los muelles. Resulta que...

Allí fue interrumpida la comunicación. ¿Qué había pasado?

Un individuo se había ido acercando a la cabina telefónica, situada debajo de la escalera que conducía a los reservados. Permaneció un instante observando, y de pronto desenfundó una

pistola «Wranger» y le aplicó el silenciador. La puerta de la cabina tenía una mirilla de cristal y por ella disparó el asesino. La bala se introdujo en la espalda de Dan, el cual cayó herido. El tubo auricular quedó colgando y balanceándose, como un péndulo. Los cristales de la mirilla no cayeron; sólo quedó un orificio. Nadie se dio cuenta de lo sucedido. A seiscientos metros de allí, Barry adivinó lo que acababa de ocurrir. La comunicación cortada, aquel extraño sonido y, después, un ahogado grito y un cuerpo que cae.

Salió precipitadamente, sin atender a las palabras del comisario, que le preguntaba si ocurría algo. Subió a un «taxi» que pasaba, y en diez minutos llegó al Buffet Milano. Frente a la cabina se amontonaba un grupo de personas. Antes que Barry pudiera acercarse, ya la Policía ordenaba el levantamiento del herido y éste era conducido en una ambulancia a la Asistencia Pública de Primeros Auxilios.

Barry supo horas después que su amigo se encontraba hospitalizado en el Sanatorio Sanders, de la calle Hagerstown, y hacia él se dirigió. Había conseguido un pase especial del comisario Plossant para poder verlo. No quería, bajo ningún concepto, darse a conocer como agente del

F. B. I.

La Policía, mientras tanto, continuaba efectuando detenciones.

El Sanatorio Sanders se encontraba situado casi en las afueras de la ciudad, y Barry tomó un «taxi» para ir a ver a su amigo. Apenas mostró el pase firmado por el comisario, le dejaron pasar. Halló al herido bastante animado. Una enfermera le cuidaba.

—¡Hola, muchacho! —saludó, al tiempo que estrechaba su mano—. Espero que no será nada.

—Es preferible que no hable mucho —advirtió la enfermera—. No tiene fiebre, pero está bastante débil por haber perdido mucha sangre.

—No le hagas caso —repuso Dan—; estoy muy bien.

—Cállate; hablaré yo por los dos.

El aposento era una habitación pintada de blanco y blancos eran los cortinajes de las ventanas. Al fondo, el verde de los naranjos hacía juego con el azul del firmamento. El herido no estaba grave. El proyectil había penetrado de perfil, rozando el hueso y saliendo por el costado. Cuestión de pocos días.

Barry habló con él de muchas cosas, aprovechando que había salido la enfermera. Los dos amigos escondían sus secretos; ambos lo comprendían, pero el deber les obligaba a comportarse así. Barry nunca hubiera sospechado lo que vio poco después.

Entró la enfermera para cambiar los vendajes, y Dan, ayudado por Barry, se puso de espaldas. En aquel momento se fijó Barry que su amigo llevaba en el brazo izquierdo un tatuaje idéntico al suyo: la insignia del

F. B. I.

Esperó a que la enfermera terminara de vendarlo, y entonces la dijo:

—Véndele también el brazo.

—Pero si en el brazo no tiene nada.

—Escuche, señorita: ese tatuaje no debe verlo nadie. Yo hablaré con el doctor. Procure siempre que tenga que curarle hallarse sola con mi amigo; es necesario guardar este secreto. Servicio especial, ¿comprende? Estamos luchando con enemigos emboscados que atacan contra la seguridad de la patria y contra la paz del mundo. Su ayuda nos es necesaria en este momento y espero que hará lo que le digo. El país confía en nosotros. Venceremos, porque hemos sabido descubrir la falsedad y la traición a tiempo.

La enfermera vendó el brazo de Dan, dejando tapado el tatuaje. Al terminar, respondió:

—Comprendido; no tiene por qué preocuparse.

Dan sonreía. En su interior, estaba orgulloso de la amistad de aquel hombre, que sabía estar siempre a la altura de las circunstancias. Poco después, Barry se despedía, diciendo:

—Volveré a verte, treinta y nueve; pero has debido decirme la verdad.

—¿Acaso me la has dicho tú?

—Tienes razón, ya hablaremos de eso. Debo marcharme.

Estrechó la mano de Dan y la enfermera le acompañó hasta el pasillo. Una vez allí, le dijo:

—Quiero decirle algo para su tranquilidad. El doctor Sanders pertenece también al

F. B. I.

En este hospital sólo reciben asistencia médica los heridos del cuerpo de Policía.

—Me alegra saberlo, señorita; pero, de todos modos, recuerde mi consejo...

Durante unos días, Barry frecuentó la alta sociedad, acudiendo a bailes y reuniones. Se hizo socio del Club de Regatas y perdió algún dinero en las carreras de caballos. Asistió a las funciones de la Opera y consiguió introducirse en cancillerías y embajadas. Últimamente había recibido instrucciones de Dowland y las seguía al pie de la letra. Por mediación de Dan, averiguó el domicilio de Durand, el agente 18. Andaba navegando en un barco costero que iba hasta Norfolk.

Charles Durand había estado con él en el despacho del inspector Dowland, pero apenas se conocían. Resultó ser un muchacho simpático y pronto se hicieron amigos.

Un día le dijo Charles:

—Tengo una pista. Puedo asegurarte sin temor a errores que en el Cristal Palace se oculta el que mueve todos los títeres, o sea el jefe absoluto del espionaje. Sorprendí una conversación a bordo, y aunque no mencionaron nombres, pues en eso son muy reservados, supe que hablaban del dirigente supremo. Ignoro lo que traman, pero debe ser algo muy serio toda vez que decían de apoderarse de la fórmula clave. Eran dos hombres que subieron a bordo es Bethany Beach, en donde hicimos escala, y estuvieron charlando con un marinero que, después, se quedó en Norfolk. Como tú sabes, no estamos autorizados para hacer detener a los comparsas, porque son ellos los que han de conducirnos a presencia del Jefe, y no interesa espantar la caza. Tú puedes hacer un buen trabajo, toda vez que te codeas con esos potentados, y en el Cristal Palace está el nido; la cuestión es dar con él. Yo tenga ciertas sospechas, y ese Alejandro Stokem debe de tener algo que ver en el asunto.

—¿Lo nombraron, acaso?

—No, no lo nombraron; pero hace demasiados viajes, es persona muy rica, protege a ciertos emigrantes y, según tengo entendido, nació en Estonia. ¿No te dice nada todo esto?

—Nada. Las apariencias suelen engañar, y no hay que fiarse de ellas. Si seguimos un camino equivocado, será mucho más difícil llegar a la verdad; de todos modos, tendré en cuenta tus sugerencias y procuraré orientarme sobre ellas.

—Si me necesitas, me buscas en el Buffet Milano. Allí nos

reunimos varios amigos que, en caso de apuro, podemos ayudarte. Se trata de muchachos marineros, buenos chicos, casi todos de Highlands, Lon Branch y Asbury Park. Y no pierdas de vista a míster Stokem. ¡Ah! Otra cosa: no sé si sabrás que míster Donalson, el experto en explosivos, está aquí. Llegó ayer en avión.

—Lo sabía; me lo ha comunicado mister Dowland.

Barry despidióse de su compañero y, al salir a la calle se dirigió al Buffet Milano. Después de lo que le había dicho Dan, tenía grandes deseos de conocer aquel local. No se dio cuenta que era seguido. Se había hecho muy popular en poco tiempo, y todos conocían a Erich Alorky, el afamado «sportman» de las grandes audacias.

Barry, al cruzar la Winchester Avenue, volvióse de pronto, dando un salto de costado. Un coche negro estuvo a punto de llevarlo por delante. Comprendió que había sido premeditado y se propuso vivir alerta. Al pisar la vereda, estuvo un momento inmóvil, observando, pero nada vio sospechoso y continuó la marcha. Tenía ganas de estirar las piernas, y por eso no quiso tomar un «taxi».

El hombre que le seguía iba por la otra vereda y si Barry se paraba, fingía mirar los escaparates. Cuando Barry penetró en el «Buffet Milano», él también lo hizo, yendo a sentarse en una mesa desocupada.

Barry acercóse al mostrador y pidió de beber. Llevaba puesta una gabardina bastante usada y una gorra. Muy pronto observó que un tipo que estaba jugando al billar no cesaba de mirarle. Aquella insistencia en la observación de que era objeto le puso en guardia. Disimuladamente puso una moneda de plata en la mano del mozo que le había servido al tiempo que le preguntaba:

—¿Quién es aquel hombre que está jugando al billar? Aquel de la camisa verde.

—No lo conozco, señor; viene mucho por aquí Sólo sé que le dicen Pokopett.

—Gracias.

Barry fue a sentarse bastante distanciado del mostrador, precisamente muy cerca del hombre que le había venido siguiendo. Allí, con el pretexto de escribir una carta, pidió papel y sobre. No ignoraba, que era seguido por personas al servicio de los

saboteadores, por espías pagados con el dinero extranjero, por mercenarios peligrosos que habían vendido su voluntad al mejor postor. Se desesperaba viendo que pasaban los días sin conseguir nada, las palabras de Durand seguían sonando en sus oídos: «No pierdas de vista a míster Stokem». ¿Sería posible que el acaudalado hombre de negocios fuese el alma de la conjura? No pasaba a creerlo, pero tampoco abandonaba la idea de averiguarlo. Su bella secretaria, Lucy, tal vez pudiese ayudarle. Eran amigos, y varias veces habían salido juntos.

Fingía estar entretenido escribiendo, pero no perdía detalle. Vio cuándo el llamado Pokopett abandonaba el billar y se dirigía a la calle, seguido de otros dos individuos; entonces se levantó, guardándose el papel y el sobre, dejó una moneda encima de la mesa, haciendo una señal al camarero, y encaminóse a la puerta. Antes de salir, volvióse, echando una ojeada y no viendo nada alarmante, dio unos cuantos pasos, hasta detenerse en la vereda.

Pokopett y sus acompañantes caminaban en dirección centro. Los siguió. Quería saber adónde iban.

El hombre que lo había seguido también salió del Buffet Milano y tomó su misma dirección.

Barry no podía imaginar que era seguido, y le hubiera sido muy difícil averiguarlo, porque aquel hombre iba por la otra vereda y llevaba un periódico en la mano; cada vez que Barry se detenía, él le imitaba, y con el papel tapábase el rostro, fingiendo entregarse a la lectura. El periódico tenía un pequeño agujero, por el cual podía ver sin ser visto...

Pokopett y los que con él iban se detuvieron frente a un edificio bastante alto, en cuya puerta campeaba el escudo de una Embajada, y después de cambiar impresiones penetraron en él.

Iba muriendo la tarde. Los ópalos del crepúsculo matizaban de ocre las frondas del paseo. El brillo del asfalto se apagaba y los cristales de los miradores parecían perder su tersa transparencia. Pronto brillarían las luces de los grandes focos y las pupilas de los coches; mientras tanto, la tarde muriente señalaba para muchos el final de la tarea, y para otros, el principio. Era la hora triste de las renunciaciones, el momento sublime de la pausa, cuando la fatiga conduce al hombre de bien al dulce hogar. Era la hora de la transición entre el día y la noche, cuando el sol termina su recorrido

y deja a su hermana la luna que le reemplace. En esos momentos, en las grandes ciudades, desaparecen los que ofrendaron a 3a vida su labor y su esfuerzo, y asoman los otros, los que vivan como los búhos, en las sombras; de estos últimos era Pokopett el mercenario, el hombre que había vendido su voluntad por unos billetes manchados de champán.

Barry no vaciló. Dirigióse en derechura al edificio y, después de contemplar el escudo, penetró decidido. Se introdujo en el ascensor y apretó el último botón.

El hombre que le había seguido permaneció un buen rato observando la puerta. Temiendo, sin duda, ser descubierto, se introdujo en un portal. Acababan de encenderse las luces y, recostado en la puerta, se puso a leer su periódico, sin dejar de mirar al edificio de enfrente.

Pasó media hora y el hombre empezó a impacientarse. Treinta minutos después salió a la calle y detuvo a un «taxi» que pasaba.

—¿Adónde vamos, señor?

—¡Al aeródromo!

Malas novelas son aquellas que no están documentadas sobre ambientes, costumbres, tipos y fraseología.

Malas novelas son aquellas que no están documentadas sobre ambientes, costumbres, tipos y fraseología

La Colección F. B. I. reúne estas condiciones

VII

SIGUEN LAS AVENTURAS



L ascensor se detuvo en al último piso, abrióse la puerta y Barry salió al pasillo. En una de las puertas se veía una chapa anunciadora de una agencia de colocaciones. Pulsó el timbre sin vacilar mucho. Su suerte estaba echada y no le importaba lo que pudiese ocurrir; él seguía una pista, mala o buena, y quería ir hasta el final. Abrióse la puerta y una señorita vestida con un «mono» azul se hizo a un lado para que pasase. Un mostrador cargado de libros y montones de papel formaba una barricada.

—Venga por aquí —indicó la muchacha.

Apartó unas cortinas y Barry se encontró en un reducido

apuesto de paredes empapeladas y adornadas con cuadros de propaganda comercial. Detrás de una mesa provista de teléfonos, guías, carteles y muestras, se hallaba un hombre delgado, de largos bigotes cuyos ojos se ocultaban detrás de unos lentes de gruesos cristales. Otro individuo de aspecto poco grato estaba sentado en un rincón fumando plácidamente con las piernas apoyadas en el cesto de los papeles.

—Usted dirá —dijo el que parecía ser administrador de la agenciar—. ¿Busca trabajo? ¿Qué sabe hacer? Siéntese y dígame su nombre y profesión.

Barry sentóse dando frente al otro hombre. En pocos segundos había estudiado y comprendido el alcance de aquella oficina destinada a sacar el dinero a los incautos.

—Mi nombre es el de Brinch Alorky y no tengo oficio, pero sé hacer muchas cosas. Puedo manejar un avión, un auto, un caballo y también puedo manejar hombres. Nunca he tenido quien me mandara y el exceso de libertad me convirtió en un ser indómito y desaprensivo, capaz de realizar cualquier hazaña. ¡Ah! Debo hacerle una advertencia: no tengo un centavo y, por tanto, no podré pagar comisión hasta no hallarme actuando.

—¿Dónde nació?

—En Kjørring, Dinamarca.

El «agenciero» revolvió unos papeles y se puso a consultar unas notas. Barry le examinaba con atención. Aquel hombre no buscaba nada, porque todo lo tenía buscado, sólo trataba de representar un papel estudiado de antemano. Había que desarrollar los formulismos rutinarios de costumbre. Se sacó los lentes, los limpió con un papel de seda y volviéndolos a poner, miró al aspirante y le dijo:

—Creo que tengo algo para usted, pero se trata de un trabajo difícil en el que se requiere coraje y de tesón; será retribuido si sabe obedecer y no se muestra curioso en demasía. Es algo reservado y de una gran responsabilidad; si no se anima, dígamelo y le buscaré otra cosa.

Barry ni parpadeó siquiera; limitóse a encogerse de hombros diciendo:

—Sólo me interesa ganar dinero, lo demás no me preocupa.

—Siendo así, podremos entendernos.

—Oiga, jefe —dijo el hombre que hasta entonces había estado callado—, ¿no le parece que debía exigirle algunos antecedentes antes de recomendarle? No sabemos quién es, ni de dónde viene.

Barry sacó el «carnet» que le dieran para embarcar y se lo presentó.

—Está bien, muchacho, tengo confianza en ti. Me precio de conocer a los hombres y no es fácil engañarme. ¿Estás dispuesto a probar en lo que te propongo? No es ninguna bicoca porque tendrás que jugarle la vida, pero con un poco de suerte, ganarás mucho dinero.

—Al punto que he llegado —repuso con doble intención—, no me queda mucho en qué elegir.

El hombre escribió una nota y después de firmarla y sellarla, se la entregó. Barry estaba admirado por haber conseguido tan fácilmente introducirse entre los espías, porque la colocación que le proponían era para formar parte de los hombres que luchaban bajo el mandato siniestro del jefe desconocido.

—Preséntese en el piso quinto de este mismo edificio. Hay un escudo en la puerta.

Barry dio las gracias y salió. Apenas hubo desaparecido, funcionó el teléfono interior comunicando a la Embajada que les enviaban un nuevo candidato.

Como se ve, todo estaba organizado en forma inteligente; agencias de colocaciones se encargaban de proporcionar mercenarios a la fatídica organización, pero éstos, habían de ser forzosamente extranjeros y, a ser posible, pertenecientes a los países escandinavos, eslavos o asiáticos.

Barry descendió las escaleras y llamó en el piso quinto. Debían estar esperándole porque la puerta se abrió al momento. Silenciosamente penetró en el amplio vestíbulo donde lucía una lámpara con pantalla de color rosa pálido sobre una mesa atestada de revistas extranjeras. Lo hicieron pasar a un despacho regiamente amueblado. Esperó un instante y de pronto surgió un hombre vistiendo un batín. Era un individuo joven y fuerte, de mirada dura y ademanes desenvueltos. Barry le entregó el papel mientras pensaba en aquella tupida red de espionaje que iba ganando terreno día por día. El hombre aquel era el secretario de Embajada y sin duda el encargado de controlar los movimientos emigratorios de los

que llegaban dispuestos a colaborar en una causa tortuosa e inhumana.

Los pensamientos de Barry fueron interrumpidos por un ligero ruido que sintió a su espalda. Volvióse instintivamente y al inclinarse viró la sombra de brazo en alto qué descendía. Se hizo a un lado pero ya era tarde. Allí estaba el odioso Pokopett blandiendo un bastoncito de hierro. Oyó ruido como de batir de alas en el aire quieto y un grito le subió a los labios. El golpe lo recibió en la nuca, cegándole y aflojando los músculos. Empezaron a doblarse sus rodillas y sintió que todo a su alrededor era vacío. Iba cayendo en un insondable abismo y no llegaba nunca; de pronto cerró los ojos y perdió la noción de las cosas...

La luz de una lámpara penetrante y amarilla le hirió en los ojos al despertar de aquel forzado sueño. Un zumbido molesto y doloroso sonaba dentro de su cabeza. Lentamente movióse para mirar las paredes. Vio un calendario que anunciaba una marca de coches. El piso de linóleo quemado por las colillas y lleno de polvo; vio unos zapatos grandes; después, sus ojos descubrieron al hombre que los calzaba. Tenía una copa en la mano y al costado un revólver «Sliymm».

Barry pudo ver que aquel hombre era jorobado y su rostro horriblemente feo mostraba tremendas cicatrices.

—¿Quiere beber algo?

La voz ronca y desagradable sonaba a hueco. Barry consiguió enderezarse y se sentó en un viejo sofá forrado de cuero. Le pareció que se hallaba en una buhardilla a juzgar por lo bajo del techo y lo angosto de los ventanales. Le habían desarmado. Echó un vistazo. La puerta estaba cerrada y hasta él llegó ruido de voces. En el departamento de al lado había otras personas; seguramente Pokopett sus satélites.

Había caído en una trampa como un novato cualquiera y de esta vez no era fácil que pudiera escapar. Si lo lograba ya sabía que aquella Embajada y la agencia de colocaciones formaban parte del bloque de oficinas destinadas a organizar los ataques misteriosos que desconcertaban a la Policía.

En aquel momento empezó a llover. Era una lluvia fría y menuda que empañó los cristales. Barry aceptó el «whisky» que le

ofrecían y se lo bebió de un trago. Echó una mirada a su reloj pulsera. Las dos de la madrugada. Le dolía mucho la cabeza y sentía una extraña laxitud en todo su cuerpo.

El jorobado trajo una mesita y sobre ella puso un teléfono portátil, diciendo:

—Vas a comunicar con el jefe, que quiere hablar contigo.

El jorobado tartamudeaba al hablar y le costaba mucho trabajo el expresarse. Marcó un número en el teléfono y Barry tuvo buen cuidado de retenerlo en la memoria; era el

89 654 B.

—Con la centralilla —dijo el jorobado—. Habla Klivoet. Sí. Espero.

Poco después oyóse la llamada.

—Anda, coge el auricular y mira bien lo que dices; el jefe tiene poca paciencia.

Barry cogió el tubo y lo aplicó al oído. Hasta él llegó una voz cascada que parecía el cacareo de una gallina. Una voz que ya había escuchado otras veces.

—Hola, Alorky, celebro poder conferenciar contigo... aunque sea por última vez; es mala cosa intentar luchar contra lo imposible. Te habla el que todo lo puede. Una palabra mía y dentro de una hora estarás en el fondo del estanque sirviendo de alimento a los peces —oyóse una risita gutural y la voz continuó—: Necesito saber dónde se encuentra el laboratorio de los experimentos químicos. Nadie sabrá tu revelación; a cambio de eso, te ofrezco pasaje en un barco que zarpa para Cuba y un cheque por veinte mil dólares. Elige; no estoy dispuesto a perder más tiempo. ¿Qué contestas?

Barry, por toda respuesta, colgó el receptor...

El hombre que había ido siguiendo a Barry, al llegar al aeródromo despidió el «taxi» y penetrando en uno de los hangares, habló con uno de los aviadores que estaban de servicio al que presentó su credencial, diciendo:

—Necesito un avión inmediatamente, misión oficial.

—Lo siento, señor, pero todos los aviones tienen hora próxima de salida.

—¿Dónde está el jefe de la base?

—Durmiendo.

—Despiértelo; se trata de un asunto que no admite dilación.

El aviador ante aquellos razonamientos, penetró en el pabellón y poco después salía acompañado del comandante del aeródromo.

Lo llevó aparte y le dijo:

—Pertenezco a la Policía y estoy encargado de custodiar a un hombre cuya vida corre peligro. Ha penetrado en la Embajada de la Diagonal Norte y no ha vuelto a salir. Ese hombre posee secretos importantes y pudiera ocurrir que le hicieran hablar valiéndose de la droga x tres, por lo tanto, hemos de rescatarle cuanto antes. Por su inmunidad diplomática, no podemos penetrar en la Embajada, pero ese edificio tiene una magnífica terraza sobre la cual puede descender un autogiro. Antes de venir a este aeródromo telefoneé a un agente que no tardará en llegar bien acompañado; por tanto, sólo necesito que me facilite el aparato porque si es preciso, puedo manejarlo yo mismo. No olvide que se trata de un asunto importantísimo, de un asunto de estado. Hay en juego la paz del mundo.

En aquel momento llegó un coche y de él descendió Charles Durand, el agente número dieciocho del

F. B. I.,

seguido de cuatro hombres bien armados, los cuales se pusieron a las órdenes del policía de Washington.

El jefe del aeródromo ordenó preparar un autogiro y él mismo brindóse para pilotarlo.

El autogiro despegó en medio de la lluvia y se elevó majestuosamente como un águila real alcanzando bien pronto las alturas. Su vuelo era silencioso. Atravesó la distancia que le separaba de la Diagonal Norte y fue descendiendo sobre la terraza de Embajada. Al posarse, sus ruedas de goma, no hicieron el más leve ruido.

Walter Rawson el agente, tenía noticias fidedignas sobre la distribución de los pisos de aquel edificio y sabía muy bien en dónde estaba la agencia de colocaciones, la Embajada y el refugio de los mercenarios, toda vez que él en persona estuviera con ellos unos días antes disfrazado de marinero con el pretexto de buscar a cierto individuo desaparecido recientemente y que en aquel momento se hallaba en la prisión de la ciudad, por esto, dejó al piloto que se quedara cuidando del aparato y seguido por Durand y

sus hombres dirigióse a la buhardilla.

Era necesario proceder rápidamente y con cautela, procurando evitar el ruido. Ocuparon el descansillo de la escalera y Walter penetró pistola en mano en el piso inferior habitado por un periodista conocido suyo del cual desconfiaba por haber leído ciertos artículos bastante agresivos dedicados a la ONU.

Walter había dejado encargado a Durand de penetrar en la buhardilla en cuanto abriesen la puerta.

El periodista salió en pijama al sentir al timbre y se sorprendió grandemente al verse encañonado por el policía.

—¿Qué significa este atropello? —preguntó asombrado.

—Ni una palabra, Terensky. Quiero ver si es usted un ciudadano leal o un simple traidor. ¿Dónde tiene el teléfono?

—Aquí en el despacho.

—Entre y no haga ruido. Recuerde que no tiene más que una vida y puede perderla. Nada le sucederá, en cambio, si me obedece.

El periodista penetró en el despacho bastante atemorizado; nunca pensó que pudieran sorprenderle de aquella manera y a tales horas. Miraba al detective con odio. Éste le ordenó:

—Coja ese teléfono y marque el número noventa y dos mil seiscientos cincuenta y ocho D, pronto.

El periodista, marcó el número solicitado y cuando recibió la llamada, Walter le arrebató el auricular y sin dejar de apuntarle, habló cambiando la voz:

—Oídmeme, órdenes del jefe, tenéis que bajar inmediatamente al piso de Terensky y apoderaros de él, porque nos ha traicionado. Esperad nuevas órdenes.

Colgó el auricular, explicando:

—A usted no le pasará nada porque no vendrán, Váyase a la cama y duerma bien. Y disculpe la molestia; era necesario. ¡Ah! Un aviso: no despotrique en su periódico porque entonces no le arriendo las ganancias. Este episodio ha de quedar olvidado, ¿lo ha entendido? Tengo pruebas suficientes para meterlo en la cárcel por difamación. Buenas noches, Terensky.

Caminando de espaldas con la pistola en la mano salió del piso y él mismo cerró la puerta.

Mientras tanto, Pokopett ordenaba a dos de sus secuaces para que bajaran al piso del periodista y lo trajeran; eran órdenes un

poco extrañas, pero lo mandaba el jefe y había que obedecer.

—No hagáis demasiado ruido —les encargó—. Terensky está solo porque la familia ha ido no sé adónde y creo que estará trabajando, pues acostumbra escribir de noche. Hace poco sentí el ruido de la máquina.

El jorobado abrió la puerta y en aquel momento apareció Durand, seguido de sus cuatro acompañantes, pistola en mano.

Los mercenarios al ver el refugio invadido por la Policía retrocedieron y Pokopett arrojóse al suelo, desnudó su arma y disparó. Uno de los hombres de Durand recibió un balazo en una pierna. Inicióse un furioso tiroteo por ambas partes. En aquel instante hizo su aparición Walter y de su pistola salieron dos fogonazos. El jorobado cayó hacia atrás y Pokopett era alcanzado en el cuello. Durand avanzó contra uno y de un culatazo le hundió el cráneo.

Se oyeron pasos en la escalera, ruido de puertas que se abren y voces de alarma. Los vecinos salían de sus habitaciones tratando de averiguar lo que pasaba. Walter salió al pasillo y encañonando a unos hombres que subían, les advirtió:

—¡Vuelvan a sus pisos o disparo!

La lucha continuaba en la buhardilla. Los mercenarios estaban dispuestos a morir matando, pero se enfrentaban con hombres acostumbrados al peligro y bien pronto comprendieron que no había salvación para ellos.

Barry, desde la otra habitación, escuchaba los estampidos de las armas de fuego, pero no podía moverse, pues lo habían amarrado de pies y manos. La casa se fue llenando de gente. Desde la Embajada pidieron auxilio a la Policía diciendo que una banda de «gangsters» había asaltado el edificio y salieron patrullas en coche haciendo sonar las sirenas. Walter, desde el descansillo de la escalera, tenía a raya a los curiosos que trataban de subir y uno de ellos más audaz que los otros, vio cómo una bala se estrellaba encima de su cabeza y entonces se detuvo.

A todo esto, de los cinco mercenarios, sólo uno quedaba con vida, el jorobado, pero gravemente herido. Durand desató a Barry y poco después, todos subían a la terraza haciendo varios disparos para impedir que los siguieran. Walter cerró la puerta de comunicación con la escalera y bien pronto sintieron los golpes que

daban intentando abrirse paso. Subieron al autogiro y el aparato se elevó en el espacio cruzando por encima de la ciudad.

La Policía había penetrado en el edificio. Por primera vez se daba el caso curioso de que la Policía persiguiese a la Policía; claro está que ignoraban lo ocurrido toda vez que se trataba de una misión secreta. Todo estaba revuelto en aquella casa y el embajador amenazaba con presentar una enérgica protesta por violación del domicilio consular. Un inspector respondióle que en la Embajada nada había sucedido y que aquello era una simple cuestión de orden público que sería resuelta con justicia.

El periodista también protestó uniendo sus quejas a las del embajador.

En la escalera quedó vigilancia y poco después, eran retirados los cadáveres de los mercenarios y el jorobado conducido a una sala de urgencia. De aquel hecho se ocuparon los periódicos al día siguiente en toma velada relatando los hechos con arreglo a las declaraciones del vecindario y como éstas eran confusas y contradictorias, nadie supo en realidad lo que había pasado.

En la Jefatura de Policía se recibieron órdenes terminantes prohibiendo instruir diligencias, toda vez que se trataba de un asunto secreto que no podía ser revelado.

Barry recordaba aquel teléfono: el

89 654

B. Buscó en la guía; era uno de los varios aparatos correspondientes al Cristal Palace; no le sería difícil localizarlo y con esa intención penetró en el edificio.

No sabiendo a quién dirigirse, pues desconfiaba de todo el mundo, subió al despacho de la secretaria de míster Stokem. Entregó el sombrero a un botones y después de ser anunciado, penetró en el lujoso departamento. Al hacerlo, vio pasar al comisario Plossant acompañado por Henkywitz el viejo pianista del salón teatro, una verdadera gloria de la música moderna cuyos conciertos se veían siempre concurridos por lo más distinguido de la ciudad.

Lucy recibió a Barry con una alegre sonrisa, estrechó su mano y le brindó un asiento en el diván. En la habitación había un fuerte aroma a violetas y nardos, sus flores preferidas. Por las paredes se veían cuadros magníficos, auténticas copias sacadas de los museos.

En aquel ambiente de suprema elegancia todo tenía el sello del buen gusto. Nada estaba fuera de su sitio y Barry comprendió que Lucy era un artífice de la exquisitez.

Sentóse ella a su lado, diciendo:

—Puedo dedicarle veinte minutos, ni uno más, ni uno menos. ¿Qué lo trae por aquí?

—El deseo de verla, ¿no le parece motivo suficiente?

—Lo sería si le creyese; anduvo perdido por ahí sin acordarse de que yo existiera, pero no le guardo rencor, sé perdonar y por esta vez le absuelvo.

—Encantado por tanta bondad. Señorita Lucy, necesito de su ayuda. Me encuentro en un verdadero apuro. Quisiera saber una cosa, ¿puedo confiar en usted?

—Desde luego, ya sabe que soy su amiga.

—Tal vez mi petición le parezca extraña, pero me agradaría mucho que me presentara a mister Stokem, porque aún no le conozco personalmente, aunque he visto su fotografía en las revistas.

—Si no es más que eso, cuente con ello; precisamente le estoy esperando y no tardará en venir, por eso le dije que le concedía veinte minutos.

Barry vio un álbum sobre la mesa y pidió permiso para hojearlo. En la primera página encontró esta poesía:

«Cuando brindo a la noche mis abiertas ventanas
para inundar de sombras mi callado aposento, me
deleita el radiante sonar de las campanas y el perfume
de tu alma que me llega en el viento».

—No sabía que fuera poetisa.

—En ratos de ocio recurro a las Musas para distraerme.

—Otra faceta romántica encantadora. Es usted divina.

—Pero Erick, ¿me está haciendo el amor...?

Iba Barry a responder cuando la silueta maciza de mister Stokem se perfiló en la puerta.

VIII

ESTRATAGEMA



UCY no le esperaba tan pronto. Levantóse al verlo y saliendo a su encuentro, le dijo:

—Tenemos visita, mister Stokem. Deseo presentarle al señor Erich Alorky, quien tenía un gran interés en conocerle.

Míster Stokem avanzó al encuentro de Barry con la mano extendida y el rostro sonriente. Era un hombre de aspecto campechano y modales desenvueltos, un hombre de mundo acostumbrado a los vaivenes sociales, con una experiencia muy grande en los negocios y conocedor de las gentes.

—Celebro conocerle, joven, había oído hablar mucho de usted.

Su voz era clara y sonora. Barry observó que se trataba de un

individuo de buena estatura, de mediana edad y de complexión fuerte.

Decididamente aquél no podía ser el jefe, porque ninguna de las señas coincidía. Lucy se apartó a un lado y Barry inició una conversación de circunstancias. Hablaron de negocios intercalando opiniones sobre las cotizaciones, llevando la charla al terreno de las confidencias. Y salió a relucir lo que estaba en labios de todos: el uranio. Últimamente se habían pagado precios fabulosos y por una disposición reciente quedaba considerado como contrabando. Todo minero que descubriera un yacimiento estaba obligado a denunciarlo y el Estado le indemnizaba inmediatamente. Caso de no hacerlo así, se exponía a ir a parar a una prisión.

Barry solicitó del magnate su teléfono particular para poder comunicarse con él y se sorprendió al comprobar que era el número 89 655

B. Entonces quiso saber a quién correspondía el número 89 654 B,
y el millonario le dijo:

—Ése es un teléfono que casi no se usa. Está instalado en una oficina del tercer piso, la administración del hotel, y lo utiliza la servidumbre.

Stokem no quiso despachar con su secretaria alegando que estaba cansado y le dijo que podía marcharse si lo deseaba.

Barry despidióse del magnate prometiendo volver a verle y salió con Lucy a dar un paseo. El coche les aguardaba y ella se puso al volante.

Cruzaren puente sobre el arroyo y Jones Falls, que dividía en dos a la ciudad, y se dirigieron a la punta extrema de Federad Hill donde se levanta el Fuerte McHenry, un histórico recuerdo de los tiempos difíciles de la colonización. Cruzaron frente al City Hall, soberbio edificio de mármol blanco con una cúpula de sesenta y ocho metros.

Las aguas de la North West Harbor estaban revueltas y por el río «Patapsco» bajaban las canoas y los bajeles tripulados por alegres muchachos que cantaban a voz en grito.

La ciudad más industrial de Maryland era como una gigantesca colmena de laboriosas abejas, pero igual que en Nueva York, también existían muchos zánganos.

El coche se detuvo debajo de unos eucaliptos y penetraron en un merendero con nombre español: Hostería del Quijote. Toda la fachada estaba cubierta por parrales y por los rincones se veían enormes tiestos de plantas exóticas.

En el interior se respiraba una atmósfera de paz. Había muy pocos parroquianos. Detrás del mostrador estaba un hombre cubierto con una boina y provisto de grandes patillas. Una muchacha vestida de aldeana tirolesa vino a servirles. Todo era pintoresco en aquella casa cosmopolita en donde se bebía vino español, «*whisky*» escocés y sidra de California.

Barry mostróse muy comunicativo con Lucy y ella pareció escuchar las frases de su nuevo amigo con especial interés. Tan embebidos estaban en su conversación, que no observaron que otro coche acababa de detenerse a la puerta de la hostería y casi seguidamente, una moto.

Del coche descendieron dos hombres que penetraron dirigiéndose al mostrador. Uno de ellos pidió de beber algo fresco, aunque el día no era caluroso, y el otro volvióse para clavar sus ojos en la pareja. Barry creyó reconocer al individuo aquel aunque sólo lo viera una sola vez; era sin duda uno de los que asaltaron el tren. En cambio el otro era completamente desconocido. Se propuso estar alerta.

Lucy se mostraba cada vez más animada y propicia a la confianza observó que su compañero estaba preocupado. Trató de averiguar la causa y él le dijo en voz baja:

—Será mejor que nos marchemos; no me gustan nada esos dos tipos que acaban de entrar.

—A uno de ellos lo conozco de haberlo visto muy a menudo en Cristal Palace, pero ignoro su nombre. Hasta creo que es amigo del comisario Plossant.

Barry llamó a la camarera y después de abonar el gasto se levantaron dirigiéndose hacia la puerta. En aquel momento uno de los hombres que estaban en el mostrador desenfundó un revólver y fue a disparar, pero alguien se le adelantó y el «gángster» soltó el arma y abriendo los brazos derrumbase como un fardo. Barry empujó a Lucy para resguardarla de los disparos toda vez que otros dos individuos armados de pistolas ametralladoras hacían fuego desde la carretera. Barry vio a Walter Rawson vestido de motorista

arrimado a ventana y con él arma humeante. Lucy ocultose lo mejor que pudo mientras Barry trataba de deshacerse de los agresores.

El hombre que quedara junto al mostrador, corrió hacia la derecha y saltando por una ventana, fue a esconderse entre los árboles frutales de la huerta. Barry comprendió que gracias a Walter Rawson estaba vivo y le dirigió un saludo cariñoso con la mano al que respondió Walter de la misma forma. Seguramente hubieran dado buena cuenta de los tres agresores que quedaban con vida si no hubieran venido otros dos a unirse con ellos. Montados en bicicletas llegaron y se detuvieron dejando las máquinas entre los eucaliptos. Luego se fueron acercando y abrieron fuego contra las paredes de la hostería. Lucy pudo salir de su escondrijo y penetrar en el local. Dirigiéndose al hostelero, le dijo:

—Debe usted ayudarles, ¿no ve que son cinco contra dos?

—No, señorita —contestó el hombre—, mi padre siempre me decía que no me metiese nunca en lo que no me importaba y siguiendo sus consejos, me ha ido muy bien. Dos grupos combaten y yo no sé cuál tiene la razón. Ahí quedó un hombre muerto y la Policía no dejará de molestarme.

Lucy miró el cadáver de Moliney, que era el muerto, y acercándose a él, recogió su revólver y corrió a una de las ventanas. Vio a un individuo avanzar arrastrándose por entre las plantas del jardincillo. Apoyó el cañón del revólver en la ventana y después de fijar la puntería disparó. El hombre dio un salto de costado, quedando inmóvil con la cabeza apoyada en el brazo derecho.

La valiente actitud de la muchacha salvó la situación momentáneamente toda vez que aquel «gángster» pretendía herir por la espalda a Rawson.

Los pistoleros confiados en su superioridad numérica buscaban el medio de eliminar a sus enemigos a toda costa. Uno de ellos era Ramsky que había recibido órdenes terminantes del jefe y trataba de cumplirlas.

Lucy abandonó la ventana y fue hasta el teléfono pidiendo comunicación con la Policía. Apenas establecido contacto, iba a explicar lo que pasaba cuando observó que el hilo había sido cortado.

Rawson, agazapado detrás de unos tiestos, disparaba procurando economizar municiones. Uno de los mercenarios avanzaba

protegido por la cerca tratando de buscar un sitio a propósito para poder tirar sobre seguro. Lo dejó acercarse teniéndolo encañonado y cuando lo vio a tiro, disparó sobre él.

Doblóse el hombre alcanzado por el proyectil, pero antes de caer, hizo fuego por dos veces contra Rawson el cual herido de muerte apoyóse con la mano izquierda en el tiesto mientras que con la derecha agotaba el cargador. El «gángster», acribillado a balazos, quedó tendido junto a la acera. En aquel momento, Barry ponía a otro fuera de combate. Ramsky al ver el cariz que tonaba el asunto subió al coche seguido por el otro pistolero y el auto partió a toda marcha y allí quedaron las dos bicicletas y los cadáveres de sus compañeros.

Rawson estaba muerto. Había caído defendiendo su puesto como los bravos y gracias a su coraje y valentía, Barry pudo salvarse.

Lucy estaba verdaderamente asustada cuando, subió al coche. Éste se puso en marcha y desapareció en la curva de la carretera.

Poco después, desde una estación de gasolina, Barry comunicaba a la Comisaría del distrito de Mount Vernon lo sucedido.

A todo esto Dan Farris mejoraba de sus heridas y todos los días preguntaba por Barry. Le extrañaba mucho que lo tuviera tan abandonado, pues llevaba varias tardes sin venir, por fin una mañana apareció. Parecía muy contento y apenas estuvo en presencia de su amigo, le dijo:

—Quiero darte una buena noticia, muchacho. Has de saber que el «Jefe» ha sido detenido.

—¡No es posible! —exclamó Farris, dando un salto en el sillón de mimbre en que estaba sentado.

—Me lo comunican de Havre de Grace. El agente Torrens número dieciséis. En estos momentos estará en camino hacia aquí. Sólo siento no ser yo el autor de su detención. Figúrate qué acontecimiento. Ahora, descubriremos todos sus manejos y podremos descansar una temporada.

—Yo no me confiaría tanto; ¿quieres decirme qué estaba haciendo ese personaje en una población en donde no existen laboratorios ni fábricas de guerra?

—Lo ignoro, pero algún objeto tendría su visita. De todas formas dentro de unos momentos lo sabremos, porque vienen en avión y no tardarán en llegar.

Hubo una pausa y mientras encendían unos cigarrillos, vino la enfermera diciendo que un caballero pretendía hablar a toda costa con Farris.

—Hágalo pasar —contestó éste.

Apareció un hombre elegantemente vestido, de edad mediana, todo afeitado y que aguardó a que se retirara la enfermera antes de avanzar hacia ellos.

—Ustedes no me conocen —dijo—, pero voy a presentarme. Me llamo Abrahan Donalson y soy miembro de la Sociedad de Investigaciones Científicas; lo que tengo que decirles es muy reservado y debo tomar mis precauciones.

Dicho esto cerró la puerta y dejando el sombrero y el bastón sobre una silla, sentóse en otra, agregando:

—Quisiera saber dónde tienen ustedes su cuartel general, porque es probable que una de estas noches necesitaremos vigilancia cerca del laboratorio. Hemos visto andar por allí tipos sospechosos y no estamos tranquilos.

A Barry le extrañó que un personaje como Donalson se molestara en venir al sanatorio preguntando por Farris y sobre todo que solicitara de ellos protección en vez de dirigirse directamente a la Jefatura, que era lo acostumbrado. Además el acento de aquel hombre denotaba un origen que no era precisamente el sajón. Todo esto le hizo sospechar. La primera condición de un componte del F. B. I.,

era ser discreto. La astucia y prudencia también forman parte de las cualidades, y por ello, Barry trató de no caer en una trampa.

—Nuestro cuartel general —dijo—, está en Washington; aquí cada uno vive donde puede, ¿quiere decimos, mister Donalson, de qué conoce a mi amigo Farris?

—Lo oí nombrar mucho. Uno de nuestros ayudantes es quién le conoce y fue quien me habló de él; por cierto que muy elogiosamente.

—¿Cómo se llama? —preguntó Farris.

—Pues..., Sergio Lytton.

—Nunca lo he oído nombrar.

Barry se había incorporado y miraba a mister Donalson con fijeza. El sabio pareció desconcertado de pronto y trató de levantarse, pero Barry le dijo:

—Perdone que tomemos nosotros también nuestras precauciones, pero es necesario. ¿Tendría la amabilidad de mostrarnos su «carnet» de identidad?

—¿Cómo se atreve? ¿Es que desconfía de mí? ¿Ignora por ventura lo que soy y lo que represento? Compañero de los ilustres Stuart, Traymer y Duncan, discípulo del eminente Scott, miembro del Senado y académico de Ciencias.

—A pesar de todo eso, yo le suplico que nos enseñe su «carnet» de identidad. Después de verlo, no tendré inconveniente en ofrecerle mis disculpas más humildes y el pesar de haber dudado un solo momento.

El sabio levantóse furioso, replicando:

—No quiero permanecer un solo instante más en donde se duda de mi personalidad y se me ofende de tal modo. ¡Presentaré mis más enérgicas protestas a sus superiores por conducta tan censurable!

Ya se dirigía hacia la puerta cuando Barry le interceptó el paso y desenfundando la pistola lo encañonó, diciendo:

—¡Será mejor que no se mueva!

—¿Qué significa esto?

—Ahora lo sabrá.

Barry pulsó un timbre y apareció la enfermera a la que dijo:

—Señorita, haga el favor de llamar a uno de los practicantes de guardia...

El «sabio», con el sombrero en una mano y en la otra el bastón, se había quedado como si fuera de piedra. Intentó iniciar nuevas protestas, pero Barry le atajó, exclamando:

—¡Cállese!

Apareció un mocetón rubicundo y coloradote embutido en un guardapolvo blanco. Era un muchachote fornido de ojos lánguidos y tímida sonrisa.

—¿Me llamaban? —preguntó.

—Sí —dijo Barry—, registre a ese hombre.

El visitante retrocedió un paso y levantó en alto el bastón con ademán amenazador, pero el practicante, como si se tratara de un juego, le arrebató el palo que dejó caer al suelo y acto seguido le hizo levantar los brazos y se puso a cachearle con especial destreza, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. De sus bolsillos fué

saca o diversos objetos, entre ellos, llaves, una pipa, na bolsa de tabaco, dinero, unas gafas, una pequeña pistola de marca suiza, y un frasquito conteniendo unas píldoras negras del tamaño de guisantes, pero nada de aquello interesaba a Barry hasta que vió la cartera. Apoderóse de ésta y volcó sobre la cama su contenido. Lo primero que vió fue un pasaporte, extendido en Oslo a nombre de Wladimir Punsutwaney.

—Así que Abraham Donalson, ¿eh? ¡Vaya con el «sabio» y cuántas torpezas ha cometido en pocos minutos! Se trata de un espía —dijo al practicante—. De forma que llame usted a los agentes de servicio para que se lo lleven. Luego, ya veremos lo que se puede hacer con él.

El falso sabio fue conducido a la Comisaría, y poco después, embarcado para la prisión del canal, donde un juez especial iba examinando los atestados, y su informe remitido a la Comisión Indagadora de Delitos contra la Seguridad del País.

Barry despidióse de su amigo, y tomando un «taxi», dirigióse al aeródromo, para esperar al «Jefe». Llegó, el aparato con bastante retraso, a causa del fuerte viento reinante, El prisionero pasó al coche y fue conducido a Jefatura.

Era un individuo de pequeña estatura, de unos cincuenta años, vestido correctamente y con una voz cascada que sonaba a hueco. Dijo llamarse Rawena y ser súbdito rumano, pero no quiso dar más detalles. El agente Torrens contó cómo lo había detenido.

—Sorprendí su conversación por teléfono. Estaba hablando de la fórmula «Átomo Z», y como yo me encontraba en la cabina de al lado, aguardé a que saliera y lo detuve al instante. No hizo resistencia alguna, y hasta pareció resignado con su suerte; tampoco negó que fuera «el Jefe» de los conspiradores, y como las señas personales coincidían en todo, comprendí que había logrado un éxito.

El hombrecillo sonreía. Estaba esposado, pero no demostraba el más ligero temor.

En aquel momento sonó el teléfono, y una voz femenina pronunció las siguientes desconcertantes palabras:

—Acabo da saber que habéis detenido en Havre de Gracia a un hombre que pretende ser «el Jefe»; no hagáis caso: se trata de un doble, simplemente. «El Jefe» no ha salido de Baltimore.

—Y tú, ¿quién eres? —preguntó Barry.

—¡El agente número uno!

Si desea usted leer buenas novelas del Oeste
americano, compre

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

¡Un éxito más de EDITORIAL ROLLAN!

IX

ESCLAVOS DE LAS PASIONES



ERGIO Henkywitz, el maestro pianista del Cristal Palace, era un hombre moderado y pacífico, siempre atento a cumplir con los deberes de su cargo.

Aquella tarde estaba ensayando con Rebeca Castle unas canciones nuevas, que acababan de escribirle. La artista había regresado de Washington, en donde estuvo tres días para cumplir unos compromisos, y regresaba de nuevo, dispuesta a cosechar aplausos y dinero.

El pianista, con su paciencia habitual, repasó la partitura, haciendo repetir el número. Con ellos estaba el comisario Plossant,

que no paraba de aplaudir. Presenciaban el ensayo mister Stokem y su secretaria Lucy, así como algunos periodistas.

—Será un gran éxito —dijo Plossant, dirigiéndose a Lucy, por la que sentía una gran admiración.

—Eso espero. Rebeca Jo cauta muy bien.

Terminado el ensayo, todos pasaron al
café-bar,
en donde fueron obsequiados con una merienda.

Sergio, el maestro pianista, propuso que la primera función fuese de beneficio a favor del Asilo de Huérfanos, propuesta que fue aceptada por el empresario y la artista. Se exhibiría una película-noticiario, con las últimas novedades, además de otros números, que ya estaban con tratados. Al final de la función se celebraría un baile de gala por rigurosa invitación.

Rebeca, la gentil artista, estaba sentada al lado de uno de los reporteros, con el que charlaba animadamente.

En aquel momento apareció Ramsky, el cual cambió una mirada con Rebeca y fue a sentarse cerca del pianista. Todos parecían excelentes amigos, y, sin embargo, en aquella reunión vibraba un aleteo de desconfianza. El encargado del bar dejó oír la radio. Era la emisión de noticias, y todos escucharon con la mayor atención.

La voz del locutor anunció:

—Vamos a comunicar a ustedes los últimos sucesos, que seguramente causarán sensación en los medios científicos. Mister Donalson, el eminente experto en explosivos, que se hallaba en nuestra ciudad en misión oficial, ha sido encontrado muerto esta mañana en la habitación del hotel; según los dictámenes médicos ha fallecido a causa de una intoxicación extraña.

«Y ahora, señores radioyentes, otra noticia sensacional. Nos informan que el Consejo de Experimentos Científicos acaba de lograr, con resultados positivos, la bomba atómica con hidrógeno, mil es más potente que las anteriores. Los experimentos se han llevado con el mayor secreto, realizándose en tres laboratorios distintos a la vez. Unidas ayer las diversas materias, se comprobó que el éxito había dado fin al ensayo. Próximamente se realizará la prueba en algún islote del Pacífico. No estamos autorizados para dar más detalles, pero podemos adelantar que gran parte del éxito se debe al

F. B. I.,

que ha sabido velar fielmente por la seguridad de nuestros secretos. Míster Donalson también había tomado parte en los experimentos y fue uno de los que más se distinguieron, laborando incansablemente por el logro final de la suprema aspiración».

Siguieron otras noticias de menor interés y el «barman» cerró la radio. El pianista pareció muy contento por la noticia que acababa de escuchar, referente al descubrimiento de la bomba de hidrógeno. Ramsky levantóse de pronto, pidiendo disculpas por tener que separarse de tan amable reunión, y se dirigió al escenario. Penetró por la escalera lateral y se detuvo de repente al ver luz en uno de los camerinos. Con paso cauteloso se fue acercando. Era como el perro de presa dispuesto a saltar sobre su víctima. Aquel hombre, fanatizado por una idea absurda y errónea, se había convertido en esclavo de los otros. Era el único que conocía al «Jefe» y servía de enlace entre él y los demás mercenarios.

Al llegar a la puerta del camerino escuchó atento, pareciéndole sentir ruido de papeles. Empujó la puerta, comprobando que estaba cerrada por dentro. Aquel camerino era el de Rebeca. Desde hacía tiempo, Ramsky amaba a la bella artista, sin esperanza, toda vez que ella no le correspondía. Desde Nueva York la vino siguiendo y ahora la espiaba celoso y la vigilaba atento, dispuesto a matar al afortunado rival.

Vió cómo se abría la puerta y un hombre, vestido con gabardina, salía del camerino. Descendió de un salto y, como un oso hambriento, precipitóse sobre aquel individuo, cuando éste pisaba el rellano de la escalera. Rodaron los dos hombres hasta el escenario y Ramsky tuvo la desgracia de golpear con la cabeza en una de las columnas laterales que sostenían el andamiaje de los telones. Sintió un golpe muy fuerte, y después, un terrible porrazo en plena mandíbula. Estaba fuera de combate, al menos por el momento.

Barry —pues era él—. Iba a dirigirse al patio de butacas, para buscar la salida, cuando vió venir a dos individuos de aspecto poco tranquilizador. No era prudente hacer disparos y trató de evitarlo. Subió la escalera, y cuando ya creía estar a salvo de sus perseguidores, un nuevo enemigo le salió al paso. Era el capitán Zolstay, esgrimiendo una fuerte cachiporra. Bloqueada la huida, no

le quedaba más remedio que enfrentarse con ellos. Aguardó al capitán a pie firme, y cuando éste enérgicamente su arma, hízose a un lado y le aplicó un fuerte puntapié en el vientre, haciéndole doblarse; aprovechó aquel momento para prenderse de un cable que colgaba del almacén del techo y, haciendo balancín, pasó al otro lado.

La situación no había cambiado mucho y seguía siendo desventajosa para él, pero no estaba dispuesto a dejarse atrapar. Uno de los «gangsters» —el llamado Franz Harmann— llevaba una pistola, provista de silenciador, y disparó contra él. La bala fue a incrustarse en la pared. Los dos hombres cruzaron el escenario, dispuestos a no dejarle marchar, y Barry desató una de las cuerdas y un telón cayó sobre ellos. Cuando pudieron librarse de aquel estorbo, ya su perseguido estaba en el tinglado de arriba.

Zolstay había podido reponerse del duro golpe recibido y, lanzando sordas maldiciones, se encaminaba a la escalera, seguido por los dos mercenarios, uno de los cuales había cogido un hacha del servicio de incendios.

Franz, empuñando su pistola, iba a disparar de nuevo, cuando Zolstay le dijo:

—Nada de disparos: tenemos que agarrarlo vivo. Dejadme a mí; vosotros cuidad la salida.

Dicho esto, empezó a subir. Barry le aguardaba allá en lo alto, con los músculos en tensión, pero dispuesto a defenderse por todos los medios. Era necesario terminar pronto. Ramsky no tardaría en recobrar el conocimiento y era el más peligroso de todos.

El sitio donde se encontraba Barry era estrecho, pues estaba formado por dos tablones, espacio de puente con pasamanos de cuerda. Buscando el medio de escapar, vio venir al capitán, con los ojos centelleantes y los dedos crispados sobre la terrible cachiporra. No sabiendo cómo detenerle, cogió un rollo de cuerdas y se lo arrojó a la cabeza. Zolstay, al tratar de atajarle, levantó las manos, y al hacerlo, se le escapó el arma, que fue a caer en el escenario, produciendo un ruido formidable.

Ramsky acababa de abrir los ojos, y al pasear la mirada a su alrededor, se dio cuenta de lo que ocurría. En su rostro feroz reflejóse un gesto de alegría. Levantóse y fue hasta una habitación, en donde se guardaban los objetos de las representaciones. Allí

había de todo. Se apoderó de un arco y varias flechas, y armado de aquel modo, apareció en el descansillo de la escalera.

Mientras tanto, allá arriba, Zolstay había saltado sobre Barry y trataba de empujarlo al vacío. Lucharon con fiera saña. El puentecillo se balanceaba de un modo alarmante amenazando romperse. Hermann y Murch contemplaban la escena, no sabiendo qué decisión tomar, mientras Ramsky esperaba una oportunidad para disparar la flecha. En el tinglado de la farsa se estaba desarrollando un drama sin espectadores.

Barry consiguió poner al capitán debajo y ya le apretaba el cuello con todas sus fuerzas, cuando Ramsky tensó el arco y, apuntando, disparó la flecha, pero dio la casualidad que en aquel instante, Zolstay conseguía librarse de su enemigo y, al ponerse encima, recibió el dardo que iba destinado al agente del F. B. I.

Con la flecha clavada en la espalda, el capitán abrió los brazos, trató de asirse a la maroma, pero perdió el equilibrio y cayó como un bólide, arrastrando consigo uno de los telones. Cuando llegó al suelo estaba muerto.

Los tres mercenarios subieron las escaleras decididos a no dejar con vida a su enemigo, el cual había estado a punto de caer también, toda vez que uno de los tablones, al desengancharse del extremo, quedó colgante. Barry era un buen acróbata y, una vez más, tuvo ocasión de demostrarlo.

Prendióse a una de las cuerdas y subió por ella hasta alcanzar otra, que estaba suelta. Colgado de ésta, balanceóse un instante, apoyó un pie en una bambalina y, tomando impulso, lanzóse al espacio. La cuerda llevóle al otro extremo, en donde se dejó caer desde una altura de tres metros. Ya se creía a salvo, cuando surgió un nuevo enemigo: Hurko, el compañero del capitán. Esgrimía un cuchillo y atacó, dando un salto.

—¡Duro con él, Hurko! —gritó Ramsky desde arriba.

Barry le esperó a pie firme. Ahora iba a tener ocasión de demostrar el valor de las lecciones aprendidas durante su entrenamiento. Cuando el cuchillo de Hurko llegaba cerca de su cuerpo realizó un pequeño movimiento sin mover los pies, estiró el brazo derecho y sus dedos atenazaron la muñeca del mercenario, mientras su puño izquierdo se estrellaba contra la barbilla de

Hurko, el cual soltó el cuchillo y trató de echársele encima, pero Barry no tuvo más que agacharse un poco y el cuerpo de su antagonista salió proyectado, yendo a caer sobre el escenario, en donde dio una voltereta para quedar inmóvil.

Ramsky había bajado, seguido de los dos satélites, y le cerraban la salida. Había que abrirse paso como fuera. Todos estaban armados y el peligro no había desaparecido, pero un agente del F. B. I.,

siempre encuentra recursos en los momentos de mayor apuro.

Acercóse a la pared, tocó un botón y el telón metálico empezó a descender.

Hecho esto, rompió el cristal en donde se guardaba una de las mangueras del servicio de incendios, se apoderó de ella, abrió la llave y, enchufando a sus perseguidores, les hizo retroceder, propinándoles una ducha, de la cual huyeron, buscando un lugar dónde refugiarse. La manguera tenía varios metros de largo y le permitía moverse a su antojo, y así les obligó a descender de la otra escalera, momento que aprovechó para correr hacia la única salida que quedaba libre con la pistola en la mano. Cuando ellos pudieron hacerle frente se encontraron encañonados.

—¡Manos arriba! —les gritó—. Y vuélvanse de espaldas. Mataré al que no obedezca. Vamos; pronto.

Los tres mercenarios a su pesar tuvieron que obedecer. Todos llevaban armas, pero no había tiempo de usarlas, y aquel hombre lleno de decisión y de coraje, no vacilaría en disparar.

Con las manos en alto y mirando a la pared, estuvieron unos segundos, muy pocos, pero los suficientes para que Barry pudiera salir sin mayores peligros. Una vez más se había librado de milagro. Cuando ellos se volvieron, el enemigo había desaparecido.

Ramsky, lleno de cólera, corrió hacia la salida a tiempo de ver cómo un coche cruzaba la calle. Entonces lanzó un juramento.

¡Aquel coche era el de mister Stoken y en él iba Barry!

Dan Farris, ya convaleciente, pasó a la casa de pensión, en donde hizo instalar un aparato receptor de radio para poder comunicar con Dawland. Diariamente recibía mensajes cifrados, que comunicaba a Barry, el cual tomaba buena nota, y poco a poco iba desarrollando sus planes, de cuyo éxito no dudaba.

Por aquel entonces sucedió algo que dio al traste con la paciencia de los agentes del F. B. I.

Otro de los sabios fue encontrado asesinado, también en circunstancias misteriosas. Se trataba de míster Elliot Trayner, el famoso químico. Esta vez, los asesinos habían dejado una huella.

La siguieron y les condujo a la Embajada de la Diagonal Norte; pero allí se encontraron con una sorpresa: en aquel edificio sólo quedaba el escudo, tal vez como triste recuerdo de la maléfica actuación de unos conjurados, que a última hora huían abandonándolo todo. El personal había desaparecido, y como el embajador estaba ausente, no se pudieron exigir responsabilidades por el momento, pero las actuaciones pasaron al juez especial.

La hora de la verdad no estaba lejana. La prisión de Tolchester Beach se iba llenando de encausados y cada uno de ellos aportaba un dato sumamente interesante.

Barry, en sus momentos de ocio, que eran bien pocos, solía pasear con la bella secretaria de los ojos verdes, la escultural Lucy, que ahora estaba encargada de colocar billetes para la función benéfica, que se celebraría el próximo sábado. La habían nombrado de la comisión de damas y ella aceptó complacida. El mismo míster Stoken en persona le proporcionó una lista de las más aristocráticas familias de Baltimore, y Barry la acompañó a visitarlas.

La entrada daba derecho al baile, que se celebraría después de la función, en uno de los salones del Cristal Palace.

La mejor orquesta de la ciudad, dirigida por el maestro Sergio Henkywitz, tocaría aquella noche.

El coche se detuvo en la alameda, al borde del arroyo, y sus ocupantes descendieron para dar un paseo.

Barry amaba a Lucy desde el primer momento con esa pasión arrolladora, impulsiva y sincera; la amaba por encima de todas las cosas y se alegraba que sólo fuese una simple secretaria, para poder ofrecerle algún día su amor y su nombre; la amaba como se ama por primera vez en la vida, porque hasta entonces, sólo tropezó con fáciles conquistas y simples devaneos, de los que se olvidan al día siguiente, pero ahora era muy distinto.

En el tren sintióse atraído por la belleza fascinante de Rebeca, pero cuando desapareció de pronto, sin una explicación que

justificara su repentina ausencia, borróse aquella simpatía. Pensando en eso, fue cuando se tropezó en el ómnibus con Lucy, y desde entonces ya no tuvo más pensamiento que para ésta. A la otra la visitó varias veces, porque sentía la curiosidad de saber el motivo de su conducta, pero Rebeca negóse a dar explicaciones, alegando, simplemente, que había sido un caso de fuerza mayor. Después, las relaciones de la artista con aquel Ramsky, al que ella no amaba, pero al que concedía su confianza, la hicieron sospechosa. Barry la hizo vigilar constante y, cuando fue a Washington, destacó a un agente tras ella, que no la perdió pisada, pero nada se pudo averiguar y su conducta no dio motivos para tomar otras medidas que seguir vigilándola.

—Es usted un hombre muy extraño, Erich —dijo Lucy, deteniéndose de pronto—. Su vida no puede ser más misteriosa. Nos conocemos bastante y sin, embargo, parecemos dos desconocidos. Usted sabe de mis muchas cosas y yo, en cambio, nada sé de usted.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Barry.

—Todo. Ignoro a qué se dedica; pasea, juega, se divierte, siempre tiene dinero y no obstante, dice que carece de medios de fortuna; que no tiene familia, ni hogar, ni nada. ¿Cómo es posible que eso sea verdad? ¿Por qué no es sincero conmigo? ¿Hay algo en su vida que no pueda decirse?

—Lucy: cuando llegue el momento contestaré a todas sus preguntas; por ahora tiene que creer en mí, como yo creo en usted. Desde luego, puedo asegurarle que en mi vida no hay nada deshonesto.

Volvieron al coche. La tarde agonizaba entre cortinas de brama. La gran ciudad palpitaba bajo el impulso soberbio de sus máquinas y una vibración de vida se extendía por sus plazas y jardines. Bajo el techo de un cielo ceniciento cruzaban los aviones, que llevaban la voz de sus motores a los cuatro vientos, mientras por el estuario navegaban, airoso, los buques de distintas banderas y los ferrocarriles trazaban curvas por todo el país como mensajeros de actividad y de progreso.

Moría la tarde, plétórica de misterio, en aquellas asfaltadas avenidas rebosantes de un público inquieto y bullicioso; entre aquel público se mezclaban los mercenarios, fruta del tiempo y escoria de la civilización.

Ajenos a todo esto, ella y él olvidaban, cuando estaban juntos, todo aquello que no fuera mirarse con embeleso, sonreír mutuamente y charlar de sus cosas. El amor los había unido con irrompibles cadenas y al amor ofrendaban las quimeras de sus pensamientos, forjando castillos en el aire, que tal vez el viento del desengaño pudiera derribar. Pero ¿quién piensa en dificultades ni en imposibles cuando la juventud nos anima al ensueño?

Lucy sonreía y ocultaba, sus pensares, porque en ellos flotaban reminiscencias del ayer. Cuando subieron coche, ella se puso al volante, y al hacerlo, se le cayó el bolso. Inclínose Barry y entonces los cabellos dorados de Lucy rozaron el rostro de él. Bastó aquello para que la chispita que provoca el incendio prendiese ligera en el corazón enamorado de Barry, que ya no pudo contenerse y exclamó:

—Sabe, Lucy, que me estoy enamorando de usted.

—Los enamorados se tutean.

—Tienes razón; desde ahora lo haré. ¿Me permites que te bese?

—¡No!

Pero inclinó la cabeza Y sus labios se unieron. Era su primer beso. Un peatón que pasaba los miró riendo, y ella puso el coche en marcha. Un fuerte bocinazo hizo al peatón dar un salto y el auto partió como un rayo, llevando consigo al amor viajero, que acababa de estallar en una tarde brumosa al compás de los murmullos del arroyo, bajo los suspiros del viento y entre el palpar acelerado de una gran ciudad inquieta y febril, como los hombres, cargados de indómitas pasiones...

Selecciones NEVADA son 123
NOVELAS PREFERIDAS POR EL PUBLICO
JOVEN

MIENTRAS LA CIUDAD DUERME



ARRY separóse de Lucy persuadido de que el mundo era un hermoso jardín poblado de gráciles mariposas. Nunca como entonces encontró más amable la vida ni ambicionó dicha mayor que poder ser libre, para dedicarse por entero a la muñequita de cabellos dorados. Cronometraba su vida de una manera perfecta, dividiendo las horas y los minutos. Ni las circunstancias ni el ambiente lograron alterar su voluntad, y todas las preocupaciones que le habían tenido sometido a una esclavitud permanente desaparecieron, brotando en su pecho una fuente de optimismo. Y todo ello era obra del amor.

Aquella noche, envuelto en su gabardina y con la gorra de apache sobre una oreja, salió a recorrer las calles. Le agradaba perderse entre las penumbras de la gran ciudad, buscando los callejones solitarios, y caminaba despacio, observando hasta los más pequeños detalles: una puerta entornada, la luz a través de unos visillos, el solitario transeúnte que pasa mirando de reojo, las risas que oyen en un local cerrado, el perro sin amo que vagabundea en busca de algo que no halla, el «taxi» que aguarda junto a la esquina, todos «relieves nocturnos», como él los llamaba, eran otros tantos motivos de estudio y de observación.

Mientras la ciudad duerme, son muchos los que velan, y entre ellos está el que conspira, el que sueña despierto con utopías, el que busca una ocasión para adueñarse de lo ajeno y el que, no teniendo nada que hacer, convierte la noche en día.

Barry llegó a los muelles. Sobre unos cristales, manchados por la niebla, leyó un letrero:

«Abierto día y noche»

Y con paso cansado, mirada torpe y ademán perezoso penetró en el tugurio.

Era un local de clientela precaria y sospechosa. Ningún representante de la ley se atrevía a penetrar sólo en semejante covacha.

Barry se había puesto las peores prendas de su guardarropa; los zapatos mostraban por sus numerosos boquetes los calcetines; el pantalón, lleno de zurcidos, estaba reclamando relevo, y la bufanda, de un color indefinido, contrastaba con la gorrilla a cuadros, mientras la gabardina, llena de manchas, era el verdadero certificado de pobreza.

Desde luego, no esperaba averiguar nada; su paseo era más bien de rutina; siempre le había gustado conocer los bajos fondos de las grandes urbes. En la calle silbaba el viento, y cerca de él, había una estufa al rojo. El reloj marcaba las once y media: la hora de las renunciaciones.

Un hombre vino a sentarse a su lado. A juzgar por el atuendo, parecía un lobo de mar embutido en aquella pelliza y con su gorra de hule. Sacó una pipa, la encendió y, envuelto en humo, volvióse a Barry, diciendo:

—Parece que los negocios no han salido bien, ¿eh, amigo?

—La suerte no es para todos.

—¡Bah! Todo se lo achacamos a la suerte; hay que saber moverse. En este mundo, unos viven de los tontos y otros a costa de los que son demasiado listos, yo prefiero siempre el término medio. Anda, pide de beber, te convindo. Otro día invitarás tú.

Barry aceptó la invitación y bebióse una copa de licor que parecía «*whisky*», aunque también podía ser otra cosa.

El desconocido continuó:

—Ando buscando gente para un trabajo productivo, pero peligroso, y como veo que tú estás en las últimas, te ofrezco un puesto. Son veinte dólares por noche. Tú dirás si te conviene.

—Según de lo que se trate —repuso Barry, evasivo.

El hombre le miró con sorpresa. Le extrañaba que hubiera gente cayéndose de hambre y que vacilara ante una proposición semejante. Pareció estudiarlo antes de responder.

—Nadie da veinte dólares por estar con los brazos cruzados —replicó—. No pareces tonto y debes de aprenderlo. Lo que te propongo no admite peros. Es posible que haya que andar a tiros, pero eso es lo de menos. Aquí estamos unos cuantos que alquilamos nuestros brazos cuando hace falta. Esta tarde estuvo un amigo y me dijo: «Haycox, necesito media docena de hombres para el sábado a la noche, o sea mañana. Habrá un gran baile en el Cristal Palace y asistirán muchos personajes importantes, entre éstos estará mister Francis Stuart, el famoso inventor del torpedo eléctrico, y que ahora forma parte de la Comisión de Investigaciones Científicas; tenéis que seguirlo cuando salga, y como no irá solo, será necesario atacar de firme. Total —me dijo—: ese hombre no debe llegar con vida al hotel».

Barry no se pudo contener y exclamó:

—¿Y tú te crees que por veinte dólares me voy a exponer a ir a la silla eléctrica? No, hombre, no; prefiero seguir pasando hambre.

—No hables tan alto. No me has dejado terminar. Si conseguimos darle el pasaporte a ese caballero habrá una prima de cincuenta dólares para cada uno.

—Cincuenta y veinte, setenta; no me conviene. Puedes buscar otro. Yo no me vendo por tan poca cosa.

—No sabía que picabas tan alto. ¿Eres, acaso, un príncipe

disfrazado de mendigo?

—Tal vez.

Miró el reloj. Las doce menos cuarto. Parecía mentira que quince minutos fuesen tan largos, pero ¿quién es capaz de medir con exactitud el transcurso del tiempo? Empezó a descender por esa pendiente de desorientación que nos proporciona el confusionismo. Se hallaba, una vez más, sobre una pista, pero todos eran intermediarios. «El Jefe» no aparecía por ninguna parte y hubiera deseado tenerlo al alcance de su pistola, para terminar de una vez con aquel misterio humillante que se prolongaba demasiado. Necesitaba darle una respuesta decisiva el mercenario que, habiendo vendido su voluntad, trataba de comprar las de los otros. Pareció meditarlo y, por fin, contestó:

—Dime dónde hemos de reunirnos y cuándo: estoy dispuesto a jugarme el pellejo por setenta dólares.

—Así me gusta. Mañana, a las diez de la noche, en el Buffet Milano, preguntas por Ramsky.

La función benéfica fue un éxito y el escenario se llenó de ramos de flores.

El profesor Henkywitz, al frente de la Sinfónica, realizó maravillas, y Rebeca fue felicitada calurosamente.

El maestro pianista quería gozar de amplia libertad durante el baile de gala y entregó la batuta a uno de los músicos.

El salón estaba adornado con gran lujo de detalles y en él no faltaban los espejos de marco dorado, los tapices de Persia ni las arañas de luces, así como los jarrones egipcios llenos de flores. Las damas vestían elegantes trajes de noche y los hombres de rigurosa etiqueta. Entre los invitados; estaba Barry y algunos otros agentes del

F. B. I.,

que habían conseguido la invitación por medio de Lucy y a solicitud de Barry.

Al fondo había sido instalado un «buffet», atendido por camareros uniformados. La orquesta ocupaba un palco, levantado expresamente.

Entre los invitados figuraban personas del cuerpo diplomático, senadores, componentes de la Banca y Bolsa; en una palabra, lo más

distinguido de Baltimore.

Lucy bailó con Barry el primer «one stepp». Míster Stokem charlaba en aquel momento con el comisario Plossant, que era infaltable en toda fiesta. Olga, la doncella de Rebeca, atendía a las señoras en el ambigú.

La alegría era general. Risas y carcajadas mezclaban sus sonos con el ruido cristalino de las copas y con las armonías de la música.

Barry estrechaba amorosamente contra su pecho a la gentil Lucy y le hablaba de amor; ella sonreía dichosa. Rebeca los miraba a hurtadillas y en sus ojos negros brillaba un extraño chispazo de maligna curiosidad. Lucy era feliz al sentirse amada y respondía a las palabras cariñosas de Barry con sonrisas y gestos afirmativos.

De pronto, Barry frunció el entrecejo. El malvado Ramsky, vestido de etiqueta, acababa de cruzar el salón. Llevaba la ropa con bastante naturalidad, como si no fuese la primera vez que la usara. En aquel momento terminaba la música, y mientras sonaban los aplausos, Barry dijo a Lucy en voz baja:

—Perdóname un momento, encanto, pero quiero ver una cosa.

Y sin dar más explicaciones desapareció, dejando a Lucy sorprendida por aquella brusquedad; pero ella sabía disimular muy bien los contrastes, y como hacía bastante calor en el salón, salió a la terraza, después de colocarse una capa de pieles por los hombros. Llevaba en la mano un bolso, adornado con lentejuelas y pedrería.

Apoyada en el muro, contemplaba las luces de la ciudad dormida, soberbio espectáculo de maravilla, con las grandes avenidas iluminadas y el agua del estuario bañado por el reflejo luminoso de los barcos.

La Prensa daba cuenta a menudo de noticias veladas sobre los «reyes del hampa». Los centros diplomáticos se movían alarmados y la cuestión internacional era cada vez más confusa. El telégrafo y la radio funcionaban sin descanso transmitiendo mensajes llenos de interrogaciones.

Lucy pensaba en todo esto cuando, de pronto, levantó la vista asombrada. Ante ella se hallaba un hombre correctamente vestido de etiqueta y que llevaba el rostro cubierto por un antifaz de terciopelo negro.

—No se asuste, señorita —dijo una voz opaca—; sólo quiero que charlemos un rato.

—¿Quién es usted?

—Un hombre que puede mucho y que desea hacerla rica.

Los ojos de aquel hombre brillaban como brasas encendidas. Llevaba guantes en las manos. Las luces del salón prestaban escasa claridad en aquel sitio y la terracita estaba envuelta en suave penumbra de un anuncio luminoso giratorio, situado en la a de enfrente, lanzaba de vez en vez su chorro de luz sobre ellos.

—¿Qué es lo que pretende? —preguntó Lucy.

—Que venga conmigo; no quiero hacerla daño; al contrario, la recompensaré con esplendidez. Conozco muy bien estos pisos y no ignoro que en su despacho hay una caja de caudales que encierra un secreto que me interesa mucho. Usted me dará la clave para abrirla, y después, yo me alejaré, dejando en sus manos un cheque al portador por diez mil dólares. Le prometo que no me llevaré nada más que un documento, sin tocar los valores para nada.

Lucy veía las parejas bailando en el salón, pero a ella no podían verla y miraba hacia los cortinajes de la puerta, esperando ver aparecer a Barry, pero el caballero del antifaz, como si adivinara su pensamiento, le dijo:

—No vendrá nadie; ya he pensado en eso...

Lucy no sintió miedo. Estaba acostumbrada a verse en situaciones difíciles y también esta vez confiaba en salir bien del paso, pero procuró distraer al misterioso enmascarado con algunas frases oportunas, mientras introducía la mano en su bolso.

De pronto, el del antifaz viose encañonado por una pequeña pistola de culata nacarada, un verdadero juguete, pero cuyos proyectiles también podían llevar la muerte al corazón de cualquiera.

—¡No se mueva, señor, o lo mato! —dijo Lucy muy serena.

Los ojos de aquel hombre lanzaron chispas y sus dedos crispados crujieron dentro de los guantes.

Cuando la situación era más embarazosa surgió, de repente, Rebeca que, colocándose delante del hombre, preguntó:

—¿Qué le pasa, Lucy?

—¡Aparte!

Rápidamente la echó a un lado, pero cuando quiso darse cuenta, el enmascarado había desaparecido. Los cortinajes de la última puerta se movían un poco, como si alguien acabara de pasar.

—¿Por qué se mezcla en mis asuntos, Rebeca? —preguntó Lucy, dominando a duras penas su enfado.

—Tiene que perdonarme. Al verla con ese juguetito en la mano creí que se trataba de una broma y por eso intervine.

—No es la primera vez que lo hace, y algún día puede pesarle.

Dicho esto guardó la pistola en el bolso y le volvió la espalda.

Rebeca extrajo un cigarrillo de una artística pitillera y, valiéndose de un encendedor de oro, lo encendió. El abanico de luz del anuncio luminoso la envolvió por completo y sus labios dibujaron una satánica sonrisa. Cuando poco después penetró en el baile vió a Lucy bailando con el comisario Plossant, el cual parecía muy atento.

La fiesta, estaba en todo su apogeo. Los camareros, cargados de bandejas, circulaban difícilmente, ofreciendo licores y refrescos. La orquesta tocaba un «fox» de moda, «El lagarto azul», cuya música era del maestro Henkowitz.

Mientras tanto, Barry había salido del salón persiguiendo a Ramsky. Lo vió montar en el ascensor y llegó justamente cuando las puertas se cerraban. Subió como un loco la escalera. Al final del pasillo vió a un hombre penetrar en una habitación y fue tras él.

Barry atravesó el pasillo y empujó la puerta; como esperaba, estaba cerrada por dentro. No se desanimó por eso. Otras habitaciones le brindaban entrada y penetró en una, que se hallaba desprovista de muebles. Asomóse a la ventana y vió a Ramsky, caminando por el borde de una cornisa tan estrecha, que apenas cabía el pie. Allá abajo estaba el patio, a una distancia de vértigo, pero Barry no se detuvo a considerar el peligro. Lanzóse sobre el abismo en persecución de Ramsky, al que consideraba una buena presa. Lo fue siguiendo paso a paso hasta que alcanzaron una terracita llena de macetas. Entonces, el hampón se volvió, empuñando un cuchillo. Barry fue sobre él como una tromba; sus pies golpearon el pecho de Ramsky y éste cayó de espaldas, escapándosele el puñal de la mano. Trató de incorporarse, pero un puño le golpeó con fuerza en el cráneo. Otro se hubiera desvanecido, pero Ramsky era demasiado resistente y, aunque acusó el golpe, consiguió atenazar a Barry por un brazo y hacerle caer encima. Fue una lucha despiadada, hasta que el hampón, arrinconado, dejó caer las manos, inclinó la cabeza y se quedó

inmóvil.

—¡Habla! —pidió Barry—. ¿Quién es tu jefe? Si me lo dices te dejo marchar; de lo contrario, tu vida terminará aquí.

—Nunca lo sabrás —respondió Ramsky, con voz débil.

Y agregó, con una alegría feroz en sus turbios ojos:

—¡Búscale! Está en el baile.

Barry le golpeó de nuevo. En ese momento, Ramsky desprendióse con una zancadilla y echó a correr por la terracita, descolgóse por el muro y, al tratar de alcanzar una ventana del piso inferior, perdió pie y cayó al patio. Un grito, de terror cruzó el aire, seguido de un ruido espantoso. Después, todo quedó en silencio.

Barry se asomó, sin poder ver más que una figura con los brazos abiertos...

No podía volver al salón en aquel estado. Tenía el traje desgarrado y lleno de polvo y tampoco era posible desaparecer calladamente. No había más que una solución, y la puso en práctica. Descendió al piso donde se celebraba la fiesta y le dijo a uno de los «botones», al tiempo que le entregaba un billete de cinco dólares:

—Entra en el salón y busca a un señor que se llama Grant; si no lo encuentras, preguntas al empleado encargado de recibir las invitaciones. Dile que venga, que es un asunto urgente.

Cinco dólares tienen mucha fuerza en manos de un «botones», y éste se arregló para encontrar a Tom Grant, número 5 del

F. B. I.

Y lo trajo consigo. En el rostro del muchacho se reflejaba la satisfacción.

—Gracias, señor.

—Gracias a ti —y volviéndose a Grant, agregó—: Necesito Que me hagas un favor; tengo que volver al salón y es preciso que me dejes tu traje; el mío está imposible. Ya te explicaré.

—Pues me has hundido; ahora que empezaba yo a sentirme a mis anchas. Figúrate que me hice amigo de la hija de un senador.

—Cuando se está de servicio, no hay tiempo para devaneos.

—En cambio, tú bien te aprovechabas con la hermosa secretaria.

—Hablando con ella cumplo el servicio.

—Siempre tienes razón.

Buscaron un lugar solitario y cambiaron de ropas. Eran casi de

la misma estatura y el traje de Grant le quedaba muy bien a Barry. Aquél se marchó pesaroso, pero la disciplina era algo que no se discute, y Barry disfrutaba de categoría superior.

Barry volvió al salón. Lucy, al verlo, fue a su encuentro y, mientras bailaban, le contó lo que le sucediera en la terracita, y cómo la intervención de Rebeca lo había echado todo a perder.

—No te preocupes; mis sospechas están cristalizando y antes de cuarenta y ocho horas habré terminado mi misión. Ahora, no me preguntes nada. Tengo que hablar con míster Francis Stuart.

Barry se presentó al sabio, dándose a conocer, y lo llevó a un lado, en donde le comunicó lo que tramaban contra él; no debía salir solo. Algunos de sus hombres le acompañarían, que para eso los trajera, y el sabio se dejó convencer.

Sería la una de la mañana cuando uno de los camareros buscó a Barry y le dijo:

—Le llaman al teléfono.

Barry reconoció la voz de Charles Durand, y después de cambiar las contraseñas acostumbradas, escuchó las palabras del agente número 13:

—Malas noticias. Los laboratorios son atacados y, aunque los empleados se defienden bien, se teme que no puedan resistir. El edificio está situado al final de la Diagonal Oeste, junto al arroyo. Estamos organizando una fuerte patrulla para ir en su socorro.

—¿Cómo habéis sabido la noticia?

—Nos la acaba de comunicar una voz de mujer. Dijo que era el número Uno.



LEER UNA BUENA NOVELA ES
EXPANSIONAR EL ESPIRITU
Y ENRIQUECER LA CULTURA

XI

EL FIN DE UN REINADO DE TERROR



saliendo como estaba planeado. El

F. B. I.,

había ido preparando la trampa y los hampones se apresuraban a caer en ella, porque, en realidad, en aquellos laboratorios sólo quedaba una guardia numerosa dispuesta a caer sobre los atacantes tan pronto se presentaran.

El edificio tenía una entrada secreta por el lado del arroyo que iba a desembocar en un patio de altas paredes. Una especie de

ARRY sonrió. Todo iba

túnel, bien iluminado, llegaba desde el arroyo hasta los laboratorios. Éstos eran unos salones muy amplios, provistos de maquinaria, con sus hornos de fundición, filtros y crisoles. Había sido anteriormente una fábrica de productos Químicos y más tarde, aprovechadas las instalaciones para realizar los experimentos científicos.

Por mediación del

F. B. I.,

fueron admitidos dos obreros, a los que se les sometió a rigurosa vigilancia, logrando averiguar que eran espías. Éstos pusieron en antecedentes a la tenebrosa organización de la importancia de aquellos laboratorios. Uno de ellos logró fotografiar una de las cámaras secretas, en un descuido de los técnicos. En la «foto» aparecía un letrero que decía: «Átomo Z.». Se trataba de varios pequeños depósitos de minerales, reducidos a polvo y sometidos a líquido por medio de la evaporación de gases.

Durante los últimos días, todo aquello que tenía alguna importancia fue trasladado a lugar seguro, y en los laboratorios no quedó nada digno de ser controlado. Los operarlos fueron cambiados por agentes y las dínamos siguieron funcionando. Los técnicos se marcharon también, siendo reemplazados por sus correspondientes «dobles».

El jefe del hampa quiso aprovechar la noche del baile de gala para intentar apoderarse de los laboratorios, y con tal fin destacó dos barcasas cargadas de hombres al mando de Franz Harmann.

Barry esperaba todo aquello por estar previsto. La casa vetusta sería la trampa en donde caerían todos. En los corredores habían sido montadas dos ametralladoras, que dominaban el patio central.

La fecunda imaginación del «Jefe» había ido madurando pacientemente aquel plan, sin ver que todas las facilidades que encontraba en su árido camino le eran proporcionadas por el

F. B. I.

Nunca se detuvo a los sospechosos, por considerarlos de positiva utilidad para el futuro; se necesitaba localizar al «Jefe», y el único medio de conseguirlo era siguiendo a sus satélites.

Cuando Barry recibió la llamada telefónica de su compañero ya sabía lo que iba a suceder. Dentro del plan del

F. B. I.,

figuraba el ataque de los hampones y la retirada de los defensores de los laboratorios al interior del edificio, con el fin de atrapar a los atacantes una vez dentro del patio. Por esto no hallaron gran resistencia en la entrada y pudieron recorrer el túnel fácilmente.

Barry, seguido de varios agentes, se trasladó a los laboratorios, llegando cuando la lucha estaba en todo su vigor.

Las barcasas habían quedado al cuidado de dos hombres, que fueron detenidos sin que opusieran resistencia.

Desde el túnel partía un pasillo subterráneo, que iba a terminar en la sala de máquinas. Desde ésta, por medio de un cuadro de llaves eléctricas, descendían las compuertas de hierro que cerraban el túnel por tres sitios a la vez.

El patio estaba lleno de hombres, que vociferaban inquietos y desorientados al encontrarse sin poder continuar el avance, toda vez que las entradas estaban defendidas por ametralladoras.

De pronto Barry oprimió una palanca y los cierres metálicos descendieron ruidosamente.

Los hampones al servicio de una mala causa tenían la salida cortada. Ahora estaban aislados en aquel patio. Se revolvieron furiosos, descargando sus armas sin grandes resultados. El patio se había convertido en una inmensa celda de la que no podrían salir libremente.

Durante mucho tiempo había estado Barry estudiando aquello. Fingió ignorar, delante de sus compañeros, la situación de los laboratorios, y mientras tanto, bajo su indicación, se colocaban en el túnel los cierres metálicos, que funcionarían oportunamente, lo que acababa de suceder.

Una cosa le tenía preocupado: ¿quién podía ser aquel número 1, que siempre acudía con sus informes telefónicos cuando la situación era más confusa? Dowland no había querido decírselo cuando se lo preguntó, porque seguía comunicando con él diariamente por medio de radiogramas cifrados. Barry hubiera querido saberlo; su amor propio estaba herido, toda vez que el agente número 1 había demostrado estar al corriente de todos sus secretos.

Los reyes del hampa acababan de sufrir un golpe de muerte. En el patio quedaban los mercenarios en revuelta confusión, sin saber qué determinación tomar. Franz Harmann dispuso que diez hombres trataran de forzar la entrada a la sala de máquinas y otro

grupo se encargó de hostilizar a los defensores de las escaleras, pero ambas tentativas fracasaron; aquellas ametralladoras barrían a todo aquel que intentaba subir.

De pronto se hizo el silencio entre la alborotada turba.

Por un altavoz, colocado debajo de uno de los corredores, sonaba una voz:

—¡Atención, atención! Escuchad. No tenéis escape. Todas las salidas están cortadas. Sólo os queda una solución: rendirse sin condiciones; de lo contrario, seréis exterminados. Mientras vosotros exponéis vuestra vida, «el Jefe» disfruta y se divierte. Vuestro delito no es grande y podréis pagarlo con unos años de prisión, pero si os empeñáis en resistir, moriréis todos.

—¡Quieren asustarnos! —exclamó uno—. Aún no estamos vencidos y lucharemos hasta el final.

En aquella pausa, uno de los hombres que defendían la escalera de la izquierda abandonó la ametralladora, apoyándose en la barandilla, lo que fue aprovechado por Harmann para disparar contra él. Herido en la cabeza, el hombre doblóse hacia adelante y cayó al patio. La masa rugiente subió por la escalera y se apoderó de la ametralladora, con la que abrieron fuego hacia las defensas del otro costado.

Esto llegó a poner en peligro la seguridad de los defensores de la sala de máquinas, pero Barry todo lo tenía previsto, y una vez más, demostró su clase de hombre de recursos.

Subido en una claraboya estuvo observando el movimiento de aquellas furias y, de pronto, lanzó sobre ellos una bomba de gases lacrimógenos.

Se arremolinaron como fieras, y al darse cuenta de lo que sucedía, lanzaron aullidos de cólera. Barry seguía mirando. Otra bomba estalló en el aire, envuelta de humo blanquecino. Los hampones, sintiendo en los ojos el ardor del ácido, trataron de secarse las lágrimas que corrían por sus mejillas, curtidadas por los vientos de todas las latitudes. Más que hombres parecían una manada de búfalos salvajes: se empujaban, se insultaban y hasta llegaron a golpearse entre ellos. La desesperación, el coraje y el furor iban siendo reemplazados por la impotencia.

Poco a poco, la turba acorralada, bajo la influencia de los gases, fue perdiendo su acometividad y terminó por sentarse,

abandonando las armas. De todo aquel plantel de bandidos feroces y desalmados sólo quedaba un grupo de hombres sin voluntad y sin carácter.

Adoptando todo género de precauciones salieron Barry y los suyos, provistos de caretas protectoras contra las emanaciones de los gases. Parecían seres mitológicos surgiendo de las cavernas infernales. Durante un rato se dedicaron a recoger todas las armas. Las había de extraña procedencia y de diversos calibres. Fueron trasladadas a una de las barcasas. Como medida de precaución, los hampones, unidos por una cadena de doble resorte, quedaron esposados de dos en dos.

Y en aquel amanecer gris, la radio transmitió la sensacional noticia: «Cincuenta hombres han sido detenidos por la brigada secreta del

F. B. I.

En este momento son trasladados en dos barcasas a la prisión del canal. Sólo falta “el Jefe”, que no tardará en caer».

Dowland, el inspector, cerró el aparato y, frotándose las manos, exclamó:

—No esperaba menos de vosotros, muchachos...

Al clarear el día, Barry penetraba en la casa de pensión. Un fuerte retén de guardia del puerto quedó custodiando las vetustas paredes de la casa en donde tuviera lugar la sensacional redada.

El cuerpo del monstruo estaba en poder de la ley, pero faltaba la cabeza. ¿Cuánto tiempo tardaría en caer?...

Lucy, antes del mediodía del domingo, salió en su coche a dar un paseo. Acostumbraba tomar el vermut en Costland Lañe, frente a Unión Square, una calleja poco concurrida, pero pintoresca.

Al detener el coche encontróse con el comisario Plossant, que, sombrero en mano, le hizo una profunda reverencia. No ignoraba ella los sentimientos que inspiraba al «Gran Gustavo», como le decían sus compañeros. Había quedado citada con Barry en aquel sitio, y demostró su desagrado con un gesto de contrariedad al tropezarse con el comisario, de cuyas persecuciones empezaba, a cansarse.

Plossant no demostró haberse dado cuenta de que no era bien recibido, y con su amable sonrisa, la invitó a beber algo en el Bar

del Chino. No podía negarse, y tuvo que aceptar de mala gana. Penetraron en el local, que estaba muy concurrido, y fueron a sentarse a una mesita. Apenas se habían sentado, cuando el chino vino en persona a decir a Plossant:

—Lo llaman al teléfono, «señol comisalio».

—Con permiso, señorita Lucy; vuelvo en seguida.

El Bar Chino tenía varios reservados y dos teléfonos públicos. Lucy penetró en la segunda cabina y, cerrando la puerta, se puso a escuchar lo que hablaba Plossant. El rostro de la bella muchacha reflejaba infinita sorpresa y, mientras escuchaba, iba tomando nota en un libro de apuntes, trazando signos que sólo ella comprendía.

Desde la noche anterior estaba muy preocupada por lo sucedido con aquel enmascarado; por eso, aquella mañana habló con míster Stokem y le contó lo que pasaba. El resultado fue que todos los documentos importantes que se guardaban en la caja de caudales pasaron a la de seguridad de un Banco. Era necesario precaverse, y el enemigo no descansaba.

Abandonó la cabina, y poco después apareció Plossant. Parecía muy preocupado, y en su rostro sombrío había señales de temor; no podía disimularlo.

—Lo lamer o, señorita Lucy; pero debo marcharme. Le ruego me disculpe.

—No tiene por qué preocuparse.

Apenas Plossant se marchó, Lucy se puso a escribir una nota, que entregó al chino para que se la diera a Erich tan pronto llegase.

El chino contempló aquellos signos, incomprensibles para él, y exclamó:

—«Palecen» patas de moscas.

Cuando vino Barry le fue entregada la nota. Estaba en clave, y después de leerla, se marchó apresuradamente; pero apenas había llegado a la esquina, cuando se dio cuenta que era seguido. Internóse por una calleja lateral y de pronto se introdujo en una casa, ocultándose detrás de la puerta. El individuo que le seguía se detuvo a la entrada, lanzó un silbido y otros dos sujetos aparecieron en la bocacalle. Por lo visto, todo estaba preparado para no dejarle escapar. Los «gangsters» se reunieron en el portal. Aunque tarde, Barry se dio cuenta que se había introducido en una casa en construcción, y como era festivo, los operarios no trabajaban. Esto,

como es natural, favorecía a los hampones.

Todo el odio que el hampa sentía hacia Barry estaba reflejado en los rostros de aquellos hombres. Ya creían tenerlo acorralado; una vez más pensaba en su exterminio. Uno de ellos se quedó guardando la puerta, mientras los otros dos penetraban en el edificio. En aquel momento, Barry dio un salto y trató de forzar la entrada; el «gángster» disparó. Simultáneamente con el disparo, Barry había caído al suelo, junto a la pared, pero lo hizo voluntariamente, y durante aquellos segundos tuvo tiempo de sacar su automática. Barry obraba siempre con el mismo acierto en los instantes difíciles: era maestro consumado en el arte de la defensiva; por eso se dejó caer en el momento en que el hampón apretaba el gatillo, y eso le salvó; la bala pasó rozando su cabeza y se incrustó en la pared. Su movimiento instintivo estaba tan bien medido que al hacerlo, ladeó el cuerpo, alargó el codo y una llamarada terrorífica salió de su pistola. El «gángster» se desplomó.

Los otros dos acudieron corriendo, tratando de vengar al caído.

Se encontraban en un barrio apartado y era probable que las detonaciones no llegaran a oídos de la Policía. Barry amparóse en la puerta, al tiempo que un doble disparo le demostraba que sus enemigos estaban dispuestos a terminar con él. Extendió el brazo y pudo deshacerse de otro de los «gangsters»; pero el tercero, allí estaba, a pocos pasos, dominándole con la pistola.

Los dos hombres se apuntaban al pecho. Si disparaban al mismo tiempo, ambos caerían, atravesados por los proyectiles...

El «gángster» volvióse; sólo fue un instante, pero bastó para que Barry, dando un salto, golpeará con la culata de su pistola en la cabeza del mercenario.

Éste, medio aturdido, trató de defenderse, pero ya era tarde. Unos brazos poderosos le tenían sujeto y se sintió arrastrado hasta el centro de la solitaria calleja.

Todo fue muy rápido. Pasaba un «taxi» y Barry lo detuvo. Abrió la portezuela y de un empujón metió dentro al «gángster». El «auto» se puso en marcha.

—Y ahora, hablemos —dijo Barry, después de guardarse el arma de su contrario—. Vas a decirme quién te mandó atacarme. No esperaba encontrar enemigos por este barrio, ni nadie sabía que yo iba a venir, exceptuando una persona, de la cual no desconfío.

Habla; ¿quién os mandó?

—¡«El Jefe»!

—Y ¿quién es «el Jefe»?

—No lo sé; ni siquiera le conozco. Nosotros recibimos las órdenes por mediación de uno, que, a su vez, las recibe por teléfono.

—Y ese uno, ¿quién es?

—Se llamaba Fedor y ha muerto. Lo mataste tú.

Barry dio orden al chofer de dirigirse a Jefatura, y al llegar a ella, entregó al detenido, para que le sacaran la filiación y lo llevaran después a la cárcel del canal.

Estaba asombrado de aquella organización de delincuentes, que obraban con una sumisión extraordinaria, siguiendo los mandatos emanados de aquella autoridad superior e invisible, a la que no conocían, pero a la que rendían acatamiento.

Barry no dejaba de pensar en la cantidad de individuos colocados fuera de la ley. Diariamente surgían nuevos adeptos, dispuestos a seguir la voluntad omnímoda del «Jefe». Y éste permanecía en la sombra, oculto en el misterio, dictando sus órdenes inflexibles y tratando por todos los medios de evitar que otro país pudiera poseer armas destructoras superiores al suyo.

El maestro Henkywitz estaba ensayando un número con Rebeca en presencia del comisario Plossant. Se trataba de enviar a Boston una copia de aquella canción, recientemente estrenada con tanto éxito, y Rebeca cantaba delante del dictáfono, y el aparato iba reproduciendo la voz de la artista en el cilindro.

Aquel moderno aparato poseía las cualidades del teléfono y del fonógrafo unidas. Una vez recogida la voz, se le ponía en marcha y repetía todo cuanto se hubiera expresado. Era un gran adelanto, y en las principales oficinas lo utilizaban.

Al terminar la sesión, Rebeca cambió el cilindro. Pensaba reproducir otra de sus canciones, para enviar a Washington, pero de pronto recordó que la esperaba la modista y, disculpándose con el maestro y el comisario, alejóse, dejando a los dos hombres en animada conversación.

Se hallaban en la biblioteca del hotel. El comisario cerró la puerta, sentóse en uno de los mullidos butacones y, sacando un puro, cruzó las piernas y se puso a fumar.

Aquellos dos hombres cambiaron impresiones. Entre ellos debía haber una gran amistad, a juzgar por los asuntos que trataron. Hubo un cambio de opiniones, relativas a sus negocios recientemente muy comprometidos, y el comisario protestó por algunos errores, causas del fracaso y hasta insinuó la intención de marcharse de Baltimore.

El pianista, por toda respuesta, le extendió un cheque por cinco cifras, y Plossant, ya más conforme, le estrechó la mano.

En aquel momento llamaron a la puerta. Era una de las chicas anunciando que la comida estaba en la mesa.

Apenas los dos hombres se marcharon apareció Lucy. Venía con la intención de reproducir en el dictáfono una de sus poesías, pero al poner el aparato en marcha, sintió las voces de Henkywitz y de Plossant. Escuchó un momento, con el mayor asombro, y de pronto paró la máquina, extrajo el cilindro y, colocando otro nuevo, desapareció apresuradamente de la biblioteca, llevándose consigo el cilindro que había reproducido la conversación de los dos amigos.

«¡Qué grandes sorpresas iba a haber en la ciudad!», pensaba, mientras se dirigía a su despacho.

Poco después penetraba en el comedor, en donde la estaba esperando Barry. Comieron juntos en amable compañía, y cuando él la invitó a dar un paseo, respondió:

—Tenemos algo más importante que hacer. Ven conmigo.

Penetraron en el despacho de Lucy, y ésta, después de cerrar la puerta, exclamó:

—¡Ya sé quién es «el Jefe»!

Si el techo se hubiera desplomado de repente, Barry no habría recibido mayor sorpresa. Se quedó sin saber qué decir, como aquel que ve razones o algo por el estilo.

—No te entiendo —murmuró, con un gesto de estupor—. Habla; ¿será posible que lo que yo no pude ver lo hayas visto tú? ¿O es una broma que quieres gastarme?

—Nada de eso. «El Jefe» de la terrorífica organización que lo ha tenido en jaque es el maestro pianista Sergio Henkywitz, y comisario Plossant, su cómplice.

—Pero ¿tienes las pruebas?

—Las pruebas, aquí están —repuso, mostrando el cilindro del dictáfono—. No se fijaron que estaba el aparato en marcha y hablaron más de la cuenta. Si escuchas lo que dijeron, es probable

que te convenzas.

Media hora más tarde, Henkywitz y Plossant se hallaban en el café, cuando fueron visitados por Barry, que iba en compañía de Durand y tres agentes más del

F. B. I.

Todos llevaban las automáticas en las manos.

—Caballeros —dijo Barry, encañonándolos—: en nombre del Gobierno Federal quedan detenidos. Les ruego que no protesten ni traten de resistir, porque todo sería inútil.

El pianista muy pálido, intentó llevar la mano a la pistola siendo desarmado en el acto. En cuanto a Plossant se deshizo en amenazas, diciendo que aquello era un atropello.

—Si nos hemos equivocado —contestó Barry— presentaremos las más humildes excusas. Vamos, caballeros, un coche nos aguarda a la puerta.

Un poco después se hallaban todos en la oficina del

F. B. I.

Los detenidos hablan sido desarmados y permanecían en sus asientos, aguardando la prueba de la acusación. Aunque preocupados, dudaban que pudiesen probarles nada, pero cambiaron de pensamiento al ver aparecer a Dan Farris, ya curado de sus heridas, con un dictáfono.

Colocó el aparato sobre la mesa y, después de ponerle el cilindro acusador, lo hizo funcionar. Y entonces, todos escucharon la voz de Plossant que decía:

«Estoy muy descontento y pienso marcharme de Baltimore. Cualquiera día descubren que tú eres “el Jefe”, y entonces, ¡pobres de nosotros!».

Y la voz de Henkywitz contestaba:

«A pesar de todos los fracasos triunfaremos; por lo pronto, ya tengo en mi poder la fórmula del “Átomo Z”, que ha de revolucionar al mundo. ¿Qué importa que hayan caído muchos hombres si nos sobra repuesto? Nadie sospecha de mí. ¿Cómo iban a pensar que el ilustre compositor, que ha escrito tan bellas partituras, podía ser “el Jefe” de nuestra poderosa organización internacional? Te firmaré un cheque por quince mil dólares, para darte ánimos, y ya verás cómo todo sale bien. Lo que debes hacer es conseguirme un pase para uno de los nuestros, que piensa entrar en

la Oficina de Investigaciones Químicas...».

—Creo que es suficiente —dijo Barry—. Aunque aquí, míster Henkywitz no tiene la voz muy cascada. Reconozco la utilidad del dictáfono, que ha servido para revelar lo oculto. Bien, caballeros; vendrán conmigo a Nueva York. Vamos a emprender un viaje de recreo en avión.

Dirigióse a dónde estaba Plossant y le preguntó:

—Usted es ciudadano americano, según creo, ¿no es verdad?

El comisario hizo un signo afirmativo.

—Ha traicionado usted a su patria, que es la acción más denigrante que puede hacerse, y yo no dormiría tranquilo si no le demostrara mi más profundo desprecio.

Y al decir esto le dio una bofetada.

Antes de dirigirse al aeropuerto con los detenidos telefoneó al Cristal Palace, preguntando por Lucy, y le respondieron que acababa de salir de viaje. Le sorprendió aquella partida tan precipitada, pero como no podía detenerse más tiempo para hacer averiguaciones, tuvo que conformarse, y bastante contrariado, subió al coche.

Iba con él Dan Ferris y Charles Durand. El avión les aguardaba. Era un aparato de la Marina, trimotor de los últimos modelos, tripulado por agentes federales. El vuelo se hizo sin novedad, pasaron sobre Filadelfa, Trenton y Red Bank. Un automóvil blindado les esperaba en el campo de aterrizaje.

El inspector Dowland, cargado de mortal impaciencia, no cesaba de pasear por su despacho mirando a cada momento por la ventana. El gran patio del

F. B. I.

aparecía desierto y el hombre se desesperaba aguardando la llegada de Barry.

Entraron varios coches, pero en ninguno de ellos venía el agente número 19. No pudiendo resistir aquella demora, telefoneó al aeródromo, y le contestaron que los pasajeros procedentes de Baltimore acababan de aterrizar, y en aquel momento subían al coche.

Dowland encendió un cigarrillo, que arrojó por la ventanilla apenas encendido; sentóse, volvió a levantarse, caminó a grandes

pasos, recorriendo la habitación en todas direcciones, hasta que una llamada del teléfono le obligó a detenerse. Puesto al habla contestó:

—Sí, excelencia, están a punto de llegar. Bien; cumpliré sus órdenes con el mayor placer.

Sentóse frente a su mesa de trabajo y, abriendo un libro enorme, en el que figuraban los nombres de todos los agentes, escribió a continuación del nombre de Barry Bruce:

«Nombrado inspector por méritos extraordinarios».

Aún no habían transcurrido diez minutos, cuando sintió un fuerte bocinazo en el patio. Asomóse y vio penetrar a un «auto» blindado con el círculo del

F. B. I.

—¡Ya era hora! —murmuró, respirando satisfecho.

Aquellos quince minutos fueron muy largos para él, porque temía que el importante personaje que había sido capturado pudiese desaparecer en el camino. Cuando vio entrar a Barry le tendió la mano, diciendo:

—Enhorabuena, inspector.

—¿Cómo está, míster Dowland? Pero ¿por qué me llama inspector?

—Porque lo eres. Has sido nombrado en este momento por la Jefatura.

—Le advierto que todos los méritos no son míos.

—Conozco la historia y ya te la explicaré oportunamente.

Estrechó las manos de Ferris y Durand y después examinó de pies a cabeza a los dos detenidos, diciendo:

—El comisario Plossant, acusado de traición. ¿Quién iba a decirlo? ¿Y éste es el famoso «Jefe», que tanto hemos buscado? Otra duda. El mundo está lleno de sorpresas.

Tocó un timbre y apareció un ordenanza, al que dijo:

—Que vengan dos hombres armados para conducir a los detenidos ante el Juez.

Barry entregó el cilindro acusador, y cuando intentaba explicar el descubrimiento, fue interrumpido por Dowland:

—No me digas nada; conozco el episodio.

Aparecieron dos agentes armados de pistola ametralladora y después de colocarles las esposas a los detenidos, se los llevaron.

Dowland despidió a Durand y a Ferris, diciéndoles que ya los llamaría, y al quedarse a solas con Barry, exclamó:

—Tengo que presentarte a una persona a quien estarás deseando saludar.

Entreabrió unas cortinas e hizo una seña.

Barry estuvo a punto de lanzar un grito de asombro al ver a Lucy vestida de aviador.

—Te presento al agente número Uno. Ella me lo contó todo; hasta lo que debía haber callado, y es que las mujeres son muy indiscretas.

—¿Conque Lucy Bruning era el agente número Uno?

—Lucy Bruning, no; Lucy Dowland; es mi hija.

—Cuestión de nombres —repuso ella—. Yo conocí a un Erich Alorky, que trató de engañarme, aunque yo, desde el primer día, no ignoraba que se trataba del agente número Diecinueve, de Barry Bruce.

—Bien —habló Dowland—. ¿No tenéis nada más que deciros?

Barry rodeó con su brazo el talle de Lucy y, mirándola amorosamente, murmuró:

—Me parece, míster Dowland, que voy a necesitar unas vacaciones; pero se me olvidaba algo: según las afirmaciones de Henkywitz, parece ser que posee el «Átomo Z».

—No debe preocuparte eso, porque el «Átomo Z» nunca ha existido; se trata de un nombre para desorientar a los espías internacionales. Los reyes del hampa ya no son peligrosos.

Y Dowland salió dando un portazo al ver que Barry estaba besando a su hija.



Fidelidad

Los más altos valores espirituales puestos al servicio
de una labor patriótica donde la muerte corona al
vencedor.

ALAR BENET

El popular y mágico escritor que tantos laureles ha
cosechado con la literatura novelesca,
nos presenta ahora

Fidelidad

Un audaz agente del F. B. I. se adentra temeraria-
mente en el laberinto misterioso de una intriga
sorprendente. Su misión es resolver la incógnita, su
misión le impulsa a cometer un acto heroico, de
FIDELIDAD, que figura con letras de oro en los
anales del F. B. I.

Fidelidad

la mejor novela de la

Colección F. B. I.

APARECERA LA PROXIMA SEMANA

NOTAS

[1] Si se llega a investigar pacientemente el mineral en que aparece el uranio, inquiriendo la manera de presentarse sus combinaciones en la naturaleza, pronto se verá cómo el «resqui» (óxido de uranio), cuyo cuerpo ejerce en determinados compuestos oficio de radical metálico, recibe entonces el nombre de manilo y se presta a multitud de cambios y metamorfosis; uniéndose al ácido fosfórico genera dos minerales distintos, ambos fosfatos capaces de hidratarse y combinarse con los fosfatos de cobre o de calcio, formando sales dobles hidratadas; estos dos fosfatos, así constituidos, sea dos verdaderas especies mineralógicas denominadas uranita y torbenita. El manantial más importante de uranio es la Pechblenda, mezclada con carbonato sódico, resultando también ácido sulfúrico. Esto demuestra el error de apreciación del jefe de aquellos hombres al negar al uranio composiciones de hidrógeno. < <